

CHOCOLATE  
PARA *Fulen*



RONI GREEN

CHOCOLATE  
PARA *Fulen*

RONI GREEN



Chocolate para Julen ©

2017 © Roni Green

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del registro.

## CONTENIDO

Dedicatoria

Esquivando tu mirada.

Asumiendo errores.

Trabajo, trabajo y más...

No hay más ciego que el que no quiere ver.

Cosas de padres e hijos.

No puedes irte sin más.

Todo es distinto sin él.

No hay mejor lugar como el hogar.

Te veo.

Te conozco.

Afrontar la verdad.

Tomando las riendas.

Chocolate para Julen.

Sobre la autora

Recomendaciones de la autora

Grace Lloper

Jull Dawson

Marisa Citeroni

## Dedicatoria

Para mis amigas y compañeras Jull, Marisa y Grece. Gracias por vuestro  
aliento, apoyo y fortaleza.

Para mi familia. Lo más importante.

## *Esquivando tu mirada.*

El sonido metálico que produjo la llave al introducirla en la cerradura, seguido del chasquido seco que le permitió entrar por fin en su casa, fue como música celestial para los oídos de Julen. El recibidor se inundó de luz cuando palmeó la pared hasta dar con el interruptor, y pudo echar un somero vistazo más allá de las sombras del salón. Soltó un suspiro agotado que dejó flojos sus hombros y caminó con paso cansino arrastrando su maleta a través de la habitación, hasta dejarla junto a su cómodo sofá de piel. Le echó un vistazo al mueble por el rabillo del ojo, mientras encendía la lámpara con un descuidado pisotón sobre el interruptor debajo de la mesita. Si no fuera porque aún tenía cosas que hacer, de buena gana se tumbaría cuan largo era sobre el mullido sofá hasta que el despertador le obligara a abrir los ojos a un nuevo día.

Escuchó ruido a sus espaldas y supo que su editor había entrado detrás de él, cerrando la puerta con un seco chasquido, dejándoles a solas de nuevo. Apretó los dientes e intentó calmar la mezcolanza de sentimientos que siempre surgían cuando se encontraba en este tipo de situaciones con Sergio. Nunca fue fácil trabajar con él, siendo una imposición de su padre, una condición inapelable para permitirle centrarse en su carrera fulgurante como escritor de novela negra. Su padre, uno de los más prestigiosos editores de España, incluso de Europa, tomó de forma cuestionable que su hijo pequeño, el pequeño de ocho, se forjara una carrera como escritor. Más aún después de haber hecho denuedos esfuerzos para que Julen, al igual que sus hermanos y hermanas, se centrara en lograr que la editorial Arraiza fuera más grande aún de lo que era.

Julen solo fue capaz de conseguir su propósito a cambio de ceder en cuestiones en las que su padre se negó a transigir. No desatender por completo sus obligaciones con la empresa familiar, fue una de ellas. La otra: tener como ayudante y, potencial espía, a su ojito derecho, uno de sus mejores editores junior Sergio Cano.

Sebastián Arraiza era un poder de la naturaleza, aún con el apoyo incondicional de la mayoría de sus hermanos había tenido sobre su cabeza la espada de Damocles, su padre no se conformaría nunca con dejar de controlar, aunque fuera un poco, la vida de ninguno de sus hijos. Nadie se atrevía a

cuestionar sus firmes ideas y convencimientos. Si su padre decía algo, eran pocos los que daban el paso y retaban al hombre. Julen lo sabía bien. Sin haber dicho expresamente las palabras, Sebastián dejó meridianamente claro que si no se hacían las cosas como él quería su familia miraría para otro lado. Le dejaría hacer las cosas a su manera, pero estaría solo y sabía que sus hermanos obedecerían la decisión de su padre, aunque trataran después por todos los medios de hacerle cambiar de opinión. Ante eso Julen no quiso poner a su familia en la tesitura de tener que elegir entre él o su padre.

Conocía al viejo Sebastián y sabía que solo podría derrotarle en su propio terreno; buscando su respeto, siendo fiel a sus ideas. Así que había escrito el mejor libro de novela negra que se hubiera escrito en los últimos tiempos en España, y firmó con una pequeña editorial, sin el conocimiento de su padre.

Después de meses trabajando hora tras hora, día tras día, haciendo que su primera novela fuera un éxito en cada rincón del país, que su nombre apareciera en todas las listas de superventas, en las noticias y en los suplementos de cultura de cualquier periódico que se preciara, Julen consiguió llamar la atención de su padre, y demostrarle que valía como escritor y que podía enfocar su talento en algo que adoraba.

Hasta un año después Julen no consiguió limar asperezas con él. Gracias a la intermediación de sus hermanos y hermanas, hubo cierto acercamiento y fueron capaces de hablar sin que surgieran discusiones entre ellos. De manera tácita compaginó su trabajo como escritor con algunas de las tareas propias de su puesto en la editorial; lo suyo era la contabilidad, nada tenía que ver con el aspecto creativo ni social de la empresa, aun así siempre le habían gustado los números y aprovechaba sus horas en el despacho para desconectar la mente de sus libros.

Después de concluir su segunda novela, no le sorprendió saber que su padre quisiera verle en su despacho. Como buen tiburón editorial su padre supo ver el filón que tenía entre manos y no quiso dejarlo escapar. Negoció con él un contrato que les beneficiaría a ambos, e incluyó condiciones que serían incuestionables para poder llevar a término la transacción. Julen sabía que se había ganado el respeto de su padre como escritor, y no por haber tenido un éxito relativo con su primera novela, bien sabía que lo difícil iba a ser conseguir las sucesivas, sino que se hizo respetar por perseguir lo que siempre quiso verdaderamente. Aunque Sebastián nunca se lo diría ni aunque

le arrancaran las muelas con alicates y sin anestesia. Sabía que su padre no se lo pondría todo en bandeja de plata y que iba a mirar todo su trabajo con lupa. Por eso no le sentó bien, nada bien, ver el nombre de Sergio Cano impreso en las cláusulas de su contrato.

Sergio Cano; excompañero de estudios, excompañero en el equipo de Rugby juvenil, excompañero de prácticas en la editorial. Actual enemigo número uno.

Como editor junior Sergio estaba en el equipo que se haría cargo de sus próximos trabajos como escritor y Sebastián especificó que sus manuscritos pasaran antes por las manos de su enemigo antes de que el *Publisher* diera el visto bueno. Después de tragar sapos y culebras y comprobar que su padre no transigiría con el tema, Julen tuvo que dar su brazo a torcer y rubricar el contrato que su padre le ofrecía. Él tampoco se lo diría abiertamente a Sebastián pero todo lo que hizo hasta el momento tenía como objetivo poder volver a casa y dar todo su esfuerzo, contribuyendo con sus historias, para la empresa en la que toda su familia estaba invirtiendo su vida entera. Se sentía orgulloso de ser un Arraiza y sabiendo lo duro que era su padre con él y sus hermanos, nunca, ninguno de ellos, tuvo alguna duda de que él les amara. Sabía que su madre tuvo los mismos sentimientos amorosos y de protección por su amplia familia, aún sin poder contar con ella desde que tenía veinte años, siempre la tenían presente en su memoria, recordando sus consejos, sus abrazos y sus muestras de cariño. Julen nunca decepcionaría a su familia, estaban por encima de todo y haría lo que fuera por cualquiera de ellos.

Notando como la tensión agarrotaba de nuevo sus hombros, tomó una profunda respiración y giró sobre sí mismo buscando a su editor. La perfecta imagen impoluta del hombre en su salón le causó admiración y malestar a partes iguales. Pasaban de largo las once de la noche y después de más de catorce horas de trabajo Sergio conservaba una imagen sin tacha de su atuendo y aspecto. Ni siquiera el nudo ligeramente torcido de su corbata podría tildarse de desarreglado. El cabello castaño oscuro permanecía arreglado de manera casual, la mandíbula afilada y las masculinas mejillas se veían despejadas de cualquier rastro de vello facial, y Julen no tenía ni idea de cuándo el hombre encontró un hueco en su agenda para realizar ese tipo de aseo. Suspiró con frustración disimuladamente al ver cómo los plateados iris de su editor brillaban de satisfacción al ver su claro malestar reflejado en su rostro. Ambos llevaban más de tres años en un continuo tira y afloja, donde unas

veces ganaba uno y otras el otro.

—Señor, ¿quiere que lleve la maleta hasta su cuarto? —La voz de Sergio, cargada de sarcasmo al referirse a él como señor, tensó sin piedad el fino hilo con el que mantenía atada su paciencia y temió llegar al límite, después de haber compartido tantas horas de trabajo agotador al cabo de la extensa jornada. Frunció los labios procurando mantener a raya su temperamento y mirándolo de medio lado contestó seco:

—Hazlo, al fin y al cabo ese es tu trabajo.

Era mentira. Y ambos lo sabían.

Julen había comenzado con mal pie su relación laboral y el primer día no se le ocurrió otra cosa que ordenarle a Sergio que se dirigiera a él de usted. El otro se lo tomó al pie de la letra, sin ni siquiera inmutarse por la orden, guardó las distancias de inmediato y a partir de ese momento comenzó a referirse a él como señor Arraiza o simplemente señor. Siempre de una manera respetuosa cuando estaban trabajando y delante de otras personas, pero cuando estaban a solas el título formal sonaba despectivo en los labios de quien lo pronunciaba.

Julen llegó a sentirse realmente molesto sobre el tema, pero no quería dar su brazo a torcer y se limitaba a hacer oídos sordos al retintín que utilizaba Sergio en cada oportunidad que encontraba. A cambio se tomó su revancha y comenzó a referirse a Sergio como su ayudante. Probando las aguas le utilizaba incluso de recadero y de vez en cuando le pedía realizar tareas que eran trabajo de un asistente del hogar. Al igual que el joven editor, Julen nunca cruzó la línea de rebajarle delante de extraños y siempre mantenían su pulso para ellos mismos. Sabía que su antagonismo venía de lejos y que la situación actual solo lograba acrecentar la ojeriza que se tenían mutuamente, pero como ambos también sabían, la cosa no iba a cambiar en un futuro cercano y los dos tenían que lidiar como fuera posible con los malos sentimientos que pudieran surgir entre ellos.

Después de su seca respuesta vio cómo los expresivos labios de Sergio se curvaban en una pequeña cínica sonrisa que hizo brillar aún más sus pupilas.

—Sí señor —Escuchó la suave respuesta preñada de sarcasmo.

Le era imposible entender cómo era capaz de teñir un par de palabras

de la sutil condescendencia en la que iban envueltas.

Le observó caminar hacia su cuarto arrastrando tras de sí la maleta que minutos antes él mismo había dejado al lado del sofá, y cargando sobre su hombro un porta trajes del que había olvidado su existencia. Al verle desaparecer por la puerta de su habitación una extraña sensación recorrió su espina dorsal, enviando cosquilleantes escalofríos por su sistema nervioso. Le resultaba perturbadoramente íntimo que Sergio se adentrara en su dormitorio, que viera el lugar donde descansaba habitualmente, o que pudiera echar un vistazo a su cama, sus pertenencias íntimas, o el interior de su armario. ¿Había dejado alguna prenda suelta desperdigada sobre la cama? ¿Era hoy cuando iba la señora de la limpieza? ¿O su cama seguía desarreglada como la había dejado esa mañana al salir de casa?

Sintiéndose realmente tonto con esos pensamientos caminó hacia la cocina y se dirigió directamente al frigorífico en busca de una cerveza fresca. Ayudado por la luz del interior del electrodoméstico abrió el cajón a su derecha rebuscando hasta encontrar el abridor y lo utilizó para deshacerse de la chapa de la botella. Satisfecho dio un placentero trago al amargo líquido, y con descuido cerró la puerta del frigo antes de girarse para volver de nuevo al salón.

Con el ceño fruncido y el cristal frío de la cerveza envuelto por su puño, escuchó de fondo los ruidos extrañamente familiares que salían de su dormitorio, mientras contemplaba la noche iluminada de luces artificiales a través de la ventana de su salón. Ni siquiera estaba viendo lo que ocurría en el exterior. El reflejo del cristal le mostraba el corte de luz que salía de la puerta entreabierta de su cuarto, sin ser consciente de ello esperó con interés que saliera de su habitación. No quería que Sergio le pillara con la guardia baja, de ninguna de las maneras. Sentirse extrañamente vulnerable porque estuviera merodeando en su lugar más privado resultaba bastante ridículo. Y más ridículo fue imaginarse haciendo lo mismo en el dormitorio del otro, intentando encontrar algo con lo que hacerle frente. ¿Sería eso lo que estaba haciendo Sergio en su habitación? ¿Por qué tardaba tanto en salir?

No había terminado de formular ese pensamiento cuando la puerta se abrió de golpe y la luz se apagó detrás de Sergio, que caminó con aire sereno y relajado hacia el salón. Le vio en el reflejo, buscándole con la mirada, segundos antes de percatarse de su presencia frente al ventanal. Con un movimiento lo más casual posible Julen giró sobre sí mismo para enfrentarlo.

Levantando una ceja a modo de interrogación, dejó que algo de arrogancia se desprendiera de su gesto. Ya era hora de que saliera de su casa. Tenía los nervios en tensión, necesitaba que Sergio se esfumara de su vista y le dejara tranquilo, por lo menos unas buenas ocho horas. No necesitaba tenerle más tiempo cerca, no quería pensar en la posibilidad... no, no podía pensar en ello. Lo quería fuera ¡ya!

—Todo en orden en su habitación —Sergio habló, a metro y medio de distancia, con gesto serio.

—¿Por qué has tardado tanto? —le picó Julen—. ¿Has hecho mi cama?

—Sí —contestó Sergio sin pestañear—. Bonitas sábanas.

Julen enderezó la espalda sin saber muy bien si estaba bromeando o no ¿Cuáles eran las sábanas que tenía puestas?

Haciendo un sonido despectivo se giró para enfrentarlo por completo y le señaló con el cuello de la botella en su mano.

—Lo que tú digas —rindiéndose sin remedio, caminó despacio hacia el sofá que realizaba un canto de sirena para él, y se dejó caer sobre la acogedora superficie—. Eres tan eficiente.

—Lo sé.

Entrecerrando los ojos con disgusto Julen clavó su mirada en la figura erguida de Sergio, mientras daba un último trago a su cerveza. Sin apartar sus ojos de él se enderezó y dejó el vacío botellín sobre la mesa de centro. Maniobrando con su chaqueta de piel se la quitó de encima con fluidos movimientos, tirándola al otro extremo del asiento y suspiró relajado al volver a recostarse en su cómodo nido. El agotamiento estaba haciendo mella en él. Necesitaba quedarse solo.

—Un aplauso para ti —comentó con desgana Julen—. Mañana te daré un caramelito.

El semblante de Sergio ni siquiera se alteró al escuchar el ácido comentario que soltó.

—No será necesario, señor —Sergio contestó con voz pausada, antes de proseguir—. De cualquier forma le recuerdo que aún tiene pendiente de entrega la segunda mitad de la novela, las fechas están cer...

—¡Ya sé! ¡Sé lo de las jodidas fechas! —le cortó con desdén—. Pareces el perfecto altavoz de mi padre, repites lo mismo que él, una y otra vez.

—Solo hago mi trabajo —contestó Sergio, consiguiendo que esas escasas palabras sonaran acusatorias.

—No lo dudo —Julen se incorporó apoyando los codos sobre sus rodillas para fijar los ojos en las pupilas del otro—. No podría ser de otra manera. ¿Ya le has dado el parte de hoy a mi padre?

El desdén en las palabras de Julen fue palpable para ambos. Y es que era algo que le salía casi de forma natural cuando hablaba con el hombre frente a él. La competitividad adolescente que siempre mantuvieron, la rivalidad profesional, la arrogancia que veía constantemente en todo lo que hacía Sergio y el malestar e incomodidad que le provocaban todos esos sentimientos y emociones negativas, habían ido creciendo con el paso del tiempo hasta convertirse en un antagonismo que poco a poco se le estaba yendo de las manos. Sobre todo cada vez que se ponía de relieve la especial y firme relación que Sergio mantenía con su padre desde hacía años, cuando ocurrió aquel incidente, que había significado un cambio en la vida de ambos, de su padre y de Sergio.

—No dude que siempre estoy en contacto con su padre —Sergio torció los labios en un amago de rígida sonrisa.

El mal humor de Julen aumentó varios grados con la malintencionada respuesta que recibió de Sergio. No le gustaba ser controlado por su padre y sabía que gracias al hombre delante de él eso era un hecho. Tampoco le agradaba la ilimitada confianza en sí mismo de la que hacía alarde el joven editor. Parecía una roca pulida por la que todo resbalaba sin dejar mancha, sin hacer mella.

Y quiso verle resquebrajarse.

—Sí, eso es obvio para mí. Seguro que mi padre está muy satisfecho con el servicio que le prestas, a él y a su empresa —Julen torció el gesto y sonrió de medio lado con desprecio—. ¡Eres tan magnífico! Pero no estoy muy seguro de si el señor Arraiza estaría contento si supiera todo lo que yo sé de ti —preparado para golpear Julen tomó aire antes de rematar—, ¿ya le has dicho lo de tu homosexualidad?

Julen contuvo el aliento sin darse cuenta, esperando algún tipo de reacción por parte de Sergio, pero el hombre le decepcionó de nuevo, pues ni siquiera pestañeó al escuchar sus palabras.

—Eso es un asunto privado, no le incumbe a nadie.

—No sé, creo que a Sebastián le interesaría mucho ese tema.

Ambos sabían de la *íntegra moral* y las rígidas costumbres por las que se guiaba el poderoso dueño de la editorial Arraiza. Y ambos sabían que si su padre se enteraba de la verdadera orientación sexual de su preferido las cosas serían muy distintas, para ambos.

La velada acusación quedó suspendida en el ambiente pero, como en anteriores ocasiones, el joven editor permaneció estoico.

—Si creyera oportuno hacerlo, yo mismo pondría en conocimiento del señor Arraiza este tipo de cuestiones personales —la voz de Sergio sonó plana y calmada a los oídos de Julen, provocando malestar en él—. Le agradezco como siempre su interés. Y si no hay nada más que necesite, por esta noche me retiro.

El modo en que Sergio pretendía zanjar la cuestión hizo que los niveles de frustración de Julen aumentaran exponencialmente, al ver como el otro volvía a escaparse sin haber mostrado ante él ningún tipo de sentimiento, fuera de las muestras de superioridad que dejaba entrever de vez en cuando.

No iba a permitir que esta noche se saliera con la suya. De nuevo iba a hacerlo, de nuevo iba a caer.

Apretando los dientes habló con voz grave.

—No.

—¿Disculpe? —Sergio enarcó una ceja al escuchar la rotunda negativa del escritor, pero no movió ni un pelo más.

—He dicho que no puedes irte aún —Julen se inclinó, recostándose de nuevo sobre el respaldo del sofá, sin apartar la mirada de Sergio—. Esta noche tengo por delante unas cuantas horas más de trabajo, y necesito relajarme antes de continuar.

Julen guardó silencio, sorprendiéndose alterado, sabiendo lo que estaba por venir, preguntándose por un segundo si sería capaz de hacerlo. Otra vez.

—Y ¿en qué puedo ayudarle yo?

La firme pregunta de Sergio se escuchó con claridad después del tenso silencio de Julen, aunque en los oídos de ambos parecieron resonar otras palabras: «Atrévete a decirlo».

Julen tragó saliva con firmeza y sin apartar los ojos del rostro de Sergio, pasó la palma de su mano por encima de su vientre, retirando la fina tela de su camiseta para dejar expuesta la piel morena, surcada por un fino vello que delineaba los firmes músculos de su abdomen hasta desaparecer entre la cinturilla de los vaqueros. Con un gesto casual de su dedo pulgar desabrochó el botón de sus pantalones, haciendo que el sutil sonido del roce de la tela contra el botón pusiera el acento al gesto. Después Julen dejó claras sus intenciones.

—Necesito una mamada —pidió sin tapujos, esperando la reacción del hombre—, acércate y chúpamela.

Y como en las tres ocasiones anteriores Julen esperó. Esperó ver algún tipo de reacción visceral por parte del hombre delante de él. Pero esperó en vano.

Sergio no se alteró. No hizo ningún gesto, ni mueca. No se ruborizó, ni resopló. No dio ninguna negativa, ni se enfadó. No sonrió, ni chistó, no mostró nerviosismo, ni desprecio.

Plantado delante de él, con su imagen impoluta tan tarde en la noche, después de una dura jornada de trabajo. Espléndido con su imagen perfecta, sin alterarse ni mostrar ningún signo externo de contrariedad. Permaneció tranquilo ante él lo que parecieron minutos eternos y que solo fueron unos pocos segundos, antes de que comenzara a moverse hacia él, caminado con pasos tranquilos y seguros. Haciendo que su corazón se saltara un par de latidos cuando paró justo hasta quedar de pie entre sus piernas abiertas, antes de retirar con un movimiento fluido la mesa de centro que estaba a sus pies.

Y es que cuando Sergio se dejó caer de rodillas ante él, Julen fue capaz de constatar un hecho.

Que por mucho que llevara años intentado alterar de alguna manera la imagen perfecta que mostraba el hombre ante él, aunque odiara cada una de las ocasiones en las que el editor había salido victorioso sin mostrar más allá de una fría imagen que le hacía rechinar los dientes por la corrección que

pretendía demostrar, en todas esas ocasiones, a lo largo de los años, había sido él el que había reaccionado, el que había rabiado, al que se le habían removido las emociones; la envidia, la irritación, la incertidumbre, el dolor. Y más. Mucho más.

Como en ese momento. Como en las otras ocasiones.

Entre ellos no hubo palabras. Julen clavó la firme mirada en los ojos de Sergio y vio la segura determinación que mostraban. Y entonces se dio cuenta del fracaso total de su propósito. Como cada una de las veces anteriores. El hombre arrodillado entre sus piernas no dio señal alguna de incomodidad, ni siquiera un pequeño rubor tiñó sus mejillas. Con gestos decididos y firmes se incorporó sobre sus rodillas para inclinarse sobre su cuerpo, ampliando la abertura de sus piernas con su torso. Colocó las tibias palmas de sus manos sobre sus rodillas y ascendió sobre sus muslos hasta llegar a la cinturilla de los vaqueros.

A Julen ni siquiera le dio tiempo a abrir la boca para expresar su arrepentimiento. Con una firme sacudida, tiró de la prenda hacia abajo, consiguiendo que la mezclilla bajase un trecho arrastrando consigo la ropa interior, dejando el vello oscuro de su ingle y su sexo semierecto a la vista.

Julen gruñó por lo bajo apretando los dientes con resignación. No pretendía engañarse, lo hecho hecho estaba, y aún no perdía la esperanza de conseguir su maldito objetivo conseguido. Y de cualquier forma, estaba dispuesto a pasar por el trance de recibir una mamada de Sergio Cano, por muy duro que eso fuera. Pensó con sarcasmo.

Cuando sintió otro pequeño tirón sobre su ropa colaboró con el hombre a sus pies y onduló un poco las caderas para ayudar a que su ropa bajara hasta sus muslos. Ver como Sergio se desenvolvía con la seguridad y la frialdad que le caracterizaba azuzó sus ganas de conseguir mover alguno de sus perfectamente peinados cabellos. Aunque el que tuvo que morderse los labios para no quedar en evidencia demasiado pronto fue él, al sentir como la firme tibieza de la mano de Sergio envolvía su sexo acariciándolo con ligeras pasadas, arrastrando la piel de su prepucio para descubrir la cabeza en forma de hongo. Dejó salir temblorosamente el aliento entre sus labios cuando Sergio, sin apartar la mirada de sus ojos, se inclinó hacia su ingle y envolvió con sus labios calientes la rosada y brillante carne expuesta.

La cosa no podía comenzar de peor forma. Sergio lo tenía en sus manos,

literal y figuradamente. Sin poder hilar un pensamiento coherente mientras sus ojos se aguaban de placer al sentir cómo la suavidad de la boca del editor cubría cada vez más terreno, apretó los dientes con fuerza para impedir que un gruñido de satisfacción le delatara demasiado pronto. Loco por controlar lo que Sergio le estaba provocando alzó su brazo y cubrió su rostro con precaución, impidiéndose a sí mismo contemplar la visión erótica que era tener los labios de ese hombre envolviéndolo completamente.

Aunque segundos después se arrepintió totalmente de su decisión, pues al tener la vista anulada sus otros sentidos despertaron multiplicando sus sensaciones, haciendo que su piel hormiguera en cualquier parte en la que hacía contacto con el cuerpo acalorado del editor.

Atento a cada una de las caricias que le prodigaba el hombre, dejó pasar los minutos mientras su respiración se acoplaba al ritmo que marcaban las pasadas húmedas de los labios de Sergio sobre su rígido miembro. Haciéndose trampas a sí mismo ahuecó el brazo sobre sus ojos para poder echar un vistazo a lo que estaba ocurriendo entre sus piernas y tuvo que tragar saliva, casi ahogándose con ella, cuando sintió la mirada de Sergio clavada en él. Esquivó la mirada ardiente cuando el extremo placer recorrió su espina dorsal, sintiéndose incapaz de sostener el gemido que escapó de sus labios. Corcoveó las caderas acompañando los movimientos del hombre cuando sintió el apremio en su bajo vientre, señal de que estaba preparado para correrse.

Pero ese placer se le fue negado.

Sin poder evitarlo dio un respingo al notar cómo los dedos pulgar e índice de la mano izquierda de Sergio rodeaban la base de su polla, por debajo de sus testículos, impidiendo su liberación. Un gruñido bajo reverberó en su garganta cuando fue consciente de las intenciones del moreno, que lejos de parar continuó mamando su carne, proporcionándole dolor y placer a la vez.

—¿Qué coño haces? —gruñó entre dientes—. Deja que me corra.

La orden de Julen cayó en saco roto y ni siquiera cuando alargó su mano para rodear la muñeca de Sergio consiguió su objetivo.

Lleno de frustración apretó los dedos sobre su presa y frunció el ceño comprendiendo que estaba a merced del joven editor y lo que quisiera hacer con él. Porque sí, ahora era consciente de quién era el que mandaba en la

situación. Sergio no pretendía darle un trabajo rápido y terminar el asunto. No estaba apurado, ni cohibido. Julen no sabía siquiera si estaba disfrutando de ello de alguna manera. Tan solo estaba controlando la situación, haciendo lo que quería con Julen, y solo se iba a correr cuando el moreno quisiera. Y ese había sido su error. Subestimar demasiado a su antagonista.

Julen cerró los ojos, apartando la mirada, cuando sintió la húmeda lengua de Sergio recorrer sus pelotas. La boca del hombre llegó hasta él cubriendo cada esfera de suave calidez, haciendo que el placer llegara hasta los dedos de sus pies. Sus dientes recorrieron suavemente la tersura de su piel, hasta que la boca envolvió de nuevo la cabeza de su miembro congestionado. La intensidad de los movimientos de Sergio aumentó llevándole a la cumbre del placer y la frustración. Renegando por dentro al ver la determinación fría que mostraban los ojos del moreno, se sintió incapaz de frenar las sensaciones que le embargaban en ese momento.

La situación hacía tiempo que se le había ido de las manos, de hecho, supo que nunca había sido dueño del control, y aun sabiéndose perdedor, lo único que le quedaba por hacer era resguardar sus pensamientos y emociones lo máximo posible.

Entonces se blindó como pudo. Y se dejó llevar, abrazando el placer que estaba por venir.

La boca y las manos de Sergio jugaron con él lo que el dueño quiso, convirtiendo los minutos en lo que parecieron horas. Su mirada turbia de placer se derramó sobre el hombre entre sus piernas mientras acababa con la tortura placentera que había inducido en su cuerpo. Sin una palabra el moreno alivió la presión sobre la base de su polla y Julen sintió como las sensaciones electrizantes recorrían su cuerpo.

Se tragó un gemido ronco preparándose para lo que estaba por venir. Apartó la mano con la que rodeaba la muñeca de Sergio y buscó un agarre firme sobre los cojines del sofá. El empeño del moreno le puso al límite y tan solo tuvo que esperar unos segundos para conseguir su liberación, cuando la boca que le chupaba dejó su carne ardiente a merced del puño del hombre. Su cuerpo se tensó sacudiéndose por el placer al sentir los firmes movimientos rítmicos, apretó los dientes siseando. Las cuerdas de semen salpicaron sobre su vientre marcando su piel. Resollando, cerró los ojos con fuerza mientras los espasmos de placer sacudían su cuerpo sin que él pudiera hacer nada para

evitarlo. Estaba tan perdido en ese momento de ingravidez extática que se sobresaltó al notar en la punta de su polla la calidez y suavidad de la lengua de Sergio. Abrió los ojos conteniendo el aliento al encontrarse de lleno con su mirada clara y penetrante. Sintióse abrumado por la situación, tardó en reaccionar cuando Sergio se apartó de él, acariciando por última vez su miembro semierecto, e incorporándose sobre sus pies. Los ojos del editor no se alejaron de él mientras acomodaba su ropa, enderezando la corbata y estirando las inexistentes arrugas de su chaqueta. Por último pasó el dorso de su mano derecha sobre sus húmedos labios, limpiándolos como si acaba de terminar con una comida demasiado copiosa.

—¿Algo más, señor?

La pregunta restalló entre ellos semejante al chasquido de un látigo, aun cuando Sergio apenas susurró sus palabras. El corazón de Julen volvió a acelerarse sin que hubiera tomado su pulso normal después del orgasmo. Porque lo que tenía ante él no era un hombre avergonzado, un hombre que hubiera tenido que ceder ante otro humillándose para sortear un posible chantaje. Lo que tenía ante él era un hombre que poseía el control absoluto de la situación y que en ningún momento lo había cedido.

Y que probablemente le despreciaba.

## *Asumiendo errores.*

Completamente agotado Julen apartó la mampara de la ducha inclinándose para abrir la llave y dejar que el agua fluyera hasta alcanzar la temperatura adecuada. Se desnudó rápidamente dejando la ropa esparcida con descuido sobre el suelo. Cuando notó las volutas de vapor elevarse en el ambiente, entró a la ducha cerrando la puerta tras de sí, y dejó que el agua caliente chorreara sobre su cuerpo.

Necesitaba relajar sus músculos agarrotados antes de meterse por fin en la cama e intentar tener unas cuantas horas de sueño.

Alcanzó el champú y vertió una pequeña cantidad sobre su palma, restregándola después con eficiencia sobre su oscuro cabello. El agradable olor a cítricos cosquilleó en su nariz, haciéndole sentir bien. Necesitaba despejar su cabeza o no sería capaz de descansar, ni afrontar las horas de trabajo que le quedaban por delante.

Sin aclararse buscó ahora el gel de baño y repitió la misma operación sobre su cuerpo, mientras su mente revoloteaba sin permiso sobre lo que había ocurrido esa noche en su salón. Aún no estaba muy seguro de cómo sentirse al respecto. Cuando Sergio salió por su puerta apenas cuatro horas atrás, había tomado la decisión de apartar el asunto de su cabeza hasta poder terminar todo el trabajo que le exigió el hombre antes de irse. Porque eso fue lo que sucedió.

El joven editor, recompuso su aspecto poco alterado después de darle la mamada, y sin pestañear le demandó que terminara todo el trabajo que tenía pendiente, antes de salir por la puerta de su casa sin hacer ningún tipo de comentario sobre lo que había ocurrido entre ellos minutos antes. Ni siquiera reaccionó cuando se vio solo en su propio piso. Incluso en las ocasiones anteriores en las que Julen había hecho ese tipo de proposiciones absurdas, fue capaz de ver una ligera reacción en el otro. Rabia, malestar, irritación, vergüenza, solo perceptibles en pequeñas y sutiles evidencias en su rostro o en sus gestos. Y aun así había sido suficiente para satisfacer su ego y calmar el desagrado que le provocaba tener que soportar día tras día la impoluta perfección del joven editor.

Sin embargo esa noche había sido diferente.

Una punzada de incomodidad le hizo fruncir el ceño mientras terminaba de aclararse los restos de espuma sobre su cuerpo. No era estúpido, era perfectamente consciente de que si seguía por ese camino de soterrados ataques entre él y Sergio alguno de los iba a salir muy mal parado. Podía reconocer que cada vez forzaba más la máquina a la hora de conseguir quedar por encima del otro, pero también estaba seguro de que su antagonista contribuía a su tira y afloja aceptando cada uno de los órdenes que le lanzaba, llegando al extremo de aceptar como buena cualquier orden directa, o sugerencia humillante que se le ocurriera. Aunque eso supusiera tener que arrodillarse y hacerle una mamada.

Con la cabeza zumbando por toda clase de pensamientos frustrantes, Julen salió de la ducha y agarró la primera toalla que encontró doblada sobre el estante. Se secó con prisa el cuerpo y el cabello y tiró la toalla húmeda con descuido sobre la tapa cerrada del váter. Salió del cuarto de baño apagando todas las luces detrás de él y caminó pesadamente hasta la cama. Sin molestarse en ponerse un pijama retiró los cobertores y se metió dentro, acomodándose para intentar tener unas cuantas horas de sueño.

Pero estaba claro que la cosa no iba a ser tan sencilla.

Ya fuera su conciencia o el propio agotamiento de su cuerpo, tuvo que ver cómo los minutos pasaban en los dígitos luminosos del despertador sin ser capaz de conciliar el sueño. Se negaba a pensar que lo que ocurrió entre ellos esa noche fue diferente a cualquier otra ocasión pasada. Que él era un arrogante hijo de puta, todos lo sabían, siempre procuraba tener la sartén por el mango y nunca dejaba ningún cabo suelto. Si los demás asumían cosas equivocadas sobre sus pretensiones, era cosa de cada uno. Sergio tomó la decisión, en cada una de las ocasiones, de optar por obedecer sus peticiones. Nadie dijo que Julen fuera a poner en conocimiento de su padre ningún aspecto de la vida personal del editor, que él mismo no quisiera dar a conocer. Nadie le obligaba a elegir una u otra opción, era muy libre de hacer lo que quisiera. Incluso negarse a obedecerlo. En todo. Pero por alguna extraña razón Sergio se había tomado muy en serio el tema del desafío que, implícitamente, suponía la relación laboral, y extrañamente personal, que se había ido entretejiendo entre los dos.

Cada uno de ellos hacía lo posible por poner en apuros, de alguna manera, al otro. No era culpa de Julen que Sergio optara por ser un cabezota que no daba su brazo a torcer y prefería mostrarse estoico ante cualquier cosa

que le mandara hacer, en vez de negarse. Gracias a eso las cosas iban tomando un cariz cada vez más complicado. Julen era consciente de que si no era capaz de frenar sus impulsos maquiavélicos las cosas podrían salirse de madre.

Pero tampoco pensaba cargar sobre sus hombros toda la responsabilidad de lo que ocurría entre ellos. Los dos eran hombres adultos, tendrían que manejarlo.

Al parecer llegar a esa conclusión descargó en gran medida la conciencia intranquila de Julen que por fin pudo conciliar el sueño y dormir unas cuantas horas. En cuanto sonó el despertador saltó de la cama, con la sensación de estar más agotado que cuando se metió en ella de madrugada. Después de pasar por el baño y vestirse con prisas, tomó un café solo muy dulce, de pie frente a la encimera, mientras echaba un vistazo a la prensa diaria en su *smartphone*. Sabía que el desayuno era la comida más importante del día, pero cuando tenía que ir a la editorial para meterse unas cuantas horas en su despacho, prefería ir con el estómago vacío y tomar algo allí más avanzada la mañana.

La ciudad era una jungla a esas horas tempranas y conducir para llegar a tiempo al trabajo podía ser toda una odisea, por esa razón prefería utilizar el metro o incluso la bicicleta en días que se prestaran a ello. Por suerte no tenía que hacer demasiados malabares para ir hasta la editorial. El edificio situado en una de las calles más reconocibles de la capital llamaba la atención por su estilizada construcción y la utilización ecléctica de distintos elementos arquitectónicos, tanto en las fachadas como en la cúpula que remataba la construcción. El antiguo palacio era reconocible para cualquiera que hubiera nacido en la ciudad, todo el mundo sabía que la editorial Arraiza se ubicaba en ese privilegiado enclave desde hacía más de veinticinco años, cuando su padre decidió trasladar la sede principal a la capital del país. Incluso cuando dejó que el corazón de su imperio siguiera existiendo en la ciudad que lo vio nacer, Iruña siempre sería el hogar de su padre.

Al entrar al amplio hall de la editorial Julen pudo comprobar que incluso a esas horas de la mañana el día iba a ser ajetreado. La recepción situada en el centro del espacio estaba asediada por varios grupos de personas en busca de información. Uno de los escritores estrella haría la presentación de su nuevo libro en el salón principal y los lectores estaban ansiosos por conocer a su autor preferido.

Esquivando a varias personas, caminó con prisa atravesando el hall hasta llegar a las escaleras de mármol junto al ascensor que bajaban al semisótano. El edificio estaba distribuido en dos sótanos, un semisótano y cinco plantas más. El despacho del presidente estaba en la última planta, ocupando todo el espacio. La cuarta planta la ocupaban los despachos de la ejecutiva, el meollo del asunto estaba repartido entre la tercera y primera planta, en los sótanos estaba el departamento de almacenaje y logística. Pero el infierno en la tierra se situaba en el encantador semisótano, su santuario de los números y las finanzas se encontraba a pie de calle, cerca de los seres mundanos, para poder mantener los pies en el suelo. A Julen le encantaba trabajar allí, desde siempre había disfrutado haciendo algo tan racional como trabajar con números, nunca se dio cuenta que la principal razón de ello era que le ayudaba a desconectar de todo el bullicio que se acumulaba en su cabeza durante la mayor parte del día, aunque después tuviera que hacer algo con las historias que rondaban su mente, compartimentar de esa manera sus pensamientos le ayudaba a centrarse en sus objetivos y a no dispersarse para poder escribir con claridad lo que realmente quería.

Al llegar al semisótano los grandes ventanales que quedaban a ras del suelo dejaban entrar un raudal de luz que permitía que el ambiente no resultara demasiado opresivo. Que en el departamento de finanzas no hubiera demasiadas personas también ayudaba. El contraste que se podía percibir entre su lugar de trabajo y el que se encontraba tres plantas más arriba era abismal. Todo lo relacionado con la creatividad y la producción de los autores era un mundo aparte que nada tenía que ver con lo que ocurría en esa planta de la editorial.

Julen caminó entre los escritorios de sus compañeros, saludando a todo el que levantaba la cabeza a su paso y le ofrecía un «buenos días» cargado de sueño y una sonrisa. Entró a su despacho dejando sus cosas con descuido sobre el sofá pegado a la pared que solía usarse para ese propósito, y fue directamente a su sillón, detrás de la mesa, mientras miraba a través de la puerta buscando con la mirada a su mano derecha. Necesitaba consultar los datos con los que habían estado trabajando la última semana, y era Gabriela la que sabía en qué archivo lo había colocado. Enseguida se dio por vencido y frunciendo el ceño se resignó a intentar dar con ello por sus propios medios. Esto era lo que ocurría cuando pasaba uno o dos días fuera de la oficina, fácilmente quedaba descolgado de lo que fuera que estuvieran trabajando en

ese momento. Por esa razón prefería encargarse de los trabajos y tareas que supusieran una pérdida de tiempo para sus compañeros y subordinados y que pudiera realizar a lo largo del día, así no cortaba la labor de los demás y podía ponerse al día con más facilidad.

Escuchó un par de golpeteos alegres en el marco de su puerta y levantó la vista sorprendiéndose al ver a su hermana Beatriz con una sonrisa en sus labios y un montón de carpetas entre sus brazos.

—Toc, toc —dijo la mujer mientras cruzaba la puerta sin esperar permiso—. ¿Ya estás de vuelta? Te echamos de menos Peque.

—Ya será menos. No hay nada como que el estorbo de tu jefe se marche por unos días para que todos podáis trabajar a gusto.

—Qué tonto eres —se rio dulcemente Beatriz, mientras rodeaba la mesa hasta llegar a su hermano para darle un cariñoso beso en la mejilla ofrecida—. Sabes que tu ayuda es de gran estima por aquí.

Julen hizo una mueca mostrando el escepticismo que sentía al escuchar a su hermana, pero se lo tomó con humor. Sabía de sobra que contribuía al trabajo en equipo y que sus compañeros le tenían en cuenta como uno más. Por mucho que su padre se hubiera empeñado en que las cosas siguieran como siempre, hacía más de un año que ya no se consideraba jefe de nadie. Su hermana Bea era la única de sus hermanos que, como él, se dedicaba a los números. Siempre habían trabajado juntos codo a codo, y ahora era ella la que mandaba. Casi obligada por él mismo, poco a poco había conseguido que Beatriz asumiera las responsabilidades que le correspondían a él y que la oficina se convirtiera en un remanso de paz y no en un caos absoluto, gracias a su falta de tiempo y atención.

En el contrato firmado con su padre quedaba claro que Julen tendría que encargarse de sus responsabilidades con la editorial y la familia a la vez que ejercía su profesión de escritor, pero él no pensaba alargar esa situación mucho más tiempo. En su momento claudicó para poder demostrar a su padre que podía cumplir con su palabra sin dar la espalda a su familia ni defraudar a su progenitor, pero había llegado la hora de tomar su verdadero camino en la vida, y no iba a ser el que le llevara a convertirse en el hijo pequeño del mejor editor del país.

Viendo a su hermana rodear de nuevo el escritorio para sentarse en una

de las sillas frente a él, sonrió moviendo la cabeza, sabiendo que ser el hermano pequeño conllevaba soportar el proteccionismo de todos en su hogar familiar.

—Anda, siéntate y ponme al día.

Durante quince minutos Beatriz desgajó todo lo ocurrido en la oficina en los días en los que Julen estuvo ausente. A causa de las fechas tenían sobrecarga de trabajo y todos debían arrimar el hombro para poder sacar todo adelante. Con la llegada de Gabriela pudo ponerse por fin con los datos que necesitaba y se centró en los números que tenía delante mientras las horas pasaron con rapidez.

Sin darse cuenta se le pasó la hora del almuerzo y gracias a la atención de Gabriela, que le alcanzó de la pequeña cocina de la que disponían un escueto tentempié, logró llegar a la hora de comer sin desmallarse sobre el escritorio. Las horas se le pasaron volando, le encantaba la dinámica que se creaba a su alrededor cuando se metía de lleno con su trabajo en la oficina. Realmente desconectaba de su otra realidad y le ayudaba a pensar y ver las cosas desde otra perspectiva. Muchos no entendían la facilidad que tenía Julen de compartimentar de esa manera su forma de hacer las cosas, pero incluso cuando su carga de trabajo en la oficina era excesiva, al igual que la de sus compañeros, él se lo tomaba como un reto y una responsabilidad que debía asumir. Llevar el apellido Arraiza era una responsabilidad en sí misma, y tanto él como sus hermanos sabían con creces lo que eso significaba.

Agotado pero satisfecho después de horas sin apenas moverse del asiento, buscó el reloj de pared con el rabillo del ojo y comprobó que ya era la hora de volver a casa. Varios de los escritorios de sus compañeros estaban ya vacíos, aunque un puñado de ellos seguían tecleando en su ordenador, concentrados en sus tareas. Sin perder más tiempo ordenó su mesa poniendo en el archivador correspondiente los documentos que necesitaba hacer llegar a Gabriela y al resto de departamentos. Apagó el ordenador y levantó la bandeja con los restos de su tardío desayuno para llevarlo a la pequeña cocina. Al ver el dorado envoltorio de chocolate que Gabriela incluyó entre sus vituallas se le hizo la boca agua. No podía evitarlo. El chocolate era su droga, su subidón de endorfinas, disfrutaba como un niño pequeño cada vez que tomaba su dulce preferido. Siempre había sido así, recordaba ir con su madre los domingos a comprar bombones que ella misma disfrutaba con placer. Quizás al ser el hijo pequeño y haber llegado de una forma inesperada para sus padres, su madre

siempre procuró pasar el mayor tiempo posible con él, repartiendo su atención con el resto de sus hijos. Pero Julen estaba seguro que su madre guardó momentos especiales que le gustaba compartir solo con él.

En la cocina dejó todo en su sitio y se deshizo de la basura, pero antes de salir buscó en el armario superior donde sabía que podía encontrar el chocolate que tanto disfrutaba y escamoteó un bombón envuelto en papel dorado, para disfrutarlo por el camino.

Satisfecho subió al trote por las escaleras de mármol después de despedirse de los compañeros que aún quedaban en la oficina. Al llegar al hall comprobó que la tranquilidad había vuelto por fin después de la presentación de esa mañana. Consultó la hora en el móvil. Podía avisar a su hermana Bea para ir a comer a su casa, o subir a la cuarta planta, donde estaban todos los editores y buscar a su hermano Fermín para llevarlo a comer algo por ahí. Reflexionó sobre su elección pensando en que a Bea tan solo hacía unas horas que la había visto, mientras que hacía días que no veía a su hermano. Sin querer pensar mucho en el asunto giró sus pasos dirigiéndose al ascensor. Subir hasta el nido de editores le haría perder más tiempo en saludos que otra cosa, pero se dijo que no quería dejar pasar más días sin ver a su hermano mayor.

Nada más salir se dio de lleno con el bullicio sordo que recibía a cualquiera que pasara por esa planta. Incluso a esas horas del día. Toda la planta quedaba perfectamente iluminada gracias a los grandes ventanales que recorrían cada una de las paredes exteriores del edificio. El espacio estaba distribuido en secciones donde se repartían decenas de escritorios donde cada editor realizaba su trabajo, detrás de un ordenador y, generalmente, con una pila de documentos cubriendo cada superficie disponible sobre la mesa.

La decoración era monocromática, simple y de un blanco limpio que daba sensación de amplitud. Cada editor daba su toque personal a sus propios rincones de trabajo, pero sabía que para trabajar allí era imprescindible deshacerse de cualquier distracción que pudiera quitarte tiempo de tu trabajo.

Julen caminó con paso tranquilo acercándose a las primeras mesas de trabajo e hizo un barrido con la mirada de una punta a otra de la sala, sin ser demasiado consciente de que no era a su hermano al que andaba buscando. De hecho, con el primer vistazo fue capaz de localizar a Fermín hablando con quien supuso era uno de sus autores junto a la máquina de café. Sin poder

evitarlo siguió buscando entre los editores intentando encontrar la cabellera oscura que realmente quería encontrar. Extrañamente se sintió decepcionado al comprobar que el hombre no estaba presente en ese momento.

Sus ojos se encontraron con los de su hermano mayor y le devolvió la sonrisa sincera que apareció en su rostro cuando se dio cuenta de su presencia. Caminó con más decisión a su encuentro al ver cómo Fermín despedía a su interlocutor para poder ocuparse de él recibéndole como se merecía.

—¡Peque! ¿Ya estás de vuelta?

La sonrisa contagiosa de su hermano le hizo sonreír y solo tuvo que caminar un par de pasos más para dejarse envolver por el fuerte abrazo de Fermín. Los dos eran prácticamente de la misma estatura pero su hermano, al igual que Oscar y Jaime, tenía una constitución más robusta. Los únicos que se diferenciaban en complexión y color de pelo eran él y su hermano Roberto, tres años mayor y mellizo de Bea.

—Aterricé anoche, bastante tarde —contestó mientras devolvía el abrazo—. Apenas he podido dormir unas horas.

—Ya, este ritmo que llevas te pasará factura tarde o temprano —Fermín alejó a Julen a la distancia de un brazo para poder mirarle de arriba abajo—. Tienes que descansar y cuidarte, ¿me oyes?

Julen frunció el ceño. Esa letanía ya la sabía, muchas veces discutió con sus hermanos la conveniencia de seguir trabajando en la editorial mientras atendía todo su trabajo de escritor. Pero la realidad era que al fin y al cabo era lo que tenía que hacer. Había adquirido un compromiso firme con su padre, y no pensaba tirar la toalla sin demostrarle a Sebastián que era un hombre de palabra, capaz de arrimar el hombro para formar parte de la empresa familiar y perseguir su sueño a la vez. Su padre era un hombre que se había hecho a sí mismo, consiguiendo lo que muy pocos habían conseguido, y nadie le regaló nada ni le puso las cosas fáciles. Julen nunca se había considerado un niño de papá, todo lo contrario. Ser el hijo pequeño de una larga lista de vástagos siempre había tenido más contras que pros, pero eso nunca había sido impedimento, todo lo contrario, para saber que si quería conseguir cualquier meta que se propusiera en la vida, tendría que trabajar duro para lograrlo.

—¡Venga! Sabes que todo está bien. No hagas tú también de niñera, bastante tengo con Bea, Iratxe y todos los demás —se quejó golpeando con

suavidad el brazo de su hermano—. He venido a invitarte a comer, si aún no lo has hecho.

—Uff, pues me salvas la vida —suspiró aceptando sin mucho esfuerzo el cambio de tema—. He tenido la mañana desbordada y ni siquiera he podido tomar algo entre horas.

—¡Pues vamos! Yo sí pude tomar algo y no tengo mucha hambre, pero te acompañaré con algo ligero.

Fermín se carcajeó con ganas al escuchar el comentario de su hermano. Todos sabían el gran apetito que cargaba el pequeño de los Arraiza y ni por un segundo pensó que Julen fuera a conformarse con una triste ensalada. Salieron a la calle mientras Fermín le ponía al día sobre los temas de sus hermanos y hermanas, riéndose de las tonterías de sus sobrinos y comentando lo que tenían planeado para la siguiente reunión familiar. El restaurante que eligieron quedaba cerca de la editorial y era el habitual al que solían ir, la comida era excelente y el ambiente relajado y confortable. Ambos pidieron entrantes y, efectivamente, Julen no se conformó con una simple ensalada. Carne y guarnición de verduras para ambos. Ninguno pidió vino.

—Entonces ¿qué tal por Barcelona? —preguntó con interés Fermín—. Me han dicho que fuiste un éxito.

Julen frunció el ceño sin levantar la vista de su plato, masticó despacio y tragó con calma antes de contestar.

—¿Quién te lo dijo?

—Sergio —contestó con una sonrisa ladeada—. «Fue todo un éxito» eso es, literalmente, lo que me contestó, así, todo sobrio como es él.

Julen no pudo evitar sonreír al escuchar la burlona carcajada de su hermano.

—Sí, bueno, ya sabes cómo es. A ese no le despeina ni un huracán.

—Bueno, eso todos lo sabemos ¿no? —contestó encogiéndose de hombros—. Pero lo que realmente me importa es que es uno de los mejores editores que conozco, y lo digo en serio, incluso mejor que yo. Que tenga un palo metido en el culo durante todo el día me es indiferente. Ese hombre es capaz de sacar petróleo de donde no lo hay.

Julen miró con fijeza a su hermano, estudiando el grado de sinceridad en

sus palabras. Sabía que Fermín era una de las pocas personas que conocía a la que no le importaba reconocer los méritos de la gente a su alrededor, incluso poniéndolos en contraste con los propios. Su hermano era una persona generosa y de gran corazón que valoraba esos mismos rasgos en las personas de su entorno. Por eso no dudó de la sinceridad de lo que dijo.

—Tienes razón. Reconozco que el antagonismo que siento por él nada tiene que ver con su trabajo como editor. Solo procuro tolerar su presencia, y aunque nunca lo reconocería ante él, intento seguir todas las indicaciones que me da. Sé que sabe lo que hace, lo he comprobado en primera persona.

—Joder Peque, pues no se nota. —Fermín sacudió la cabeza, sonriendo mientras masticaba un bocado de carne—. Si él te dice A, tú dices B, si te dice no, tú dices sí. Menos mal que sois personas civilizadas y que la ira de papá caería sobre vuestras cabezas si creais algún tipo de problema, porque tengo demasiado claro que vosotros dos os arrancarías la cabeza de cuajo mutuamente si no hubiera consecuencia alguna por hacerlo.

—Estás exagerando —contestó Julen con parsimonia.

—No lo creo. Desde que erais unos chavales ninguno de los dos os habéis soportado. Recuerdo perfectamente las luchas que os traíais para ser el líder del equipo de rugby. Nunca os habéis soportado. Y que te ganara el puesto aquella vez te hizo polvo, reconócelo. Lo recuerdo perfectamente porque ese fue el día que...

—¡Bueno, vale, déjalo ya! —cortó Julen, no pensaba volver a escuchar de nuevo la misma historia—. Ya sabemos que el hombre es un héroe, genial persona y magnífico editor. Tú serás un santo capaz de ver los grandes méritos ajenos, pero yo prefiero saltarme esta parte, como bien dices, no soporto al tipo.

Fermín se mordió el labio inferior intentado evitar que la risa que estaba conteniendo se le escapara de forma explosiva. En casa todos sabían lo que había ocurrido ese día, y el modo en que Sergio, gracias a su agilidad y buenos reflejos, consiguió salvar la vida de su padre, que estuvo a punto de morir atropellado por un todo terreno. Nadie quedó más conmocionado por el hecho que el propio Sebastián y a partir de entonces hizo todo lo posible por estar al tanto de los asuntos del joven compañero de equipo de su hijo pequeño, hasta conseguir devolverle de alguna manera lo que Sergio había hecho por él.

Pero para Julen eso solo significó que a partir de entonces el chico al que no podía soportar de ninguna manera, permaneciera de una u otra forma en su vida. Aparecía y desaparecía, ya fuera en la editorial mientras ambos hacían las prácticas de sus respectivas carreras, en la casa familiar, o en algún evento que se organizara y al que su padre considerara que Sergio debía acudir.

—Deberías verte —comentó en voz baja Fermín, con la sonrisa dibujada aún en sus labios—. Un hombre de tu edad, con barba de tres días, hecho y derecho, y quejándote porque tu papá hace más caso a otro niño.

La suave puya no sorprendió a Julen, era una coletilla que todos sus hermanos habían utilizado en algún momento a lo largo de su juventud, y aún ahora seguían haciéndolo. Porque sabían que surtía efecto en él. No podía evitarlo. Ser el hermano pequeño, a veces, era una verdadera mierda.

—Déjate de tonterías Fer, no estoy para bromas ahora.

—Venga, sabes que tengo razón —dijo achicando los ojos con diversión—. Además, es tan fácil provocarte. Siempre entras al trapo, chico.

—Sí, vale. Lo que tú digas —Julen hizo un gesto con la mano como queriendo quitarle importancia al asunto—. Entonces, dime ¿Qué te ha contado ese editor estirado?

Fermín aceptó el cambio de tema mientras hacía una señal al camarero para que tomara nota de sus postres.

—¿Qué quieres? ¿Oír sus alabanzas?

—Puuff, ¿eso existe?

—No lo sé. Yo nunca he oído que dijera nada malo de ti —Fermín se puso serio mirando a su hermano a los ojos—. Sergio es un gran profesional, te lo he dicho. Además de ti tiene otros tantos escritores, más o menos conocidos, exitosos cada uno de ellos en sus rangos. Con respecto a ti, te echó el ojo desde el principio, mostró un interés profesional en ti desde que publicaste tu primer libro con *Aurora*, y no paró hasta conseguir que papá te diera el visto bueno y conseguir ser tu editor.

—Espera un momento. Te estás confundiendo. Sergio es mi editor porque Sebastián lo impuso así en una cláusula de mi contrato. Sabes tan bien como yo que es los ojos y los oídos de papá. Y lo que dices de mi trabajo, yo

no sé nada de eso. Papá siempre me dijo que no quitó nunca su atención de mí, y que fue Oscar el que bregó con su cabezonería para convencerle de dar su brazo a torcer y que me ofreciera un contrato con la editorial. De lo que dices no sé nada.

Fermín se quedó mirando a su hermano pequeño sin saber qué decir. No tenía ni idea de por qué la versión que tenía Julen era tan diferente a la realidad que él mismo había vivido, pero decidió no ahondar en el asunto. Su padre sabría por qué hacía las cosas que hacía.

—Bueno, pues estaré confundido, Peque —conformó a su hermano—. De cualquier manera, lo que quiero decirte, es que supongo que confías en el trabajo como editor de Sergio, porque estoy seguro que, de ningún modo, aceptarías que llevara tu trabajo si fuera de otro forma, aunque te lo ordenara el mismísimo Sebastián Arraiza.

Julen se encogió de hombros, ambos sabían que eso era cierto.

—Nunca he dicho que Sergio fuera un mal editor. Todos en la editorial conocen su trabajo y su capacidad de crear estrellas de la literatura, más que eso. Pero sabes que en lo personal nunca nos hemos llevado bien —Julen dudó antes de continuar—. Y lo cierto es que cada vez nuestra relación es más tensa.

—¡Cómo si me estuvieras contando alguna novedad! —saltó Fermín—. No puedo creer que hayáis llegado al punto en el que estáis. Aunque debo decir que aquí la culpa es de ambos. Los dos sois demasiado cabezotas.

—Será. Pero es algo que me supera. Creo que ya no hay vuelta atrás. Él mantiene las distancias, tal y como se lo pedí desde el principio, y no da puntada sin hilo. Es muy capaz de salirse con la suya, hacer un buen trabajo y sacarme de quicio en el proceso.

—Sí, bueno, y tú eres un santo varón —apuntó con burla Fermín.

—Lo que tú digas. Pero no voy a dejarme llevar por cualquier cosa que tenga que decir. Si quiere trabajar conmigo, será a mi manera.

—Quizás él tampoco quiera trabajar contigo. Lo más seguro es que también esté obligado por papá.

—Entonces estamos los dos en el mismo barco —contestó con el ceño fruncido—. Si yo tengo que aguantarlo, él también.

—Dios mío. Parece mentira que seáis dos adultos.

—Cómo si tú nunca hubieras cometido alguna tontería.

—A ese nivel, no —Fermín se rio por lo bajo al ver el malestar de su hermano—. Termina, anda.

Los dos guardaron un cómodo silencio mientras terminaban el postre que les habían servido. Julen tenía planeado volver a casa y pasar el resto del día trabajando en el siguiente capítulo de su novela. Quería avanzar lo máximo posible, teniendo en cuenta que en unos días estaría demasiado ocupado viajando para presentar en varias ciudades su último trabajo.

—Hablando del rey de Roma —La voz jocosa de su hermano interrumpió sus cavilaciones—. Mira quién viene hacia aquí.

Julen alzó la vista, y sin mucha complicación, se dio de lleno con la mirada aguda del hombre que era su principal tema de conversación.

—¿Qué hace aquí? —susurró con disgusto, mirando a su hermano.

—¿Y yo qué sé? —contestó Fermín sonriendo.

Sergio se acercó a su mesa sin vacilar, con paso firme y seguro. En una de sus manos llevaba colgando una bolsa marrón con asas y el logo del restaurante. Al llegar junto a ellos se dirigió directamente a su hermano, ofreciéndole un saludo cordial.

—Señores —dijo en general—. Fermín, ¿cómo estás? Esta mañana no tuve oportunidad de verte.

—¿Qué tal, Sergio? —contestó al saludo—. Bien, sí, ya me dijeron que no has podido parar en toda la mañana. Tienes demasiados compromisos, hombre, y todavía no estamos en la peor época del año.

—Tienes razón ¿no?, pero no es algo que me preocupe —dijo arqueando una ceja—. Es fácil trabajar con mis autores.

Y sin transición, como si tuviera algún doble sentido, se giró hacia el otro comensal que había sido ignorado hasta ese momento.

—Señor, necesito que me acompañe a la editorial. Hay varias cosas pendientes que necesito que atienda, y este es un buen momento para hacerlo.

—Buen momento ¿para quién?

—Buen momento para todos.

Sergio recibió un bufido como respuesta.

—No creo que tenga nada que hacer en la editorial que no pueda hacer en casa.

—Quizás, pero solo le llevará una hora y media, como mucho, y podremos avanzar en algunos temas sin que tenga que obligarme a ir hasta su casa, hoy también.

Las palabras de Sergio sonaron como si se estuviera dirigiendo a un niño caprichoso y no a un hombre de veintinueve años, bien crecido. No le apetecía ponerse a discutir con él por algo que no tendría ningún beneficio, o por lo menos en ese momento no veía ninguno. Así que decidió claudicar en el asunto. Pero no pensaba ponérselo fácil, de ninguna manera.

—Y entonces ¿de qué se trata? Aún no he avanzado con el capítulo, si es sobre eso, vas a perder el tiempo.

Sergio se lo quedó mirando fijamente, sin apartar la mirada, el reproche dibujado en su gesto.

—Solo se trata de contestar alguna correspondencia. Y sería bueno que utilizara unos minutos para interactuar en las redes sociales.

Julen frunció el ceño con disgusto. Manejaba muy poco las redes sociales, nunca le habían atraído. De hecho tuvo que abrir varias cuentas para poder relacionarse con sus fans cuando su trabajo empezó a hacerse conocido.

—Cuando dices «contestar alguna correspondencia», ¿estás hablando de cartas? ¡No puedo creer que aún haya personas que escriban cartas!

—No es lo usual, pero sí, hay alguna carta que ha llegado a la editorial a su nombre. Y sería bueno que contestara con algunas palabras. No son muchas.

—¿Pero eso de qué va a servir?

—De mucho —intervino Fermín—. Ya te lo digo yo. Este tipo de cosas siempre llega a los lectores y son puntos positivos para tu imagen. Haz caso a tu editor, y a tu hermano mayor.

—¡Serás idiota! —se quejó Julen, mientras arrojaba la servilleta sobre la mesa y arrastraba la silla con un movimiento para ponerse de pie—. Pues

como has sido tan amable con tus consejos, estoy pensando que no te importará pagar la cuenta también.

—¡Anda!, no te quejes, que sabes que igualmente la iba a pagar.

Mantener la compostura frente a tu antagonista, mientras eres el objeto de las burlas de tu hermano mayor, no es fácil para nadie. Julen estaba muy acostumbrado a lidiar con las cosas que todos sus hermanos tenían a bien echarle encima, pero no siempre era cómodo pasar el trago. Siempre se preguntaba cómo iban a ser las cosas cuando todos llegaran a la ancianidad. ¿Tendría que seguir soportando sus pullas? Suponía que sí.

Echándole una mirada fulminante a su hermano mayor Julen caminó entre las mesas, sabiendo que Sergio iría inmediatamente detrás de él. En la calle sintió los pasos del otro que enseguida se pusieron a su altura. Sin mirarle ni dirigirle la palabra los dos caminaron en silencio hasta la editorial. Eso era normal en ellos, parecía como si ninguna de sus conversaciones fuera superflua, todo era medido y con intencionalidad. No había nunca un diálogo amistoso y social entre ellos.

En el ascensor la voz de Sergio sonó fuerte y clara.

—¿Ya ha visto hoy a su padre?

El gruñido seco de Julen acompañó al sonido titilante de la campanilla al abrirse las puertas.

—Tienes la mala costumbre de preguntar cosas que ya sabes —contestó por encima del hombro, mientras salía del ascensor.

—Y usted tiene la mala costumbre de asumir cosas erróneamente.

La enigmática contestación de Sergio le hizo vacilar imperceptiblemente. No tenía ganas de andar adivinando las intenciones del hombre en ese momento. Más bien quería terminar cuanto antes con el asunto y volver a casa. Si era posible, sin ver a su padre.

—Lo que tú digas —contestó sin ganas—. Entonces ¡oh, gran pozo de sabiduría! ¡Guíame! ¿Dónde están esas cartas tan urgentes que tengo que contestar?

Sergio pasó por su lado, impertérrito, sin inmutarse por nada de lo que había dicho, y le guio entre las mesas de los otros editores, hasta una de las salas amplias multiusos que existían en esa planta.

A regañadientes Julen le siguió. Era un hecho, había que pasar el trago, y su recompensa sería llegar a casa.

Y ser libre por fin.

## *Trabajo, trabajo y más...*

Acomodado en la mesa, con los pies sobre una de las sillas a su lado, Julen abrió carta tras carta, no más de una docena, mientras observaba en silencio cómo Sergio tomaba su comida, sentado al otro lado de la mesa, sin abrir en ningún momento la boca para otra cosa que no fuera comer.

Reconocía que el tiempo que llevaba leyendo lo que sus lectores tenían que decir de forma manuscrita había sido entretenido y en algunas ocasiones incluso divertido. Se le ocurrió que con la escueta contestación que iba a escribir para cada uno, podría enviarles algún tipo de detalle promocional que, seguro, habría por ahí de sus libros.

Sergio terminó pronto de comer, sin hacer mucho alboroto y recogiendo todo primorosamente nada más terminar. Pero en vez de escabullirse por la puerta para dejarle solo con su tarea, el hombre trajo lo que parecían manuscritos, y se puso a leer frente a él sin decirle nada, ni darle ningún tipo de indicación.

Con la mente puesta en sus lectores, dejó sus respuestas escritas a mano apiladas junto a cada una de las cartas recibidas, y tomó la *tablet* que le proporcionó Sergio nada más llegar, para conectarse a sus redes sociales y poder así interaccionar un rato en varias de ellas. Sin darse cuenta los minutos pasaron, y Julen aprovechó bien el tiempo. Reconoció que tantear a sus lectores era algo importante en su trabajo y aunque le resultara algo engorroso, al final terminaba divirtiéndose y descubriendo cosas nuevas e interesantes que le ayudaban a conectar de nuevo con la realidad que se encontraba fuera de su mundo de creación y ficción. Algunas veces pensaba que tenía suerte de tener una familia tan amplia que le obligaba a salir de vez en cuando de su burbuja de escritor, ya que podía pasar días enteros sin salir de su casa, centrado solo en escribir e investigar cualquier tema que le hubiera llamado la atención. Quizás por eso su padre se empeñaba en que continuara trabajando en contabilidad y finanzas. Aunque no estaba muy seguro de si el motivo de su padre era tan noble como el de sus hermanos, que le obligaban a poner los pies en el suelo quisiera él o no.

—Ya han pasado casi dos horas —habló Sergio—. Si quiere puede dejarlo por hoy.

Julen echó un vistazo atravesando la distancia que los separaba a través de la mesa, buscando la mirada de Sergio.

—¿Me estás dando permiso?

—Sí —contestó llanamente.

Sin poder creer la arrogancia del hombre Julen sonrió de medio lado y empleó diez minutos más en la tarea que tenía entre manos antes de apagar la *tablet* y ponerla a un lado. No pretendía llevar la contraria a su editor. No. Ni mucho menos.

—Reconozco que ha sido interesante leer algunos comentarios y contestar las preguntas de los lectores —Julen se levantó de la silla y estiró los brazos sobre su cabeza, desperezándose con ganas—. Pero no es algo que tenga en mente todos los días. Si quieres que lo haga a menudo tendrás que recordármelo. A veces los días se me pasan y ni me entero.

—Lo tendré en cuenta —contestó Sergio sin moverse de su asiento.

—Si no hay nada más, ahora sí, me voy a casa. Necesito descansar un poco antes de ponerme a escribir.

Sergio se levantó de su silla al ver como Julen recogía sus cosas listo para marcharse.

—Antes de irse, le recuerdo que debe tener lo más adelantado posible el manuscrito. La próxima semana tendrá los días demasiado ocupados con los viajes y las presentaciones. No podemos dejar que el trabajo se acumule y perder la fecha límite de entrega.

—No soy un crío, lo tengo todo controlado.

—Como usted mismo ha dicho, hay veces que necesita que le recuerden las cosas.

—Las cosas sin importancia, mi trabajo lo tengo muy presente —Julen no pudo evitar ponerse a la defensiva—. ¿Crees que no sé cuál es mi trabajo?

—Yo no he dicho eso —Sergio no se inmutó al ver la reacción de Julen.

—Entonces olvídate de mí por hoy y déjame salir al patio de una vez, profe.

Sergio frunció los labios y estrechó los ojos al escuchar su sarcástica respuesta. Estaba claro que ambos eran incapaces de mantener una

conversación normal y relajada.

—Ya tengo confirmadas las fechas y las ciudades dónde presentará su última novela durante las próximas dos semanas —le informó Sergio en un tono profesional—. Le voy a hacer llegar la información completa a su correo, por favor, asegúrese de abrirlo y echarle un vistazo.

—Sí, sí, sí —Julen giró sobre sí mismo agitando la mano mientras se encaminaba hacia la puerta—. Me encargaré de eso.

Creyendo que por fin había conseguido escapar, Julen tuvo que frenar al escuchar de nuevo la voz de Sergio.

—Su padre me comentó que esta tarde permanecería en su despacho adelantado trabajo —Julen percibió un matiz de burla en las palabras de Sergio—. Seguro que está esperando su visita.

Julen volteó la cabeza hasta cruzar la mirada con la de Sergio. El hombre permanecía de pie frente a él, en una pose firme y con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Tienes algo que decirme? —preguntó Julen, ladeando la cabeza.

—No, solo pensé que querría saber que su padre preguntó por usted — La sonrisa ladeada de Sergio crispó los nervios de Julen un poquito más.

—Sé que mi padre ha preguntado por mí, tengo el móvil lleno de mensajes y llamadas perdidas —dijo con una voz cargada de impaciencia—. También sé que sabes que me da igual lo que quiera mi padre, hasta que yo no lo quiera él no lo va a conseguir. Y por otro lado, teniendo como tiene un perrito faldero como tú, no veo el motivo por el que no debería conformarse con el informe diario que le haces sobre mí, sin que yo tenga que tomarme la molestia de añadir nada más al asunto.

Ambos se quedaron estáticos, con la mirada clavada en el otro, durante unos segundos que parecieron eternos. Si había un tema peliagudo entre los dos ese era, por algún motivo que Julen descartaba analizar, la relación de su padre con Sergio, y su propia relación con su padre. No era tonto y sospechaba que la irritación que le generaba el tema desde que era un adolescente tenía mucho que ver con los celos y la manera en la que consideraba que Sergio se había entrometido en su vida y la cercanía que siempre había existido entre Sebastián y el joven editor. Desde que ambos jugaban en el mismo equipo de rugby, compitiendo por el mismo puesto y

rivalizando por conseguir el título de capitán. Sabía que resultaba algo infantil al pensarlo en frío, pero después de eso, el hecho de que Sergio salvara la vida a su padre, que ambos cruzaran sus caminos a lo largo de sus primeros años como adultos, trabajando en la misma empresa, siempre había sentido la rivalidad y competitividad que surgía en cuanto estaban en la misma habitación.

Que Sebastián se lo hubiera impuesto como condición para poder publicar con la editorial Arraiza había sido un trago amargo para él, pero consideró que ya era lo suficientemente maduro como para poder dejar los malos sentimientos a un lado.

Al parecer, o él aún no había madurado lo suficiente, o había subestimado la amargura de sus sentimientos hacia su antagonista.

—Los dos conocemos a su padre —soltó la puya Sergio, sin inmutarse—, ya sabe que le gusta tener la información de primera mano.

Julen apretó los dientes lleno de frustración. Era consciente de que se estaba dejando llevar demasiado por las palabras malintencionadas del otro, pero la sensación de irritabilidad que le surgía cada vez que hablaba con Sergio cada vez era más incontrolable.

—¿Te estás quedando conmigo? —gruñó entre dientes Julen.

—¿Usted qué cree? —contestó Sergio, demasiado serio—, a veces es tan fácil.

—Vete a la mierda —respondió Julen con toda la tranquilidad del mundo, y ahora sí, salió de la sala, dejando a Sergio con la palabra en la boca.

Mientras salía del edificio y enfilaba calle abajo buscando la parada de metro más cercana, pensó en todo el esfuerzo extra que tenía que hacer siempre para poder llevar adelante una conversación decente con su editor, sin terminar los dos a golpes. Y la mayoría de las veces ni siquiera conseguía quedar encima. Sergio parecía poseer una capacidad innata para conseguir sacarle de quicio tan solo con abrir la boca.

Cuando llegó a casa se cambió de ropa y se puso algo más cómodo. Revisó los mensajes y las llamadas perdidas, descartando de inmediato las de su padre. No era que no quisiera hablar con él, solo que no quería hacerlo cuando él dispusiera. Julen recordaba con claridad cómo su padre se mantenía pendiente de todos sus hijos a lo largo de su infancia y adolescencia. Incluso

ahora, cuando ya todos eran adultos, Sebastián Arraiza no aflojaba demasiado el control que pretendía mantener con todos ellos. Solo de pensar en cómo sería su vida cuando su padre se jubilara y tuviera todo el tiempo del mundo para controlar todo y a todos a su alrededor, los vellos se le ponían de punta.

A veces pensaba que si su madre aún viviera, lo más probable sería que el viejo no tuviera esa actitud sobreprotectora con todos sus hijos. O quizás sí, ¿quién lo sabría?

Calculando el tiempo que tenía por delante, cogió su *tablet* y se acomodó en el sofá, con una cerveza fresca a mano. Abrió el navegador y buscó las *webs* que previamente había colocado en favoritas para leer distintos artículos que le servirían en la investigación que estaba realizando para su novela. Concentrado totalmente en su tarea avanzó lo suficiente como para quedar satisfecho con toda la información recopilada. Gruñendo como un oso se estiró, con los brazos sobre la cabeza y bostezó con ganas, mirando a su alrededor al darse cuenta de lo oscuro que estaba todo. La cerveza olvidada sobre la mesita del salón le supo a meados cuando intentó dar un trago. Consultó la hora en el reloj de la cocina mientras vaciaba el botellín de cerveza en la pila y cogía una fresca del frigorífico. Sopesando lo que tenía aún por delante decidió contestar sus mensajes antes de ponerse a escribir por fin. No quería interrupciones en mal momento.

Su hermano Oscar no solía mandar mensajes así que, a parte de las de su padre, esa era otra de las llamadas perdidas registradas. Sabía que si hablaba con él en ese momento tendría que estar un buen rato colgado del móvil, por lo que decidió mandarle un mensaje rápido para quedar en llamarle más tarde.

Entre Oscar y él había once años de diferencia, y al igual que con sus hermanos y hermanas más mayores Julen siempre había sido para ellos como un juguete con el que entretenerse de vez en cuando. Oscar, Gloria e Iratxe eran, sin lugar a dudas, los que tenían más desarrollado el rasgo controlador que compartían con su padre.

Contestó rápidamente los mensajes de sus otros hermanos, que en su mayoría le preguntaban sobre su último viaje de promoción, y dejó para el final la llamada a su padre.

Nada más marcar tan solo tuvo que esperar tres tonos para escuchar la voz clara y firme de Sebastián.

—¿Cuánto tiempo pensabas dejarme esperando tu llamada?

—Tú sabes que tengo una vida propia llena de compromisos ¿no? — Julen se mordió el labio conteniendo una sonrisa. Por mucho que odiara tener que dar explicaciones sobre su vida a cada uno de los miembros de su familia, en el fondo sabía que era una persona privilegiada tan solo por el hecho de tener a tantas personas que se preocupaban por él.

—¿Y yo soy el último de ellos?

—No gruñas tanto —le riñó suavemente—. Tú sabes que no eres ningún compromiso. Para ninguno de tus hijos.

Julen escuchó con claridad el bufido de escepticismo que soltó su padre.

—Eso lo dices tú —masculló por lo bajo—. Pero en fin, cuéntame, ¿cómo ha ido todo?

Julen no escatimó en detalles y le contó a su padre todo lo que sabía sería de su interés sobre la presentación en la ciudad condal. El hombre asentía a cada una de sus palabras y hacía comentarios oportunos cada vez que era necesario. Julen confiaba plenamente en el criterio y la experiencia de su padre y, aun cuando prefería seguir su propio camino cometiendo sus propios errores, no estaba de más aprender de los mejores en el oficio.

—Me alegro que sigas cosechando éxitos con esa novela, es realmente buena, y no lo digo porque seas mi hijo —afirmó con sinceridad.

Julen guardó silencio por unos segundos. Su padre no era un hombre que acostumbrara a regalar los oídos gratuitamente y en muy pocas ocasiones clamaba sobre las bondades de sus hijos a viva voz. Sabía que su padre confiaba en su trabajo, de otra manera nunca le hubiera ofrecido un contrato editorial, por mucho que su sangre fuera la misma, pero hacía mucho tiempo que el hombre no ponía sus pensamientos en palabras, por lo menos delante de él.

—Gracias Jefe —bromeó Julen—. Es bueno saber que confías en mí.

—Por supuesto —contestó Sebastián sin titubear.

—Entonces deberías dejar de azuzarme a tu perrito faldero —Julen no pudo dejar pasar la oportunidad—. No necesito que ande detrás de mí olisqueándome el culo.

—Tienes una forma demasiado gráfica de decir las cosas, niño —le llamó la atención Sebastián—. De cualquier forma, no me dirás que te estás quejando de tu editor ¿verdad?

—No tengo quejas de mi editor —el malestar se filtró en su voz sin quererlo—, me quejo de tu perro.

—¿Por qué tienes siempre que llevar las cosas al extremo cuando se trata de Sergio? —gruñó su padre, perdiendo un poco la paciencia—. Querías trabajar con los mejores ¡Te he dado lo mejor de mi empresa! Sergio es el mejor, ¡confórmate y no te quejes tanto!

Julen apretó los dientes disgustado por el error que había cometido. Ante los ojos de su padre Sergio era alguien sin tacha ni mácula, no había nada que reprocharle ni en su trabajo, ni como persona. Caer una y otra vez en lo mismo, además de que no servía de nada, solo le llevaba a llenarse de frustración.

—Sé que consideras a Sergio como un exitoso profesional y una gran persona, pero permíteme que yo tenga mi propia opinión sobre él —Julen procuró guardar la calma, quería encauzar la conversación de nuevo—. Te he dicho que no dudo de su profesionalidad, pero no tengo por qué aguantar todo lo demás que me echa encima.

—No sé nada de eso —Se lavó las manos Sebastián—. Si estáis todo el día discutiendo es cosa vuestra. Y por otro lado ya va siendo hora de que arregléis eso, ¿no crees? Parece mentira que tengáis la edad que tenéis.

En ese momento Julen se sintió de nuevo como si tuviera quince años. Esa era una de las cosas que le disgustaba cuando hablaba con su padre o con alguno de sus hermanos mayores. Tenían la increíble capacidad de convertir cualquiera de sus problemas o dificultades en «cosas de chiquillos», como ellos lo llamaban, y eso no había cambiado ni con el paso de los años.

Julen se armó de paciencia e intentó que su padre entendiera.

—Papá no infantilices el problema —le reprochó con calma—. Ni Sergio ni yo somos más unos adolescentes sin sentido común. Por mucho que tú lo quieras no nos llevamos bien, nunca lo hemos hecho, y dudo mucho que la cosa cambie a corto plazo. Reconozco que a veces las cosas se nos van de las manos, pero todo iría mejor si dejaras de intervenir intentando controlarme a través de mi editor. Por favor, corta ya el tema y deja de inmiscuirte.

—¡Vaya! Ahora resulta que la culpa la tengo yo —bufó disgustado Sebastián.

Frustrado Julen se mesó los cabellos sabiendo que se había metido en otro callejón sin salida.

—¡Pues sí! ¡En esto sí! —le reprochó sin contemplaciones—. Deja hacer a Sergio el trabajo que tenga que hacer, y si quieres saber de mí, me preguntas directamente, que buscaré el modo de informarte convenientemente en cuanto sea posible. Si sigues utilizando a tu perrito faldero de correveidile, por mucho que sea el mejor de entre tus editores, rechazaré trabajar con él, a pesar de la cláusula en el contrato.

—No me amenes, niño —gruñó Sebastián al escuchar el reto de su hijo pequeño.

—Pues dame un respiro, viejo.

—Pufff —bufó el hombre con disgusto—, yo no sé de quién has sacado tanta cabezonería.

—Eso digo yo —gruñó Julen por lo bajo.

Después de unos minutos más de conversación más relajada Julen cortó la llamada con su padre, teniendo la completa seguridad de que el hombre iba a seguir haciendo su santa voluntad. Consciente de que poco o nada podía hacer sobre el asunto, fue a la cocina para buscar algo de picar. Necesitaba comer algo antes de ponerse en frente del ordenador. Tenía por delante unas cuatro horas de trabajo, y tenía que aprovecharlas bien. Esa noche necesitaba salir y despejarse un poco. Algo de sexo le vendría bien.

Cortó un poco de embutido y algo de queso y lo llevó a la sala, colocándolo sobre la mesita frente al sofá. Mientras masticaba con ganas su primer bocado, cogió de nuevo el móvil y marcó el número de su hermana Bea. Al quinto tono descolgó.

—¿Qué pasa Peque? —contestó la mujer risueña.

—Niña, aún me quedan un montón de horas de trabajo por delante, pero esta noche me apetece salir un rato, ¿te apuntas?

Julen escuchó un gruñido de exasperación y sonrió sabiendo que tendría que negociar para que su hermana le acompañara.

—¿Tú sabes todo el trabajo que tengo encima? —comenzó quejándose—, además es entre semana ¿no puedes esperar al viernes?

—Imposible —contestó categórico—. Voy a empezar ya con los viajes de promoción y apenas voy a tener tiempo para respirar. Venga, anda, no te hagas de rogar. Solo será un rato, luego tengo que volver pronto y seguir trabajando. Mi editor me trata como un esclavo.

—Eres un quejica. Y un blandengue —añadió Bea con saña.

—¿Tú eres la que te estás quejando!

—Yo no me quejo. Yo soy realista —contestó con suficiencia.

—¿Y Rob? —Julen jugó su última carta. Sabía que si su hermano Roberto se apuntaba a la salida, su melliza no podría seguir negándose.

—¿Tú piensas que tu hermano tiene menos trabajo que yo?

—No, pero sé que mi hermano se apunta a un bombardeo —ambos sabían que esa era una verdad absoluta.

—Eres un niñoato.

—Y tú una bruja.

Ambos se rieron sabiendo que la discusión ya tenía un vencedor. Esa noche serían tres en la escapada nocturna.

—¿Y qué te pasa? —preguntó Bea con interés—. ¿Tanto necesitas del escape?

—No te voy a engañar —confesó sin tapujos—, busco algo rápido y sin compromiso, y vosotros sois la escolta perfecta, ya lo sabes.

—Es bueno saber que servimos para algo.

—¿Verdad? —siguió la guasa Julen.

—¿Y qué pasa con tu amigo Álvaro? —preguntó Bea con curiosidad genuina—. ¿No era el que satisfacía tus necesidades últimamente?

Julen se rio con ganas al imaginarse perfectamente a su hermana subiendo y bajando las cejas insinuantemente.

—Por desgracia me ha dejado solo —aclaró—, hace dos semanas que está en Londres, no sé qué master le tendrá ocupado durante bastante tiempo

allí.

Julen escuchó el gruñido de comprensión de su hermana al otro lado de la línea y sonrió al saber que le había entendido perfectamente.

La libertad que sentía cuando hablaba con Bea o con Rob era algo que no podía permitirse con ninguno de sus otros hermanos. Beatriz fue la primera que descubrió que Julen era homosexual, cuando le sorprendió en su cuarto tonteando con un chico, compañero de la universidad. Fue un shock para ambos, evidentemente por motivos diferentes, pero Julen fue capaz de hacerse entender y encontró en su hermana un oído listo para escuchar y un hombro amplio donde apoyarse. Tampoco pudo evitar que su querida hermana compartiera su condición con su mellizo, alegando que iban a necesitar compartir un montón de cosas y que Rob nunca rechazaría a su hermano pequeño, fuera como fuera. Además Bea era incapaz de guardarle un secreto a su otra mitad.

—Bueno, entonces no vamos a tener otro remedio que echarte una mano ¿no? —claudicó Bea— ¿Te vamos a buscar a casa?

—Ok, yo os aviso cuando esté listo —advirtió Julen—. Habla tú con Rob, me pongo ya a trabajar.

—De acuerdo, que te sea leve —le deseó Bea.

Más animado Julen se despidió de su hermana con la cabeza puesta ya en el trabajo. Hizo un esquema mental del tiempo del que disponía y lo que iba a hacer con él. Sentado frente al ordenador abrió el archivo de su novela y revisó lo último que había escrito. Se aseguró de tener todo lo que pudiera necesitar a mano y comenzó a escribir pensando en la estructura de trabajo que había planeado.

A Julen le resultaba difícil escribir si no lo hacía en el mismo sitio. Su rincón de trabajo solo lo utilizaba para escribir sus novelas, si en alguna ocasión surgía la necesidad o la obligación de escribir y no estaba en casa, solía utilizar su notebook pero procuraba evitar esas situaciones si podía, porque no lograba sentirse a gusto haciéndolo así.

Concentrado en su tarea consiguió avanzar mucho en la trama, tanto como para poder estar tranquilo un par de días. Tendría que sacar alguna hora de trabajo mientras estuviera de viaje, así que no le iba a quedar más remedio que escribir fuera de casa. Después de tres horas prácticamente sin moverse

del asiento más que para lo necesario Julen tuvo que hacer crujir sus articulaciones para desentumecer su cuerpo. Se estiró con satisfacción, bostezando para intentar despejarse un poco. Consultó la hora y calculó que aún podría tener unos cuarenta minutos para consultar el plan de viajes para la semana siguiente y organizar las cosas que tenía pendientes en base a eso. Escribió un mensaje para sus hermanos diciéndoles a qué hora podían pasar por él, y aprovechó los siguientes minutos para terminar su trabajo. Sabía que probablemente esa madrugada abriría de nuevo su procesador de textos para arañar un par de miles más de palabras a su imaginación. Julen necesitaba soltar el exceso de energía que estaba recorriendo su cuerpo esa noche. La diversión con sus hermanos y el sexo que planeaba disfrutar ayudaría a mantenerse bajo control, pero ni siquiera todo ese ajetreo conseguiría dejarle K.O, estaba seguro. Por lo tanto tendría que aprovechar el tiempo y no había mejor forma que retomar su trabajo y avanzar en la novela.

Satisfecho con su plan para esa noche, guardó todos los documentos, apagó el ordenador y comenzó a desnudarse mientras caminaba hacia su cuarto. Dejó la ropa sucia en el cesto y se metió debajo de la ducha, pensando en lo que se pondría para salir.

La noche iba a ser larga y no tenía a la vista perspectiva de que se volviera a repetir en breve. Tendría que aprovecharla.

## *No hay más ciego que el que no quiere ver.*

El hecho de pasar tantas horas rodeado de gente, con el bullicio generado en un salón relativamente pequeño realizando la misma tarea una y otra vez, les estaba pasando factura a esas alturas de la semana. Buscó con la mirada a Sergio y le encontró charlando en un aparte con un par de personas desconocidas para él. Aunque no era extraño, ya que la gran mayoría de hombres y mujeres que le rodeaban en ese momento eran completos extraños.

Después de haber hecho lo mismo en las tres últimas ciudades a las que habían ido, lo que estaba haciendo esa tarde en aquella librería tan concurrida era algo de lo más familiar para él. Reconocía que estar cara a cara con sus lectores era lo que más apreciaba en esos momentos, pero no dejaba de ser una tarea que se convertía en repetitiva después de estar más de una hora firmando libros. Suerte que ya quedaba menos.

En su agenda de viaje aún les quedaba visitar una ciudad esa semana. Su ciudad natal, Pamplona. Sus tres hermanos más mayores: Oscar, Gloria y Jaime eran los que permanecían allí con sus respectivas familias, así que después de satisfacer sus compromisos laborales pasaría el fin de semana visitándolos a todos.

Alzando la vista de la tarea entre manos, sopesó la gente que quedaba en la cola para recibir su ejemplar firmado y calculó que podría tardar media hora en terminar con todo. Se sentía feliz y satisfecho de saber que su trabajo estaba teniendo tan buena acogida y charlar con los lectores era, en la mayoría de los casos, un verdadero placer.

Antes de ser consciente de su presencia Julen percibió el sugerente perfume que acompañaba a cada uno de los movimientos de Sergio y tuvo que acomodarse en su asiento al sentir la excitación que recorrió su cuerpo. Le encantaba esa fragancia en particular. No porque la utilizara Sergio, solo la fragancia en sí, pensó para sí mismo.

—Vengo a decirle que por hoy no tendrá que recibir a más lectores —le informó Sergio inclinándose sobre su hombro—. Estos son los últimos, podremos ir a descansar al hotel hasta la hora de la cena.

Julen asintió con la cabeza mientras sonreía a la mujer que tenía delante

de él y le extendía el libro recién firmado.

—¿Por qué hasta la hora de la cena? —Se tomó un segundo para girarse buscando los ojos de Sergio y se topó con su rostro demasiado cerca del suyo —. ¿Tengo algún compromiso esta noche?

Sergio no se apartó ni un milímetro de él, entonces, al contestar su pregunta, Julen sintió su tibio aliento sobre sus labios y mejilla.

—Solo será un trago en el bar del hotel con un par de personas, editores extranjeros —explicó con tranquilidad Sergio—. Creo que le vendría bien conocerlos.

—¿No crees que deberías haberme dicho algo antes? —le reprochó después de preguntar a un nuevo lector a qué nombre quería la dedicatoria en el libro.

—Ha surgido así, no vi que hubiera ningún inconveniente —justificó el editor—. Ya sabe lo que opina su padre, los contactos siempre son importantes.

Conteniendo su mal humor creciente Julen volvió a girarse hacia Sergio para contestarle.

—No soy mi padre.

—Lo sé, solo era un comentario.

Sergio se encogió de hombros quitándole importancia al asunto, y se incorporó apartándose de su lado. Sabía de sobra que mencionaba a su padre a cada oportunidad que tenía con la intención de molestarle. Era una de las cosas que debía tratar de controlar. Al fin y al cabo que Sergio lograra sacarle de quicio era solo culpa suya. No debía dejarse llevar de esa manera por cualquier nimiedad. Cuando consiguiera dejar de reaccionar ante las puyas de Sergio, dejaría de tener ese tipo de influencia sobre él.

Al término del evento Julen se encargó de felicitar y agradecer a todo el mundo la acogida y el apoyo recibidos. A esas alturas del día en lo único en lo que pensaba era en intentar desconectar un poco de la gente y aislarse un rato en su habitación del hotel. En la calle Sergio paró un taxi y ambos subieron en silencio, sin dirigirse la palabra el uno al otro, como era habitual en ellos.

Entraron al hotel y pidieron las llaves. Las habitaciones estaban en la tercera planta, una contigua a la otra. Julen frunció el ceño cuando intentó abrir

la puerta un par de veces sin resultado alguno.

—¡Vamos hombre! —gruñó por lo bajo.

—¿Necesita ayuda? —se ofreció Sergio mientras mantenía abierta la puerta de su cuarto.

—No, yo puedo —rechazó Julen.

—Como quiera. —La tranquilidad en la voz de Sergio irritó aún más al escritor—. Entonces le pasaré a buscar antes de la cena.

—No hace falta. —Julen suspiró al notar cómo la cerradura cedía por fin permitiéndole abrir la puerta—. Nos encontramos en el bar.

Julen no esperó confirmación, pasó a su cuarto y cerró la puerta detrás de él sin escuchar lo que tuviera que decir el otro. En el mismo instante sintió una especie de arrepentimiento inundando su mente. Cada vez era más consciente del tipo de reacciones que generaban sus encuentros y conversaciones con Sergio. Solo podía pensar que en su cerebro había alguna clase de resorte que saltaba a la mínima provocación de su antagonista. Últimamente se encontraba analizando cada uno de los sentimientos que le inundaban cuando miraba, hablaba, tocaba o incluso olía a Sergio. Era una caótica mezcla de emociones encontradas, sentimientos y reacciones que se veía imposibilitado de controlar.

Enfadado consigo mismo intentó apartar todo ese barullo de su cabeza para procurar descansar lo máximo posible. No sabía qué planes tenía Sergio con las personas que pretendía presentarle, pero no le apetecía socializar con desconocidos en ese momento. Necesitaba avanzar un poco con la novela y pretendía deshacerse de la compañía cuanto antes para poder subir y escribir durante un par de horas.

Durante sus viajes de promoción desde que trabajaba con Sergio, casi nunca comían o cenaban juntos. Solían buscar excusas creíbles para permanecer lo más alejados uno del otro y, salvo excepciones impuestas por temas laborales, mantenían las distancias sin problemas. Últimamente soportaba cada vez menos la presencia del editor, por muy diversas y sorprendentes razones. Pensando en que esa noche no iba a ser la excepción, se puso cómodo tumbado sobre la cama y cogió su *smartphone* para revisar los mensajes y llamadas perdidas. Pasó unos minutos contestando a sus amigos y hermanos y después puso la alarma para que sonara en una hora. Esa noche

iba a necesitar esos minutos de sueño si pensaba trabajar en su novela más tarde.

Dos horas después, descansado, duchado y arreglado, salió de su habitación rumbo al bar del hotel, dispuesto a darles una oportunidad a los contactos de Sergio. A veces se imaginaba que, probablemente, la gente pensaba de él que era un auténtico ogro hurraño, pero sinceramente no le preocupaba demasiado. Tenía claro que sus prioridades no eran las mismas que las de la mayoría de personas y no iba a cambiar su forma de vida para contentar a nadie.

Atravesó el hall del hotel y caminó hacia la zona amplia y acristalada donde se encontraba el bar. Nada más levantarse de su siesta había recibido un mensaje de Sergio con las instrucciones del lugar y la hora donde habían quedado. El editor no le dijo nada sobre las personas que pretendía presentarle, por lo que iba totalmente en blanco.

Parado en la entrada comprobó que a esa hora el local estaba bastante ocupado pero sin resultar agobiante. Echó un vistazo por encima y enseguida localizó la inequívoca presencia de Sergio junto a la amplia barra del bar, en el fondo. Estaba acompañado de dos personas; un hombre atractivo que parecía unos cuantos años más mayor que él, y una mujer alta y morena, de más o menos la misma edad. Se extrañó al darse cuenta de que Sergio había prescindido de su eterno traje y corbata. Lleva puesta una camisa de un discreto tono fucsia que combinaba a la perfección con el pantalón gris y el cinturón que llevaba. La camisa, con el primer botón desabrochado, se ajustaba lujuriosamente al torso del editor. Estrechando los ojos Julen rumió su instintiva reacción hacia el atractivo hombre.

Intentando poner las cosas en perspectiva caminó entre la gente con la vista puesta en el trío. En ese momento la mujer se disculpó con Sergio y su acompañante alejándose de ellos para atender una llamada. Antes de poder llegar a su altura paró un momento para observarles. El editor se estaba inclinando sobre el otro hombre, que era unos centímetros más bajo, y le susurraba algo al oído mientras sonreía cariñosamente. Entonces comenzó una sinuosa caricia sobre su espalda que se extendió hacia abajo, hasta abarcar una de las firmes nalgas, que apretó con picardía.

No estaba preparado para sentir el rechazo que le invadió al ver esa cómplice escena entre los dos. Sergio sonreía con sincera simpatía mientras

volvía a apartarse manteniendo las distancias con su acompañante. No ignoraba que Sergio era una persona muy sociable, amistoso, amable con la gente del trabajo, cercano con muchos de ellos, pero nunca le había visto interactuar con alguien por el que, al parecer, sintiera interés amoroso o atracción física. Era desconcertante porque inconscientemente en su cabeza hizo que Sergio no tuviera vida a parte de lo que pudiera incumbirle a él. Incluso solía ignorar el trabajo que realizaba con otros escritores. No se trataba de egocentrismo, simplemente era algo que no le importaba. Tampoco tenía nada que ver con los celos la punzada molesta que sintió en la boca del estómago mientras analizaba sin darse cuenta lo que estaba pasando ante sus ojos.

Durante un segundo dudó de si era conveniente que se acercara en ese momento, o esperar a que la mujer terminara de hablar y no ser él el que interrumpiera a la pareja. Pero descartó enseguida las dudas. Si Sergio quería ligar con ese hombre le daba igual, no pensaba perder más tiempo quedándose plantado en medio del bar. Tenía demasiadas cosas que hacer esa noche.

Antes de siquiera acercarse, Sergio giró la cabeza hacia él y le vio por fin. El otro hombre siguió la mirada de Sergio y Julen sintió una incomodidad repentina al tener tanta atención indeseada sobre él.

—Hola, buenas noches —saludó de inmediato al llegar a la altura de la pareja—. Sergio, espero no haber llegado tarde.

—No, todo bien —Sergio asintió con la cabeza, algo más serio de lo que estaba segundos antes.

—Tú debes de ser Julen Arraiza —interpeló el acompañante de Sergio dirigiéndose a él.

—Julen, te presento a Gustavo Bejarano —Sergio se apresuró a presentarlos—. Gustavo, Julen Arraiza.

Julen estrechó la mano tendida de Gustavo, sintiendo el apretón suave y amable. Se extrañó cuando retuvo su mano durante unos segundos de más. Sus ojos reflejaban la sonrisa que se veía en sus labios, cosa que le agradó. Había mucho atractivo potencial en esa sonrisa, ¿sería eso lo que cautivaba a Sergio?

—Es un placer conocerte al fin —comentó con interés Gustavo—. Sergio nos ha hablado mucho de ti.

—¡Ey! ¡Bueno! ¡Por fin vamos a conocer al famoso escritor?

La mujer morena que se acercó a él rodeando a Gustavo, le saludó también, sonriéndole mientras le estrechaba la mano.

—Julen, ella es Marga Moreno, compañera de Gustavo en la editorial *Dos Soles*.

Julen reconoció el nombre de la editorial bonaerense de inmediato.

—Es un placer conoceros —devolvió la sonrisa a Marga—. ¿Estuvisteis hoy en la presentación?

—Pudimos pasarnos un rato, teníamos compromisos previos —explicó Marga—. Por eso le pedimos a Sergio que nos buscara un hueco contigo.

—En realidad solo tenemos unos minutos —añadió Gustavo—. En unas horas volamos de vuelta a *Baires*, pero estábamos interesados en conocerte.

El editor explicó los intereses de su editorial por buscar talentos europeos. Ambos estaban en Madrid participando en un encuentro de escritores.

—Conocemos desde hace mucho tiempo el ojo crítico de Sergio a la hora encontrar oro donde otros no lo ven. —Gustavo le hizo un guiño a su editor mientras hablaba con él—. Teníamos curiosidad por conocerte, hacía años que este no mostraba tanto entusiasmo por alguien.

Julen no pudo evitar mirar a Sergio y ver cómo el hombre fruncía el ceño con gesto osco al escuchar las palabras de su amigo.

—Creo que deberías dejar de darle coba a mi escritor —dijo cruzándose de brazos—. Luego no va a haber quién le aguante.

Todos rieron por la puya, aunque Julen solo se permitió una leve sonrisa, conociéndole, no estaba muy seguro de que su editor estuviera bromeando.

—Entonces ¿no hay tiempo de una cena rápida? —tanteó Julen.

—Lo siento, tenemos el tiempo justo de recoger las cosas en nuestro hotel y salir hacia el aeropuerto.

Sinceramente decepcionado Julen entabló conversación con Marga y Gustavo. Ambos le preguntaron sobre su trayectoria literaria y se sorprendieron al escuchar la anécdota de cómo había firmado el contrato con la editorial Arraiza. Descubrió que los dos habían hecho prácticas en la

editorial años atrás, cuando estuvieron estudiando en España antes de terminar la carrera. Sergio había compartido piso con ellos, y desde entonces eran buenos amigos. Julen pudo comprobar esa cercanía y complicidad que los tres demostraron durante la escasa media hora que compartieron. Ninguno de los dos dijo nada sobre el modo en el que Sergio se dirigía a él y tuvo que preguntarse cuánto sabía la pareja respecto a su tirante relación con su editor.

Fiel a su costumbre Sergio fue cortés y ligeramente distante con él, de un modo muy profesional y dejó de lado los ataques verbales y de doble sentido que solía utilizar. Julen se amoldó a la perfección al nuevo estatus sin que por ello sintiera una pizca de incomodidad. Lo cierto era que la conversación que mantuvieron los cuatro fue entretenida y divertida. Julen pudo ver otra cara totalmente diferente de la que solía mostrar Sergio ante él. Una mezcla de cercanía y profesionalidad que se teñía claramente de camaradería cuando interactuaba con los otros dos editores.

Quedó con ganas de más cuando la pareja tuvo que despedirse unos minutos después. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una conversación entretenida fuera de su círculo de amigos. En ese momento se dio cuenta de que estaba dedicando demasiado tiempo de su vida al trabajo y demasiado poco a lo social. Frunciendo el ceño se quedó mirando a través de los ventanales del bar cómo Sergio se despedía de sus amigos. Recibió dos besos y un fuerte abrazo de Marga y cuando ésta se metió dentro del taxi, Gustavo aprovechó la intimidad para acariciar con familiaridad la nuca de Sergio mientras le acercaba hacia sí para plantar un rápido beso en sus labios. Julen vio con claridad la fácil sonrisa que se dibujó en su boca y en sus ojos, estaba claro que entre ellos existía un cariño mutuo. Al ver cómo el editor argentino subía al taxi despidiéndose con la mano a través del cristal, Julen giró sobre sí mismo buscando la salida del bar. Estaba sobre analizando las cosas, cosas que para él no tenían importancia alguna. ¿Y qué si esos dos habían estado saliendo en el pasado? ¿Qué importaba si se tenían o no cariño ahora?

Caminó atravesando el hall intentando descartar los pensamientos que rondaban su cabeza, pero tuvo que frenar al escuchar la voz a sus espaldas.

—¿Ya se retira señor Arraiza? —La voz firme llegó con claridad hasta él.

Podía haber seguido caminando y fingir que no le había escuchado, pero ya era demasiado tarde, tendría que soportar unos minutos más las ocurrencias

de su editor.

—Pues sí, esa era la idea —Julen se giró para encararle—. Aún tengo muchas cosas que hacer.

—Espero que una de ellas sea continuar con el libro. No necesita más retrasos en su agenda.

Julen estuvo a punto de echarle en cara que si no hubiera sido por él y la visita de sus amigos en esos momentos estaría, probablemente, terminando otro capítulo de su libro, pero ni siquiera tuvo tiempo de hacer el reproche.

—No le he visto comer nada durante toda la tarde, y dudo que haya comido algo en su habitación —soltó Sergio sus arrogantes suposiciones—. Sígame, le invito a cenar.

Sin esperar su consentimiento Sergio giró sobre sus talones para dirigirse a la puerta de salida, en busca de un restaurante cercano.

—¡Espera! ¡Ni siquiera he aceptado! —Julen aborrecía la arrogancia de Sergio con todas sus fuerzas.

—Estoy seguro que sabe lo que tiene que hacer, señor —Sergio no se tomó la molestia de girarse para contestarle, siguió caminando con paso firme.

En ese tipo de situaciones, que tan a menudo tenía que sufrir con su editor, normalmente escogía el camino más fácil para él. Era cierto que hacía horas que no comía nada, pero fácilmente podría llamar al servicio de habitaciones y solucionar el problema. Aunque llegados a este punto ¿cuál sería la opción con la que más posibilidades tendría de molestar a Sergio?

No lo pensó más. Cruzó de nuevo el hall hacia la salida y siguió la estela de su editor hasta ponerse a su altura.

—Ya puedes pagar tú, no llevo la cartera encima —mintió con descaro.

—No hay problema, señor —Sergio contestó imperturbable, sin dar señal alguna de victoria.

Caminaron unos metros más sin mediar palabra hasta que Julen vio un lugar que le pareció adecuado. Sergio no puso pega a su elección por lo que entraron para buscar una mesa libre dónde acomodarse. El local era informal y los comensales estaban distribuidos de forma aleatoria entre las escasas doce mesas del comedor principal, no todas estaban ocupadas. Cuando encontraron

un sitio, el camarero se acercó a ellos ofreciéndoles las cartas y alguna recomendación. Julen sintió un hambre repentina que agujereó su estómago al oír los deliciosos platos que cantaba el camarero, así que no dudó demasiado en escoger, al igual que Sergio. Ambos pidieron carne con distintas guarniciones y agua. Nada de alcohol.

Hacía varios años ya que las únicas conversaciones que mantenía con Sergio eran casi exclusivamente sobre trabajo, por lo que era normal que los silencios abundaran entre ellos cuando no había temas laborales que tratar. Mientras esperaban que trajeran su orden dejaron que el silencio se instalara entre ellos de manera tácita. Julen sacó su móvil y comenzó a revisar correos y mensajes pendientes. Después de unos minutos levantó la vista pensando en encontrar a Sergio con su móvil en la mano, haciendo lo mismo que él, sin embargo lo que el hombre sostenía entre sus dedos era algo totalmente diferente. El editor estaba ensimismado contemplando, con lo que parecía cariño genuino, unas cuantas fotos de tipo polaroid. Ver la expresión dulce y cariñosa en el rostro de su acompañante dejó a Julen intrigado. Sintió tal curiosidad por saber qué era lo que mostraban las fotos que estuvo a punto de pedirle que se las enseñara, pero consiguió frenarse a tiempo.

El camarero no tardó en traerles los platos que habían pedido, por lo que comenzaron a comer en silencio. Julen no pudo apartar de su mente las fotos. Hacía demasiados años que no veía una expresión parecida en el rostro de su editor, tuvo que retrotraerse al pasado, varios años atrás, cuando ambos eran adolescentes y jugaba en el equipo de rugby. La competitividad entre ellos siempre fue grande, ninguno quería perder frente al otro y su relación era tirante, terminando casi siempre en peleas y enfrentamientos. Pero estaba claro que ambos disfrutaban jugando a su deporte favorito, los dos lo daban todo en el campo y cuando obtenían alguna victoria la celebración nunca faltaba. Sergio siempre fue un buen compañero y capitán, todos en el equipo le respetaban y admiraban, disputar con él ese puesto cada año fue una tarea difícil. Julen recordaba con claridad los momentos felices que pasaron como jugadores y sabía que, probablemente, esos años fueron los últimos que pudo ver ese tipo de emociones en él. Después de eso perdieron el contacto al ir a distintas universidades, y cuando se reencontraron en la editorial su antiguo compañero de equipo ya mostraba un hermetismo claro con respecto a lo que pensaba o sentía, sobre todo cuando estaba a su alrededor.

Un carraspeo seco interrumpió las divagaciones de Julen, obligándole a

levantar la vista de su plato casi vacío. Sergio le miraba con el ceño fruncido y una sonrisa escurridiza asomándose en los labios. El camarero de pie junto a él también le observaba de forma similar, como si ambos llevaran un rato intentado llamar su atención sin conseguirlo.

—Señor, le preguntaba si ya había terminado con su plato —El camarero amablemente se dirigió a él—. ¿Va a tomar postre?

Al bajar la vista hacia su plato se dio cuenta de que había estado removiendo los restos fríos de comida durante, al parecer, un buen rato. Normalmente solía divagar perdiéndose en sus pensamientos mientras hacía cualquier tarea que no implicara demasiada concentración, estaba acostumbrado a ello. Pero por lo general la gente a su alrededor no se daba cuenta de ello. Incómodo apartó el plato que tenía enfrente para que el camarero lo retirara. Antes de tener tiempo para contestar al hombre, Sergio ya se le había adelantado:

—¿Tienen en la carta algo de chocolate? —Julen frunció el ceño. No sabía que a Sergio le gustara también el chocolate.

—Tenemos helado de chocolate con leche y un bizcocho casero cubierto con salsa de chocolate y frambuesa, si es de su gusto.

Julen volvió los ojos hacia Sergio, esperando por su elección y se encontró con un gesto imperativo del editor, que le miraba fijamente como pidiéndole que escogiera. Entonces entendió. Había preguntado por él. Desconcertado por la deferencia del otro se giró hacia el camarero.

—No gracias —contestó con firmeza—. No voy a tomar nada más.

Él prefería los bombones o piezas de chocolate con leche, o alguna mezcla tradicional del dulce. Los bizcochos y galletas solía evitarlos por lo general.

—Entonces tráiganos la cuenta, por favor —pidió Sergio—, ya hemos terminado.

En cuanto el camarero se alejó Julen quiso saciar su curiosidad.

—¿Cómo sabes que me gusta el chocolate?

Sergio titubeó al responder, como si no quisiera contestar a su pregunta.

—Todo el mundo en la editorial sabe que le encanta el chocolate —dijo

con voz plana e indiferente.

Eso era cierto. No había ningún mérito en conocer ese detalle sobre él. Olvidándose del asunto siguió a Sergio camino del hotel después de que el camarero volviera con la cuenta. Estaba deseando llegar a su habitación para ponerse frente a su ordenador y escribir por lo menos un capítulo más de su novela. Caminaron en silencio hacia el ascensor, atravesando el hall, pasando junto a la cafetería del hotel, y se acordó de los amigos de Sergio. El beso que compartió con Gustavo cruzó su mente de nuevo.

—Que me presentaras a tus amigos editores ¿fue idea de mi padre o tuya? —Julen rompió el silencio mientras subían al ascensor.

—Su padre no ha tenido nada que ver —contestó saliendo al pasillo que daba a sus habitaciones, cuando el ascensor llegó a su piso—. Sabía que ellos estarían aquí y aproveché la oportunidad.

Sergio se dirigió a su cuarto, dejando atrás el de Julen, e introdujo la llave para abrir la puerta cuando escuchó la pregunta a sus espaldas:

—¿Gustavo y tú sois amantes? —Julen esperaba junto a su habitación, sin hacer amago de entrar.

—Eso no es de su incumbencia. —La respuesta de Sergio fue clara y arrastraba un toque de arrogancia.

—Lo siento, no quería molestarte —era eso, precisamente, lo que pretendía—. Solamente me fijé en que os besasteis al despediros, sentía curiosidad.

Sergio se giró hacia él para contestarle.

—Somos amigos, es normal para nosotros despedirnos con un beso.

Pretendiendo incomodarle Julen continuó empujando.

—Tú nunca te despides de mí con un beso.

Sergio levantó una ceja perplejo y contestó:

—Es evidente que usted y yo no somos amigos —indicó con firmeza—. Además, parece que usted prefiere las mamadas a los besos ¿no?

Sin haberse esperado la cínica respuesta Julen fue capaz de contestar con soltura.

—De tu parte, sí. Además tampoco hace falta mucho para conseguirlas.

—Sí, solo pedirlo por favor. —Ambos sabían que Julen había hecho algo más que pedir por favor.

Siguiendo con la pullas Julen contestó con malicia.

—La próxima vez te pediré un beso.

Sergio clavó su mirada en él con intensidad y tuvo la sensación de que acababa de tocar una tecla discordante entre ellos, que nunca antes había tocado.

—Se necesita algo más que un por favor para conseguir mis besos. — Hizo una pausa—. Tampoco valen los chantajes.

Intentando ocultar su reacción por el desaire, Julen crispó la mandíbula sonriendo de medio lado.

—Hoy estás demasiado quisquilloso con tus afectos, parece.

—Será porque hay un escritor que no deja de distraerse con tonterías y sin embargo tengo que pelearme con él para que haga su trabajo.

—Será —contestó Julen alzando una ceja con despreocupación, mientras miraba como Sergio desaparecía en su cuarto.

—Me gustaría ver algo de su trabajo por la mañana, señor Arraiza. — La voz del editor llegó hasta él—. Que tenga buena noche.

El portazo puso punto y final a la conversación cuando Sergio cerró tras él, dejándole a solas en el pasillo.

Definitivamente en este enfrentamiento Julen no salió vencedor. Con la mente ocupada, dando vueltas a lo que acababan de hablar, entró a su cuarto con el piloto automático puesto. Se cambió de ropa para estar más cómodo y revisó los mensajes en su móvil antes de sentarse de nuevo frente a su ordenador.

Finalmente se dio por vencido y apartó con decisión de su cabeza los pensamientos sobre Sergio. En su fuero interno era capaz de reconocer que a pesar de haber sido el instigador de su último enfrentamiento, el hecho de no conseguir su propósito le molestaba bastante. Al final no le quedó otra que morderse la lengua. Le daba algo de vergüenza darse cuenta de que estaba en un punto en el que consideraba los enfrentamientos con Sergio como algo que

tenía que ganar.

Era demasiado patético.

Las cosas debían cambiar, si continuaba así no tenía ni idea de dónde acabaría llevándole su imprudencia.

Sí. Definitivamente, algo debía cambiar.

## *Cosas de padres e hijos.*

Distraído mirando la agenda, Sergio recibió un suave empujón cuando otro usuario intentó subir al ascensor mientras él obstruía la entrada. Disculpándose con un gesto subió tras el último ocupante y pulsó el número cinco en el panel de control.

El despacho de Sebastián Arraiza era accesible para cualquiera en la editorial que quisiera hablar con él. Siempre y cuando lograra sacarle una cita sin previo aviso a su asistente. Por suerte Sergio estaba en la categoría «Familia», según indicaciones expresas del Jefe, y fue así desde que pisó por primera vez la editorial.

En la quinta planta le recibió un hall vacío. A esas horas de la tarde Sebastián se deshacía de su asistente mandándole a casa, quedándose él rezagado para terminar cualquier asunto que tuviera pendiente. Por eso sabía a ciencia cierta que el dueño de la editorial aún estaría detrás de su escritorio. Sebastián solía pasar mucho tiempo de más en su despacho. Fue algo que siempre hizo, desde el comienzo de su andadura como pequeño editor, y que mantuvo a lo largo de los años. Sobre todo después del fallecimiento de su esposa. Se podría decir, sin miedo a equivocarse, que lo más importante para Sebastián, solo por debajo de sus hijos, era su trabajo y dedicación a la editorial. Para él no existía nada más.

Caminó hacia el despacho que tenía la puerta entreabierta, y tocó sobre la hoja de madera suavemente con los nudillos antes de asomarse para echar un vistazo.

—Jefe.

Sergio entró al despacho al ver a Sebastián apartando su atención de la pantalla del ordenador cuando escuchó los golpes en la puerta.

—¡Hombre! —saludó jovialmente el editor—. Ya te estaba esperando yo desde hacía un rato.

Levantándose de su asiento Sebastián rodeó la mesa y fue al encuentro de Sergio, estrechándole la mano con familiaridad mientras golpeaba su hombro paternalmente.

—No creo que te hayas quedado aquí más tiempo del necesario solo por esperarme.

Sebastián sonrió negando con la cabeza a la vez que señalaba los asientos frente a su escritorio, invitando a Sergio para que se sentara con él.

—Sabes que lo hubiera hecho si fuera necesario. Pero lo cierto es que me he entretenido con la correspondencia, ¿cómo puede acumularse tanto en dos días? No me lo explico.

—Seguro. Pero también sé que si no es la correspondencia, es cualquier otra cosa —contestó desabrochándose el botón de la chaqueta del traje—. Los días cada vez son más largos, pero son demasiadas horas para que sigas trabajando aún.

—¿Tú también vas a empezar con eso? —gruñó frunciendo el ceño—. Bastante tengo con mis hijos.

—¿Hay algo que estés haciendo aquí que no puedas hacer en casa?

—Me gusta hacerlo aquí, este es mi lugar de trabajo y donde mejor me manejo ¿Qué tiene de malo?

—Que no descansas lo suficiente.

—No soy ningún viejo decrepito —el mal humor asomó el hocico en la conversación—, no queráis jubilarme tan pronto. Soy muy capaz de hacer lo que hago, y mucho más, si me preguntas.

—Creo que ni tus hijos ni yo hemos pensado, ni nos atreveríamos, en jubilarte —intentó mediar en el espinoso tema—. Aún nos das a muchos de nosotros demasiadas vueltas. Pero eso no quita que, como cualquier otra persona, debas descansar adecuadamente sin forzar la máquina —argumentó—. ¿No es precisamente lo que me dices a mí?

—Bueno. Tú eres tú, y yo soy yo.

Sergio agitó la cabeza sonriendo al escuchar la sentencia de Sebastián. El hombre era cabezota como él solo, bien lo sabían sus hijos, y ni siquiera su mujer fue capaz de hacerle cambiar de costumbres cuando estaba viva. Después de tantos años probablemente se marchitaría y apagaría si no tuviera mucho que hacer.

Observándole de cerca Sebastián no daba muestras de cansancio o

agotamiento. Era un hombre fuerte y robusto, alto, con el pelo entrecano, movimientos ágiles y mente despierta. Todos sus hijos habían heredado muchos de sus rasgos en mayor o menor medida. Se notaba que había sido un hombre atractivo en su juventud y su inteligencia y brillantez aún eran patentes. Su hijo mayor era el que más se parecía a él físicamente, pero Sergio podía afirmar que Julen se había llevado buena parte de su carácter inflexible, exigente y tenaz. Entre otras cosas.

—Dices demasiadas obviedades —remató Sergio.

Sebastián gruñó levantando el labio superior, mirando amenazadoramente a Sergio, como si le quisiera dar un buen sopapo. Pero Sergio sabía que eso solo se trataba de mucho ruido y pocas nueces. No es que Sebastián fuera un abuelito de esos entrañables, pero sabía desde hacía muchos años que solo mordía cuando era estrictamente necesario. Y vaya si el mordisco dolía. Que se lo preguntaran a sus competidores y enemigos. Muchos de ellos quedaron en el camino sin posibilidad de levantarse a lo largo de los años.

—Será mejor que te dejes de tonterías y me cuentes cómo ha ido la semana. —La mirada de Sebastián se agudizó en cuanto cambió de tema—. Han pasado más de diez días desde la última vez que supe de ti, si no es por Fermín te hubiera perdido la pista —gruñó—. Hace tres días fuiste a Granada con Belmonte ¿no? ¿Cómo fue todo? ¿Qué tal acogieron la promoción allí?

Sergio sonrió, suspirando con resignación mientras se acomodaba en su asiento, dispuesto a contarle a su jefe los pormenores sobre su trabajo de la última semana y media. Lo cierto era que llevaba demasiados días encadenando viaje tras viaje de promoción con distintos autores y ya lo estaba notando. Pero a estas alturas de su carrera profesional, y sabiendo lo que sabía, y lo que tenía que hacer en un plazo breve de tiempo, las horas echadas en el camino con sus escritores, eran como una bendición para él.

Sebastián escuchó atento, asintiendo cada vez que comentaba algo sobre situaciones conocidas y dando su opinión cuando le habló de algún problema con la logística o los horarios. Desde siempre Sebastián se involucraba en cualquier aspecto de su negocio en el que pudiera estar al tanto. Había sabido delegar a lo largo de los años, lo hizo con sus hijos y con su gente de confianza, pero por ese motivo pudo estar pendiente de cualquier cosa importante o no que ocurriera en sus dominios, y con sus escritores.

—Muy bien —comentó satisfecho Sebastián—. Me alegro mucho que las cosas salieran así también en Toledo. La librería de Javier Aguado siempre nos ha acogido con los brazos abiertos, hacen muy buen trabajo de difusión con los nuevos talentos, la gente allí los tiene de referencia.

—Es cierto lo que dices —asintió Sergio—, llevan muchos años con el mismo equipo trabajando en la librería, eso se nota.

—Tú sabes que eso es algo que yo también aprecio —cabeceó antes de mirarle con suspicacia—. Y ahora dime, ¿qué tal con Julen la semana pasada? Ese hijo mío, nunca me cuenta nada —resopló—. Parece que le cuesta hablar, hombre, ¡aunque solo conmigo! ¡A sus hermanos sí les va con el chisme!

Sergio se incorporó en el asiento en cuanto escuchó a Sebastián nombrar a su hijo. Aunque Julen le acusara continuamente de ser el perrillo faldero de su padre, la realidad estaba muy lejos de eso. Procuraba mantener el aspecto profesional sobre la mesa cuando su jefe le cuestionaba sobre la evolución de Julen en la editorial, y esquivaba las preguntas personales como si fueran balas directas a su cabeza. No pensaba meterse en medio de los dos, más de lo que ya estaba. Sebastián sabía que él se movía en esa línea, ya se lo había dejado claro en anteriores ocasiones, aunque Julen siguiera empeñado en creer sus fantasías de espías.

—Todo resultó como estaba previsto. Es como te dije, Julen sigue arrasando en ventas, incluso después de tantos meses desde la publicación de su último libro con nosotros —vio el brillo de satisfacción en los ojos de Sebastián—, sus lectores crecen cada día que pasa. En cada ciudad que fuimos ocurrió lo mismo, nos quedamos sin tiempo para atender a todos, tuvimos que extender el horario todo lo que pudimos.

Sebastián cabeceó acariciándose el mentón con gesto pensativo, carraspeó antes de volver a hablar.

—Cierto, cierto —asintió suavemente—. Coincide plenamente con todo lo que han publicado sobre él las últimas semanas. Estás haciendo un gran trabajo con él, no tenía ninguna duda de que así sería, ¡no creas!, pero ya sabes cómo es mi hijo, ¡qué te voy a decir! No sé de quién ha sacado esa soberbia y cabezonería.

—¿No lo sabes? —Se atrevió a bromear Sergio.

—No puedes estar insinuando que es cosa mía —Sebastián frunció el

ceño haciendo dudar a Sergio de si la broma le había sentado bien o mal al hombre—. Todo el mundo sabe que soy una persona abierta y reflexiva. ¡Tengo mis momentos! Como todo el mundo. Pero nadie puede acusarme de ser inflexible.

Sergio no pudo hacer nada más que aguantar la sonrisa que pujaba por salir. Era cierto que Sebastián le trataba como alguien de su familia, casi como a un hijo, y le siempre le otorgó la confianza suficiente como para poder estar teniendo ahora con él una charla distendida y amena. Pero también fue testigo en ocasiones del poder y la firmeza del carácter del viejo editor. Cualquiera que hubiera estado al otro extremo de su verbo juraría que Sebastián Arraiza era un hombre aferrado a sus ideas y bastante duro con sus opiniones. No tenía miramientos a la hora de cortar cabezas. Aunque a juicio de Sergio nunca fue ciego ni remiso a escuchar opiniones opuestas, si bien casi siempre quien salía ganando era él.

—Tienes toda la razón —le conformó—, soy testigo de ello.

Sonriendo por la reacción del hombre Sergio se volvió a reclinar en su asiento, mirando a su jefe mientras divagaba sobre las virtudes y defectos de su hijo pequeño, como siempre. O sobre cualquier otro tema que le llamara la atención en ese momento. Desde que apenas tenía dieciocho años Sebastián le trató como un adulto, pidiéndole opiniones sobre temas que consideraba interesantes o relevantes de alguna forma, como hacía con cualquiera de sus hijos, la costumbre de sus charlas se prolongó en el tiempo gracias a su conexión laboral y al vínculo que se formó entre ellos tras el accidente.

En ese momento se acordó de su padre, lejano en muchos sentidos, y frunció el ceño, con la mente bullendo sin control, por las decisiones que estaba a punto de tomar.

Un carraspeo le llamó la atención y se dio cuenta que se había perdido en sus propios pensamientos.

—Y bueno —Sebastián le miraba como si estuviera buscando algo en sus ojos—, te noto un poco cansado, hijo. ¿Todo está bien?

—Sí, todo bien, pero es cierto —asintió suspirando, como si notara de repente todo su agotamiento acumulado—, estoy algo cansado.

—No creo que sea solo un poco.

—¿Tan mal estoy? —quiso bromear.

—No, no —sonrió Sebastián—, pero sé lo que significan todas las horas de trabajo, los días yendo y viniendo de ciudad en ciudad, prácticamente a contrarreloj, teniéndolo todo controlado para que nada de lo que está planeado salga mal. Recuerdo que a veces llegaba a casa y no sabía ni qué día era.

Ambos rieron nostálgicos por esa verdad, tan dura y satisfactoria a la vez.

—Pero creo que esta vez no se trata solo de cansancio —tanteó Sebastián—, ¿me equivoco?

—No —suspiró resignado—. Esta vez no te equivocas.

—Sé que Julen y tú estuvisteis en casa —se refirió a su ciudad natal—. Oscar me contó que todo salió bien allí, que hubo muchos lectores esperando, incluso haciendo cola en la puerta de la editorial.

El hijo mayor de Sebastián se había encargado de organizar todo el evento de las firmas del libro de Julen en la Casa madre de la editorial, el heredero no dejó ni un cabo suelto y el resultado quedó más allá de sus más altas expectativas.

—Sí, así fue —afirmó, haciendo memoria sobre el evento—. Creo que ha sido la ocasión en la que más emocionado he encontrado a Julen —explicó complacido—, no solo por estar en su ciudad natal, sino por compartir ese momento con su hermano mayor.

—Seguro, no me cabe duda —Sebastián apartó la mirada, dejándola vagar hacia el oscuro cielo que podía verse a través del ventanal en su despacho—. Esos dos son polos opuestos, en muchos sentidos, pero no hay duda del amor mutuo que se tienen y de la admiración que Julen tiene por su hermano mayor. Aunque he de decir que lo contrario también es un hecho. Oscar está muy orgulloso de su hermano, aunque no sea de los que lo dicen a viva voz.

Sorprendido por la afirmación de su jefe Sergio se preguntó si se daba cuenta que su hijo mayor era, prácticamente, un calco de su personalidad.

—Julen hizo su trabajo y encandiló a los lectores —explicó—, se le da muy bien tratar con ellos, aunque luego gruña cuando tiene que hacerlo.

—Me alegro que sea así, y que las cosas hayan ido bien por ese lado —

Sebastián hizo un gesto con la barbilla señalándolo—. ¿Qué me dices de ti? — indagó— No se me pasa por alto el hecho de que hace años que no vas a casa y no sé por qué intuyo que esta vez ha sido diferente. ¿Qué ha ocurrido? — preguntó con tacto— ¿Has visto a tu padre?

Inevitablemente Sergio sabía que este momento tenía que llegar. Desde hacía días venía dándole vueltas al asunto, por lo que sabía que apenas tenía alternativas para solucionar su problema, no le quedó más remedio que tomar una decisión si quería que las cosas se resolvieran lo mejor posible para todos. Lo que no imaginaba era que le fuera a resultar tan duro llevar su solución a cabo.

—Estuve en casa, sí —apretó los dientes y continuó—. Mi padre tiene cáncer. Terminal. Ahora mi hermana y mi sobrino me necesitan, por lo que no tengo otro remedio que dejar la editorial, lo siento Sebastián.

—¡Dios bendito! —se lamentó el hombre— Pero ¿cómo es eso de que tu padre tiene cáncer? ¡Por Dios! ¿Nadie te dijo nada? ¿Y qué es eso de que nos dejas? No entiendo, explícamelo porque no lo entiendo.

—Siento disgustarte con...

—¡Qué disgusto, ni qué disgusto! —le cortó frustrado— Esto que me cuentas es muy grave y doloroso, no puedo imaginarme... ¿Quién te habló de la condición de tu padre? ¿Le has visto?

—Cuando llegamos a Pamplona hablé con mi hermana por teléfono, quería verla. La encontré rara, pero pensé que era porque hacía tiempo que no hablábamos —explicó—, la última vez discutimos, por lo de siempre. Pero la echaba de menos y tenía ganas de ver a mi sobrino y a ella. Entonces rompió a llorar y me lo contó.

Sentimientos muy familiares de dolor, fracaso y decepción le inundaron al recordar la terrible conversación con Berta. Su padre le había prohibido expresamente que le diera la fatal noticia, apartándole cruelmente de nuevo, y dejando que su hermana cargara con todo sobre sus hombros, más de lo que era justo para ella.

Sergio le contó a Sebastián sobre cómo se había enterado de la enfermedad terminal de su padre y de la situación en la que se encontraban en ese momento en casa. No solo por el desenlace obvio, sino también por la responsabilidad del negocio familiar y cómo afectaría el fallecimiento

inminente de su padre sobre todas esas cuestiones. La vieja y obsoleta imprenta que era el principal sustento de la familia Cano, había sido siempre fuente de enfrentamiento entre su padre y él. En última instancia desencadenante del hecho de que Sergio terminara estudiando y desarrollando su actividad profesional fuera del negocio familiar. Pero había habido tanta oposición entre él y su padre que la cuestión del negocio familiar constituía apenas un pequeño bache entre ellos.

—Mi hermana Berta está desbordada en este momento —habló con preocupación y resignación—, a pesar de su estado mi padre continua igual de intransigente que siempre, necesita mi ayuda.

—Lo entiendo hijo, lo entiendo —Sebastián se inclinó para poder palmear tranquilizadamente el brazo de Sergio—. Dime ¿se sabe cuánto tiempo le queda?

Tuvo que carraspear antes de contestar.

—Parece que le detectaron cáncer de pulmón, él no fuma, nunca lo ha hecho, por lo que no se... —divagó— Se lo detectaron tarde y a pesar de las intervenciones y la quimio se extendió a otras partes del cuerpo. La metástasis ha llegado a los huesos y el cerebro. Hablan de unas cuantas semanas, nada más.

El silencio reinó entre ellos por unos segundos, ambos haciendo memoria, recordando el pasado, sabiendo a ciencia cierta que el tiempo es imposible de detener y que los errores son difíciles de enmendar.

—¿Le has visto? —preguntó Sebastián, rompiendo el silencio.

—Quise hacerlo —asintió cabizbajo—, entré por la noche a su cuarto, mientras descansaba. Está en casa. Al parecer resiste con cabezonería, dice Berta que se levanta todos los días y camina todo lo que puede, se entretiene con cosas y charla con mi sobrino casi todo el tiempo —miró a Sebastián con los ojos colmados de temor y preocupación—. No quise molestarlo, preferí esperar para ver qué era lo que íbamos a hacer finalmente. Mi padre no quiso que me enterara de la enfermedad, Berta dijo que no quería molestarme, cómo si eso fuera una molestia para mí —agachó la cabeza apretando la mandíbula—. Así siguen las cosas, incluso en esta situación el hombre está lleno de soberbia. Prefiere irse sin verme.

Sebastián sintió dolor auténtico al ver el sufrimiento del hombre que

consideraba casi un hijo. Nunca se había metido en ningún asunto relacionado con su padre o su familia, siempre escuchó atento todo lo que el joven tuvo a bien compartir con él y en muy pocas ocasiones le brindó un consejo que no hubiera pedido. Pero como padre sabía que las cosas no siempre eran blancas o negras y que a veces las cosas parecían lo que no eran.

—¿No has pensado que, a lo mejor, lo que no quiere es hacerte sufrir? —propuso en tono firme— Nunca me he metido en tus asuntos familiares, bien lo sabes, pero en esta ocasión me voy a tomar la libertad de hacerlo —se encogió de hombros—. Pienso que, quizás, siente que no merece tener tu presencia junto a él en estos momentos, que las cosas han ido tan lejos que ahora es difícil retroceder y deshacer el camino. ¿No es difícil también para ti? —cuestionó— Solo te digo que las cosas no son siempre lo que parecen. Tienes la oportunidad de aclarar todo con tu padre, no te pongas barreras tú mismo, ve y estate junto a él, nada más.

—No creo que las cosas sean tan fáciles como eso.

—Yo no he dicho que vaya a ser fácil, chico —contestó frunciendo el ceño.

Sergio suspiró asintiendo, sabiendo que Sebastián le había dado una perspectiva que le ayudaría a abrir su mente a lo que estaba por venir.

—De cualquier forma, a efectos prácticos, no tengo más opción que dejar la editorial —pasó al siguiente tema espinoso—. Los últimos días he estado hablando con mi hermana, no solo me necesita como apoyo emocional y que esté presente junto a ella. En los últimos años el negocio familiar ha ido perdiendo beneficios gradualmente hasta dejarlo prácticamente en números rojos. Mi padre nunca quiso escucharnos, ni a mi hermana ni a mí, apenas Berta consiguió en los últimos tiempos algo de flexibilidad a la hora de hacer cambios, pero el resultado es que los cambios llegaron tarde y mal.

—Siento mucho oír todo eso, es una verdadera lástima.

—Sí, lo es —se encogió de hombros y cruzó los brazos sobre su pecho, mientras continuaba explicando—. No puedo, me es imposible compatibilizar mi trabajo con las necesidades inminentes de mi familia. Mi hermana y yo debemos tomar cuanto antes las riendas del negocio, por completo. Esa empresa es el sustento, no solo de mi hermana y mi sobrino, sino de varias familias más. No podemos dejarla caer. Berta me necesita y debo estar a su

lado.

—Como digo, te entiendo —se resignó Sebastián—, sé que vas a tener por delante mucho trabajo y muchas dificultades, por favor, cuanta con nosotros para lo que necesites ¿me escuchas? No voy a permitir que salgas de aquí sin que me prometas que lo vas a hacer.

Sebastián sabía del orgullo y del carácter solitario de Sergio que le hacía, muchas veces, aislarse de todo y caminar en solo.

—Sabes que siempre he apreciado y valorado el apoyo que me has brindado, tú y tu familia —sabía que había sido afortunado—. No pretendo desaparecer sin más, mi trabajo aquí es algo más que eso. Me es imposible saber el tiempo que me tomará ayudar a Berta a reflotar la empresa, y no sé si cuando eso esté hecho podré encontrar de nuevo lo que dejé aquí, si tengo que hacerlo, te pido el favor de que me dejes regresar cuando sea el momento, aunque sea para leer manuscritos. —Dejó entrever una sonrisa triste y resignada.

—Chico, no te doy un pescozón porque ya eres demasiado mayor para ello —gruñó con enfado Sebastián—. No solo doy por hecho que vas a volver, que sepas que no te voy a dar mucho tiempo para que resuelvas todo y regreses aquí como alma que lleva el diablo —continuó con la diatriba—. No voy a decirte el problema que se nos presenta aquí con tu partida, porque sé que lo sabes, no lo dudo. Las cosas serán complicadas durante unos días, pero nos reajustaremos sin mayores dificultades.

—Estoy seguro. —Sonrió convencido.

—Lo que quiero decir es que no dudes que, cuando regreses, tu puesto te estará esperando —declaró Sebastián—. Eres un gran activo para esta empresa, no pienses que te voy a regalar por ahí.

Las palabras firmes y contundentes, aparentemente frías de su jefe, llenaron su pecho de orgullo y cariño, pues Sebastián Arraiza no era un hombre de palabras dulces y zalameras, era un hombre de hechos y confianza, eso era lo que su mentor estaba declarando con contundencia.

Sintiéndose humilde y apreciado supo que ahora tenía una cosa menos a la que dar vueltas. Aun así, el camino que tenía por delante iba a ser la prueba más dura a la que se había enfrentado hasta ahora en su vida.

Y no sabía muy bien cómo iba a lograr superarla.

## *No puedes irte sin más.*

Aunque era algo tarde —la hora de la cena se le había pasado sin darse cuenta—, por *doloroso* que pareciera, aún le quedaban muchas cosas por hacer antes de poder tomarse unas horas de descanso merecido. Estaba seguro de que si en ese momento se sentaba en su sillón para tomar un pequeño respiro, se dormiría como un tronco ahí mismo, hasta la mañana siguiente.

Pasar casi todo el día reorganizando su trabajo, coordinando cada decisión con Fermín para resolver cualquier imprevisto que surgiera mientras todavía estaba en la ciudad, le había tenido pegado al teléfono y al ordenador casi cada hora disponible de su día.

Y eso solo habían sido cuestiones laborales.

No tenía ni idea de cuánto tiempo permanecería fuera de su casa, probablemente medio año —cruzaba los dedos para que no fuera más— por lo que aún no se decidía qué hacer con ella, si alquilarla o dejarla bacía. De momento quería centrarse en todo lo que iba a afrontar cuando llegara a su ciudad natal, así que pensó en olvidarse del tema por ahora, y ver qué hacer más adelante.

Mientras terminaba de organizar las pertenencias personales que iban a viajar con él hacia Pamplona, esperaba una última llamada de Sebastián confirmándole que todo el papeleo y los flecos sueltos que dejaron pendientes esa mañana se habían resuelto satisfactoriamente por fin.

Desde que tuvo la conversación con Sebastián hacía casi dos semanas, no había parado de hacer gestiones, en el trabajo y en casa. Le pidió al viejo editor que fuera discreto sobre el motivo de su retirada de la empresa y que la información no saliera del círculo estrictamente interesado en ella laboralmente. Sergio no creía estar preparado para empezar a recibir miradas conmiseras y palabras de buenos deseos viniendo de gente que apenas le conocía. Podría parecer cínico y mal agradecido, pero era algo que estaba deseando evitar. Para lo que menos cabeza tenía en ese momento era para ser un ser social aceptable y cabal.

Mañana sería su último día en la editorial, estaba prevista una reunión con Fermín y el resto de compañeros, y más tarde Fer y él comunicarían a los

escritores a su cargo los cambios y con quién trabajarían a partir de ese momento. Las agendas de cada escritor fueron revisadas con minuciosidad, para evitar cualquier conflicto a la hora de planear las nuevas asignaciones. Sabía perfectamente que el equipo de trabajo al que pertenecía era muy capaz de asumir su ausencia sin grandes trastornos, pero era inevitable pensar que muy probablemente surgirían algunos problemas antes de que todos se amoldaran a la nueva situación.

Lo que más pesar le causaba en ese aspecto era tener que dejar en manos ajenas los proyectos con los que había estado trabajando hasta hacía pocas horas.

El timbre del portero le sobresaltó, no esperaba a nadie a esas horas y ninguno de sus amigos solía presentarse en casa sin avisar, por lo que supuso que alguien se había confundido, y lo ignoró. Pero el que estuviera abajo molestando a esas horas no pareció darse por vencido, el timbre sonó segundos después, insistentemente. Molesto por la interrupción fue hacia el telefonillo con ganas de decirle cuatro cosas a quien fuera que estuviera interrumpiendo su trabajo.

—¿Sí? —gruñó sin contemplaciones.

—Abre, soy Julen. —Muy sorprendido por la identidad de su visitante, tardó varios segundos en reaccionar—. ¡Abre! Tenemos que hablar.

Sin contestar a su orden Sergio abrió el portal y colgó el telefonillo. Reconocía que esperaba con algo de preocupación el momento en el que tuviera que hablar de su marcha con Julen, pero no esperaba que eso fuera a ocurrir esa noche. Era evidente que, de alguna manera, se había enterado de la noticia. Ahora tendría que lidiar con sus quejas y reproches cuando todavía tenía demasiadas cosas por hacer, ¡genial!

Abrió la puerta de casa al escucharle llegar, en seguida encontró su mirada y tan solo tuvo que alzar una ceja para conseguir que Julen frunciera el ceño. Se fijó en cómo le miraba en un primer momento, barriendo su cuerpo de arriba abajo, y cómo un atisbo de sorpresa asomaba a sus ojos. Hacía mucho tiempo que Julen no le veía vestido con otra cosa que no fuera traje y corbata. Su camiseta negra de manga larga y sus vaqueros desteñidos seguro que llamaron su atención. Positivamente, a juzgar por el segundo vistazo de apreciación que le echó por encima.

—No esperaba su visita esta noche, señor Arraiza.

Se había colocado de tal manera que su cuerpo obstruía la entrada, por lo que Julen tuvo que hacerle a un lado sin miramientos para entrar en su casa, pasó junto a él mirándole de reojo, como si le perdonara la vida, empujándole con el hombro para apartarle del medio. Sergio solo pudo sonreír para sus adentros. Mientras Julen entraba en su casa sin permiso, como si fuera propia, recordó con claridad las ocasiones en las que el joven Julen había hecho prácticamente lo mismo cuando sus caminos se encontraban en los vestuarios del equipo o en los pasillos del instituto. Las cosas no habían cambiado demasiado.

Cerró la puerta y siguió a su *no deseado* invitado hasta el desordenado salón. Julen estaba parado en medio de la habitación, mirando a su alrededor con el ceño fruncido. Se giró hacia él al escuchar sus pasos.

—¿Entonces es cierto? ¿Te vas?

Armándose de paciencia tomó aliento, cruzó los brazos sobre su pecho y enfrentó a su escritor más díscolo, con muy pocas ganas de responder preguntas provenientes de él. Estaba demasiado cansado.

—¿Con quién ha hablado? —Necesitaba saber cuánta información tenía—. Mañana tengo previstas varias reuniones, y hablaré con todos para comunicarles los cambios que hemos previsto. No era necesario que se molestara en venir hasta aquí.

Las últimas palabras eran, claramente, un reproche, pero fue obvio que Julen pasó por alto eso intencionadamente.

—Las noticias vuelan, ya lo sabes —contestó desafiante.

—Esta noticia no tenía que haber volado a ninguna parte —insistió—. ¿Quién se lo ha dicho?

Julen desvió la mirada hacia un lado e imitó su postura con los brazos cruzados sobre el pecho. Conociéndole sabía que lo que intentaba era evitar meter en un lío a alguien, por lo que tenía una idea de dónde había sacado la información.

—No me lo ha dicho nadie —levantó la vista—, es algo que he escuchado.

—¿De Fermín? Él no debería...

—No me dijo nada —le cortó enseguida—. Escuché sin querer una conversación con mi padre. Cuando les pregunté directamente fueron herméticos. Solo me dijeron que te marchabas por motivos personales.

—¿Y qué es lo que necesita saber con tanta urgencia, señor Arraiza?

Sergio vio cómo las mandíbulas de Julen se tensaban por momentos, podía sentir su frustración a distancia, pero necesitaba mantener su privacidad, sobre todo ahora. Tenía demasiadas cosas en las que pensar y no estaba en sus planes mantener una *charla* con nadie sobre lo que estaba ocurriendo en su vida.

—¡Eres el colmo! —Julen le clavó la mirada— Por lo que veo estás arreglando las cosas para marcharte de la ciudad. —Señaló las cajas apiladas en el suelo y la maleta abierta sobre el sofá—. Durante la última semana nos hemos visto varias veces y hemos hablado por teléfono y no has dicho ni una palabra sobre esto. ¿Crees que es justo que desaparezcas de un día para otro sin decirme nada?

Echándole una mirada significativa Sergio negó con la cabeza y se apartó de Julen para dirigirse a la cocina, necesitaba un trago. Buscándole con la mirada a través de la puerta, abrió el frigorífico y sacó una cerveza. No se molestó en ofrecer nada a su invitado, al fin y al cabo no era uno deseado. Tomándose su tiempo volvió al salón después de abrir la cerveza y dar un largo sorbo. Se plantó de nuevo delante de él e hizo un gesto señalándolo con el botellín.

—Conociéndole como le conozco, Señor, no me extraña nada que piense que *esto* va sobre usted. —Le miró a los ojos, atento a sus reacciones—. Pero ocurre que, por mucho que piense que ser hijo del jefe significa tener privilegios que otros no tienen, la realidad es que me importa una mierda que opine que le debo algún tipo de explicación —elevó el tono de su voz—, no ha recibido explicación ningún porque es usted como cualquier otro de los escritores o escritoras a mi cargo; por lo que mañana, al igual que el resto, será informado de todo lo que sea necesario que sepa, esto es: todo lo relacionado con su trabajo. Nada más.

Enfrentados cara a cara, tan cerca que si extendían sus brazos podrían tocarse, ambos con los ceños fruncidos, sintiendo frustración, enojo e incomprensión, se miraron con dureza, como auténticos enemigos, como siempre lo habían sido. Pero Sergio sabía que su oponente no se daría por

vencido así, sin más. Y no se equivocó.

—Es muy fácil echarme a la cara mi relación filial, pero estoy seguro que si mi padre no fuera mi padre me arrojarías mi arrogancia a la cara con la misma facilidad —contestó Julen con cinismo.

—Bien lo sabe usted, señor Arraiza.

—¡Deja ya el *señor Arraiza* y el tratarme de usted! —saltó molesto Julen— Si ya no vas a trabajar en la editorial no te sirve de nada, ¡y sabes perfectamente que me molesta!

Sergio dejó ver una pequeña sonrisa y se le quedó mirando de reojo. Julen parecía estar verdaderamente molesto, o nunca hubiera confesado eso.

—De acuerdo, como quieras —asintió—. Sabes que solo hacía lo que me pediste en su día.

—Como si hicieras todo lo que te pido —gruñó disgustado Julen—. Todos estos años me has tratado de usted solo por una razón, y no para complacerme precisamente.

—Estás en lo cierto, no siempre he hecho lo que me has pedido —enfrentó a Julen mirándolo a los ojos—, todo dependía de *cómo* lo pidieras.

Ambos quedaron en silencio, pensando en lo que Julen le había *pedido* varias veces, y en cómo Sergio se lo había dado.

Rompiendo el silencio y la tensión entre ellos Julen tomó la palabra de nuevo. Exigente.

—Dime si nos dejas por una oferta en otra editorial.

Sergio le mantuvo la mirada mientras apuraba el último trago de su cerveza. Con lo que acababa de decir Julen se dio cuenta que, felizmente, no sabía nada del asunto. Antes de responder volvió a la cocina dejando al otro en ascuas. Depositó el casco de vidrio en el cubo de reciclaje y buscó otro botellín en el frigorífico, ¿por qué no?

Al girar sobre sí mismo le llamó la atención un paquete sobre la mesa de la cocina. Los bombones y chocolates que habitualmente compraba para surtir las existencias en la pequeña cocina del semisótano, donde Julen pasaba trabajando varios días a la semana en la editorial con sus números. Frunció el ceño sin darse cuenta. Esa semana no había tenido tiempo de pasarse por allí y

dejar el alijo como siempre hacía. Esta vez los bombones se quedarían dónde estaban. Vagamente se preguntó quién proveería de chocolate a Julen ahora.

De vuelta en el salón encontró a su invitado husmeando las fotografías en sus estanterías. De espaldas a él le era imposible adivinar lo que estaba pensando, pero sabía muy bien la foto en la que Julen se había interesado. Una de las pocas fotografías que conservaba de sus años como jugador de rugby, una donde aparecía el equipo completo.

Molesto, sin saber por qué, carraspeó para hacer notar su presencia antes de hablar.

—No hay ninguna oferta de otra editorial —retomó el hilo de la conversación—. Como ya te han dicho, es algo personal.

Julen se giró hacia él, sin parecer avergonzado por haber estado figoneando las pertenencias de otro. Le miró clavando su mirada en él.

—¿Mi padre se ha enterado que eres homosexual, y por eso te marchas?

A punto de dar un trago de cerveza, apartó el botellín de sus labios sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Julen permanecía a distancia de él y le miraba con los ojos entrecerrados, como si estuviera intentando evaluar sus reacciones.

—¿Quieres saber si tu padre me ha despedido por ser gay? —preguntó, a medias incrédulo, a medias divertido.

—No he preguntado eso.

—Creo que andas un poco perdido —dijo con media sonrisa en los labios y la mirada dura clavada en su interlocutor—. Lo que acabas de preguntar está mal en muchos niveles —negó con la cabeza—. Primero, tu padre no es estúpido como para arriesgarse a una demanda por despido improcedente; creo que tienes una idea equivocada de cómo Sebastián maneja su negocio. Segundo, todo el mundo conoce, dentro y fuera de la editorial, las creencias, el pensamiento y la orientación por la que se guía tu padre en la vida y en sus negocios. Y también saben que es un gran empresario. No puedes creer en serio que tu padre se desharía de un activo importante para su empresa solo por su orientación sexual. Y sé muy bien que sabes que no soy la única persona gay en la editorial, evidentemente.

—Estás siendo obtuso a propósito —acusó Julen, haciendo un gesto con

la barbilla—. ¿Crees que no conozco a mi padre? Precisamente por eso te pregunto —continuó enfadado—. Te aprecia, te quiere casi como un hijo. Estoy seguro que te hubieras hecho un hueco en su empresa incluso si no le hubieras salvado la vida en aquella ocasión.

—¡Vaya! Gracias —cortó con sarcasmo.

—Sabes lo que quiero decir —continuó—. Él tiene una serie de valores morales con los que se rige y a menudo pretende, si no exige, que la gente que está en su círculo más cercano acate, o por lo menos disimule si no es así. Puedo imaginarme perfectamente que si se ha enterado de tu orientación sexual, haya pretendido *orientarte* para saber cómo debes llevar las cosas con respecto a tus gustos y tu puesto en la empresa —le miró a los ojos—. Puedo imaginarme también que te opusieras a ello y prefirieras dejar tu puesto antes que hacer algo con lo que no estás de acuerdo.

Después de esas últimas palabras se quedó mirando a Julen, preguntándose si el hombre frente a él se daba cuenta de todo lo que había desvelado, aparentemente sin querer, sobre la opinión que tenía de su padre y de él mismo. Aún sorprendido por las revelaciones aparcó esos pensamientos a un lado para analizarlos más tarde. Ahora le picó la curiosidad por otro motivo.

—¿Esa es la razón por la que no le dices a tu padre que eres gay? —lanzó la pregunta sin miramientos— ¿Temes que te obligue a ser alguien que no eres?

Notó enseguida el respingo de Julen al escuchar la pregunta personal inesperada. Le contestó mirándole con el ceño fruncido.

—Eso no es algo que le incumba, ni a él ni a nadie —contestó con firmeza—. Los únicos que saben que soy gay son mis hermanos Beatriz y Roberto, y solo porque lo descubrieron. No recuerdo que ninguno de ellos tuviera que dar explicaciones sobre su condición de heterosexuales a mi padre, no veo por qué debería hacerlo yo. Es asunto mío, mi privacidad, punto.

Sorprendido por la simpleza infantil de ese pensamiento Sergio guardó silencio ante sus palabras. Estaba seguro de que en el fondo había una razón más racional y con más peso para ocultar a su familia con tanto celo su orientación sexual, pero daba por hecho que esa noche no iba a averiguar esa

razón.

—Eso puede parecer de una lógica aplastante —dijo encogiéndose de hombros—, aunque algunos podrían pensar lo contrario —terminó con sarcasmo.

—Mira lo que me importa —contestó Julen haciendo un gesto.

—Ya.

Sergio se encogió de hombros y terminó de un trago el resto de cerveza que quedaba en su botellín. Parecía como si llevara horas hablando con Julen, aunque el reloj de su cocina le confirmó que apenas habían sido unos minutos.

—¿Entonces? —Escuchó la pregunta a sus espaldas.

—Entonces ¿qué? —replicó al volver de su paseo al cubo de reciclaje en la cocina.

—¿No piensas decirme por qué me dejas tirado?

Dejando escapar una risa sarcástica Sergio negó con la cabeza, sin sorprenderse demasiado por el egocentrismo de su invitado no deseado. En el fondo era incapaz de enfadarse por ese tipo de actitudes que Julen demostraba de vez en cuando, sobre todo cuando trabajaba. Sabía perfectamente que no se debía a un sentimiento de superioridad con respecto a los demás, ni nada que se le pareciera. Simplemente Julen se centraba tanto en su trabajo y en sus objetivos que solo le importaban las herramientas y los medios que tuviera a su alcance para conseguirlos. Era algo que siempre le había llamado la atención de su personalidad.

—Siento que tener que atender mis asuntos personales y quedarme sin trabajo, perjudique tu existencia —contestó con fingido gesto serio—, pero como comprenderás no es algo que me vaya a quitar el sueño...

—¡No hace falta que lo jures! —le cortó con voz fría— Lo que creo que no comprendes es cómo me va a afectar esto, cómo va a afectar a mi trabajo —aclaró—. Estoy en un punto clave de la historia, ¡tú lo sabes! —acusó— Sabes cómo trabajo, lo que necesito para avanzar en la trama, que no escribo en cualquier sitio y que esto que está ocurriendo va a trastocar sí o sí los tiempos y las formas.

—Creo que estás exagerando —quiso quitarle importancia—. Sé que tienes tus peculiaridades, igual que todos los escritores, pero eres un

profesional y confío en que vas a poder trabajar con el nuevo editor como conmigo.

—No intentes conformarme como si fuera un niño —le advirtió—, sabes muy bien que llevo razón.

Los dos se miraron en silencio por unos segundos, sopesando lo que cada uno acababa de decir. Sergio sabía que Julen tenía parte de razón, pero era obvio que nada podía hacer al respecto.

—No era esa mi intención —intentó aclarar Sergio—. Mira, mañana hablaremos con los escritores en la oficina, salvo Sonia Mendoza todos viven en la ciudad. Tu hermano y yo os pondremos al corriente de la nueva situación y os presentaremos formalmente a los nuevos editores.

Mientras hablaba Julen se revolvió pasándose las manos por el cabello, despeinando las hebras oscuras por la frustración en sus gestos.

—Conozco a todos los editores —gruñó mirándole de nuevo—, te quiero a ti—. Sorprendido por la arrebatada y sincera confesión Sergio solo atinó a bromear para salir del paso.

—¡Vaya! Cómo caen los poderosos —sonrió con cinismo—. No sé por qué pensaba que no era santo de tu devoción.

—¡No me agradas, Cano! —saltó de inmediato mirándole con desafío—. Desde el principio fuiste una imposición de mi padre, bien lo sabes. Me forzó a firmar esa cláusula en el contrato; eras tú o nadie —continuó—. Tampoco creo que te hiciera muy feliz cargar conmigo, nunca nos hemos llevado bien, y empezar con mal pie no ayudó tampoco. Han ocurrido muchas cosas entre nosotros, en el pasado y ahora, pero no tengo ninguna duda de que eres uno de los mejores editores que he conocido, y lo más importante es que, a pesar de todo, hemos trabajado codo a codo para sacar adelante un proyecto que me importa mucho —Julen apretó los dientes esquivando su mirada—. No es justo que se parta por la mitad.

Sergio tuvo que sentarse en el brazo del sofá, asombrado por todo lo que Julen estaba exponiendo de sí mismo. Estaba acostumbrado a sufrirlo, sarcástico, ofensivo, gruñón, autoritario y prepotente, pero se diera cuenta o no acababa de mostrarle un lado vulnerable y maduro en su sinceridad, que nunca antes había mostrado ante él. La competitividad innata entre ellos y la inmadurez de años atrás impidieron que su relación se moviera en esos

niveles.

Tomando impulso mental se preparó para intentar subir el ánimo del joven escritor.

—Mira, siento no poder hacer más, pero es algo que no está en mis manos —empezó a hablar, frotándose el rastrojo en la barbilla con los nudillos. El sonido del raspado le serenó—. He procurado escoger a alguien de la editorial con la que creo que sacarás el máximo rendimiento a tu trabajo y creatividad —explicó—. Sé que conoces, aunque sea de vista, a todos los editores de Arraiza, por eso te presentaré formalmente a Carmen Bruno, creo que ella es la mejor opción para ti.

—¿Y qué dice mi padre? —Julen no pudo evitar lanzar la puya. La costumbre.

—Sebastián confía en mí, igual que Fermín.

—Conozco a Bruno —dijo con el ceño fruncido—. Es buena.

La aparente claudicación de Julen le dio un poco de oxígeno. Solo esperaba no tener que *pelear* de igual forma con cada uno de sus escritores y escritoras. Aunque sabía que iba a tener que enfrentar un montón de quejas y porqués.

Viendo la obvia incomodidad y preocupación que sus decisiones personales estaban generando en Julen, sintió la necesidad de ofrecerle algo de la sinceridad con la que el escritor se había dirigido a él.

—Mira, nunca fue mi intención perjudicar de cualquier manera tu trabajo, ni el de cualquiera de los otros escritores —explicó—. Las circunstancias son estas y está fuera de mi alcance poder solucionar las cosas de otra manera que sea esta.

—¿Entonces no hay nada que se pueda hacer? —preguntó metiendo los puños apretados en los bolsillos de su cazadora— ¿Ni siquiera si hablo con mi padre? ¡O con quién sea! —gruñó frustrado.

Sergio se encogió de hombros y negó con gesto serio las reclamaciones de Julen.

—No es algo que tu padre, o quién sea, puedan solucionar. Y te lo he dicho, es algo personal, mi decisión.

Con sus esquivas palabras fue obvio que la frustración y curiosidad aumentaron exponencialmente en Julen.

—¿Dónde vas a ir? —indagó entrecerrando los ojos.

—Es privado.

—¿No me lo vas a decir? —insistió.

—No.

—¿Te vas de la editorial para siempre?

No quiso pensar en que creyó escuchar un rastro de anhelo en la pregunta de Julen.

—No lo sé —contestó con sinceridad—, espero que no.

Y con eso, el tira y afloja quedó en punto muerto, y ambos lo supieron.

No había más que decir.

Un suspiro contenido, de Sergio o de Julen, rompió el silencio en el que habían estado sumidos durante segundos de vacilación.

—Entonces, me marcho —dijo Julen, poniéndose en movimiento hacia la puerta, ante la sorprendida mirada de Sergio.

La reacción instintiva de querer retenerle unos segundos más le dejó descolocado, con la mano de Julen en el picaporte de su puerta, habló a sus espaldas.

—Te espero mañana en la editorial —Julen tiró de la puerta ignorándole y la abrió—. Hablaremos con Carmen Bruno sobre tu libro y tu agenda...

—No te molestes —le cortó mirándole por encima del hombro—. Mañana estaré ocupado trabajando, tengo lío en contabilidad. Seguro que Fer me pondrá al día en cuanto tenga un hueco, no hay problema.

—Quiero que estés presente mañana —medio pidió, medio exigió Sergio.

Julen se volvió hacia él, con la puerta abierta a sus espaldas, le miró a los ojos, sonriendo con descaro.

—No siempre se consigue lo que uno quiere —lanzó.

Sergio le devolvió la sonrisa mientras cruzaba los dedos sobre su

regazo.

—¡Vaya! Ha vuelto el hombre caprichoso.

—Te equivocas, nunca se ha ido.

—Ya lo veo —medio susurró.

—Hasta luego. —Julen hizo un gesto con la mano y se giró hacia la puerta.

—¿Solo así?

—¿Qué?

—¿Te vas a despedir así de mí? —Sergio observó la reacción de Julen a sus palabras, el escritor giró de nuevo hacia él, frunciendo el ceño.

—¿Qué más quieres? ¿Un apretón de manos? —preguntó con cinismo.

Sergio sonrió suavemente, buscando la mirada de Julen; ya no trabajarían juntos, no tendrían que aguantarse, no habría más paleas entre ellos.

—En aquel hotel, hace semanas —le recordó—, me pediste un beso.

—Recuerdo perfectamente lo que me dijiste en aquella ocasión —un tizne de amargura cubrió las palabras de Julen, al recordar ese momento.

*«Se necesita algo más que un por favor para conseguir mis besos.»*

—Si te sirve de algo, no es lo que digas, sino cómo lo digas. —Sin saber por qué, Sergio le retó.

Aunque en el fondo, sí sabía por qué. Era esto, era el ahora.

Esperó dos segundos, tres; el crujido de la cazadora de piel de Julen delató sus movimientos. Un paso, dos; haciendo chirriar la madera del suelo, sin apartar la vista de él, acercándose lo suficiente para percibir su olor, tanto como para sentir su calor. Parado frente a él, tuvo que alzar la mirada para no perder de vista esos ojos que tanto tiempo le habían perseguido. No se movió de donde estaba sentado, obligando a Julen a realizar cada movimiento. Apretó las mandíbulas cuando el escritor se inclinó sobre él, apoyando una mano sobre el respaldo del sofá, acercó su rostro tanto como para rozar su mandíbula rasposa con su mejilla, le susurró al oído:

—Quiero un beso. Por favor.

Mirándole de reojo captó la sonrisa ladina en los labios que rozaban su mejilla y no pudo más que devolverla, justo antes de capturar entre sus dientes la comisura deliciosa que tantas veces le distrajo en el pasado.

Era una despedida, ¿qué podía hacer?

Julen aceptó la suave picadura en sus labios, pero enseguida tomó la iniciativa. Cambió el ángulo del beso, apenas, y con la punta de su lengua bordeó la entrada de su boca entreabierta, cosquilleando la piel tierna y sensible, jugosa, de su interior. Él no se hizo de rogar; aceptó el avance curioso y caliente, abrió los labios dejando escapar un suspiro, y cerró los ojos, justo después de ver el brillo travieso en las pupilas de Julen.

¡Dios! ¿Por qué no habían hecho esto antes?

Su boca comenzó a hormiguar, hipersensibilizada por los mordiscos, los lametones y el raspar del rastrojo de Julen sobre sus labios. Sus respiraciones se entremezclaban con cada exhalación, con cada cambio de ángulo. La suavidad y el ritmo cadencioso se intercalaban magistralmente con las acometidas ansiosas de la lengua que le estaba haciendo ver el cielo. ¿Por qué sabía tan bien?

Sintió la mano de Julen acunando su mandíbula, el pulgar rozando su barbilla, acariciando la piel de su mejilla. Pequeños besos llovieron sobre sus labios, húmedos, carnosos por el trato recibido. Notó el aliento agitado de Julen sobre su piel sensible cuando se alejó unos centímetros, aún inclinado sobre él, y sus miradas se prendieron de nuevo. Y vio un brillo diferente en las oscuras pupilas. Un brillo de reconocimiento, un brillo de pasión, un brillo que podía significar mucho.

¿Qué estaría viendo Julen en sus ojos? Se preguntó.

Mucho tiempo había pasado desde que pensó por primera vez en besar al hombre que tenía entre sus brazos. Las emociones y sensaciones ligadas a lo que sentía por Julen habían estado durante años bajo estricto control, sin embargo, ceder ahora a la tentación de saborear sus labios y sentir sus caricias había abierto una grieta en su fortaleza, que no estaba seguro de poder atajar.

Julen comenzó a incorporarse alejándose de él, pero fue incapaz de dejarlo marchar. Se impulsó siguiendo su estela, empuñando el cuero de su cazadora tiró de él acercándolo a su cuerpo. Cuando estuvieron frente a frente, mirándose a los ojos, buscó de nuevo su boca, porque necesitaba volver a

sentirle, porque no había vuelta atrás.

Los labios de Julen lo recibieron sin titubeo, su lengua buscó el hueco húmedo para acariciar y saborear lo que allí encontró. Quiso que el momento durara, prolongar el placer de sentir la respiración compartida, la humedad de sus bocas, el pellizco de sus dientes. Julen protestó con un gemido cuando se apartó un segundo para buscar el camino de su cuello con la lengua, pero la protesta no duró. Los dedos que sintió enredados en el cabello de su nuca le guiaron a través de la piel cálida que buscaba. Mordió un camino perfumado de especias y cuero que degustó en su boca, y gimió por ello. Tiró de su agarre enredado en la cazadora de Julen, y lo pegó más a él, hasta sentir el latido apresurado de su corazón en su pecho. Sus caderas juntas, sintiendo la prominente erección del otro. Se frotó contra él, queriendo más, deseándolo.

Un suave gemido reverberó junto a su oído, de necesidad que igualaba a la suya. Volvió a buscar la suavidad de la boca que anhelaba, robando una mirada a los ojos que se clavaban en los suyos, sin mediar palabra, pero que decían mucho.

El hambre de Sergio crecía sin que pudiera hacer mucho para evitarlo. Había tanta necesidad en sus gestos y caricias que prácticamente temblaba. Sus labios trepaban la boca y las mejillas de Julen cuando sintió un tenso tirón en el cabello de su nuca. Se apartó unos centímetros y de inmediato sus labios hormiguearon barridos por el aliento agitado de Julen, sensibles y húmedos.

Las pupilas de Julen seguían brillantes, cristalinas hipnotizantes. Llenas de anhelo. Como las suyas.

Y entonces fue consciente de lo que estaban haciendo. De lo que no podía pasar, no ahora.

Antes de dar un paso hacia atrás, apoyó la frente sobre la de Julen y rozó sus labios con los suyos por última vez. Retrocedió desprendiéndose de las manos que permanecían enredadas en su pelo, se alejó del calor que hasta segundos antes le abrasaba y cerró la boca, apretando los dientes al ver la decepción asomar en los ojos de Julen. No había otra elección posible, fuera como fuera, era su elección.

A un brazo de distancia, sin ni siquiera la posibilidad de extender la mano y tocarse, Sergio procuró rehacer sus emociones en segundos, con la vista clavada en el rostro de Julen carraspeó con incomodidad, sintiendo de

repente la garganta seca, y puso punto y final a la noche.

—Adiós, Julen.

El rostro de Julen se petrificó ante sus ojos. Sus mandíbulas se crisparon y el brillo de sus pupilas se tornó diferente, cualquier cosa menos cálido.

Sin mediar palabra Julen giró sobre sí mismo, irguió la espalda imperceptiblemente y salió de su casa cerrando la puerta detrás de él. Sin ni siquiera regalarle un portazo.

Al fin y al cabo, nunca habían sido amigos.

## *Todo es distinto sin él.*

El ascensor, completamente lleno, paraba en cada una de las plantas haciendo que el humor de Julen se agriara cada vez más. Estar apretujado en un espacio reducido con unos desconocidos no es que fuera algo que estuviera deseando hacer. Ya se estaba arrepintiendo completamente de haber cedido a su curiosidad. No tenía ninguna necesidad de presentarse en la reunión de esa mañana con los editores y escritores, después de hablar la noche anterior con Fermín ambos quedaron en que organizarían un encuentro con su nueva editora más adelante, por lo que la charla y despedida que iban a tener en la oficina, era intrascendente para él.

Intrascendente y sin sentido.

Además ya se había despedido.

Cuando consiguió salir del agobiante ascensor sintió una ligera punzada en la boca del estómago. Se negaba a pensar que fueran nervios. Probablemente era algo que había comido en el desayuno. Aunque aún no había desayunado.

No mintió anoche cuando le dijo a Sergio que iba a tener la mañana demasiado ocupada en contabilidad, como para liarse con otros asuntos. Fermín también le creyó, por lo que no insistió para que acudiera igual que el resto de escritores. Al fin y al cabo era apenas una formalidad. Por lo que no existía ninguna razón de peso que le obligara a estar donde estaba en ese momento.

Caminó hacia el área principal dividido en espacios donde cada uno de los editores trabaja sus manuscritos. Varios lugares estaban vacíos, destacando entre el bullicio sordo que generaban las personas que, desde temprana hora, trabajaban centradas en lo suyo.

Al pasar junto a las mesas saludó distraído a cada una de las personas que llamaban su atención. Pero apenas les dedicó una sonrisa o un gesto. Al fondo, donde se encontraban las salas de reuniones, como la que le obligó utilizar Sergio para que contestara a sus lectores en las redes sociales, podía ver más movimiento del habitual. Algunas personas entraban en ese momento en la sala, que tenía amplias cristaleras de suelo a techo como paredes,

cubiertas con estores semiabiertos que permitían la visión de lo que estaba ocurriendo dentro. La sala parecía abarrotada de gente.

Desde la distancia en la que se encontraba podía ver con claridad a Fermín, su voz llegaba hasta él pero apenas entendía lo que estaba diciendo. La gente permanecía de pie o sentada rodeando casi por completo la gran mesa de conferencias. Reconoció a varios de sus compañeros escritores y a la mayoría de editores, todos estaban pendientes de las palabras de su hermano y nadie le prestó atención cuando acercó sus pasos algo más, prefirió permanecer al margen observando todo desde fuera.

Con curiosidad buscó entre las cabezas visibles sin encontrar a quien quería ver, ni siquiera estaba prestando atención a lo que se hablaba en la sala. Desde donde estaba solo podía ver una parte de la estancia, y frunció el ceño al caer en la cuenta que quizás Sergio ya se hubiera marchado, era extraño que no estuviera de pie junto a Fermín. Contrariado ignoró el pinchazo de decepción que sintió en el estómago.

Un estallido de carcajadas le sacó de sus cavilaciones, no había estado prestando atención a nada por lo que solo siguió las miradas de todos, que divertidos prestaban atención a alguien situado en un punto muerto de su visión. Dio un par de pasos más y estiró el cuello para asomarse y poder ver lo que estaba ocurriendo.

Y allí estaba. Apoyado contra la pared como con descuido, la chaqueta de su traje abierta, y las manos metidas en los bolsillos del pantalón, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos y una sonrisa medio dibujada en los labios. Todo impecable.

Julen escuchó con claridad la voz de Sergio que respondía a los comentarios jocosos de varios de los editores. Todos asentían sonriendo, disfrutando del momento lúdico mientras admiraban al hombre que estaba a punto de dejar la editorial para hacer *a saber* qué.

Por varios segundos lo contempló en silencio desde su posición. Parecía calmado, cómodo en una situación en la que era el centro de atención de todos. Sonreía asintiendo a lo que alguien le estaba diciendo. Era el Sergio que siempre había conocido, el hombre profesional, amable y algo distante que era agradable con todos, menos con él.

No se parecía en nada al hombre que se despidió de él anoche.

Distraído por esos pensamientos se dejó caer sobre el dintel de la puerta, apoyándose de costado sobre él, ese ángulo le dio mejor visión de lo que le interesaba, pero su movimiento llamó la atención de algunas personas.

Sergio levantó la vista y clavó sus ojos en él, quedando estático al momento. Él mismo aguantó la respiración. La gente siguió charlando a su alrededor mientras los dos permanecían perdidos uno en el otro, los ojos brillantes, los ceños fruncidos, las mandíbulas apretadas.

Y entonces la expresión de Sergio cambió. El hombre profesional, distante y frío desapareció ante sus ojos, en un parpadeo Sergio le dejó ver la calidez, el anhelo y la pasión que nunca antes le había mostrado hasta la noche de ayer. ¿Por qué estaba ocurriendo esto ahora?

Después de unos segundos Sergio le hizo un gesto con la barbilla, indicándole que pasara al interior de la sala. Ignorándole por completo Julen se irguió de nuevo apartándose del dintel y cruzó los brazos sobre su pecho, sin retirar la vista de él. No sabía muy bien lo que quería, pero desde luego no era su intención seguir allí mucho tiempo más. El tiempo de las despedidas ya había pasado.

Justo en ese momento Fermín llamó la atención de Sergio, le vio demorarse un momento más mientras le contemplaba con el ceño fruncido, como si supiera que no tenía ninguna intención de obedecerle. Le conocía bien. Sergio rompió el contacto visual con él y se incorporó con parsimonia para acercarse hasta el lugar donde se encontraba su hermano. Julen continuó sin prestar atención a nada de lo que se decía allí, aguantó unos minutos más mientras Fermín hablaba con Sergio, supuso que dedicándole algún tipo de elogio. Entonces, sabiendo que pasaría mucho tiempo antes de que volviera a verlo, barrió la figura de Sergio de arriba abajo, grabando en su memoria ese momento, sus gestos, su postura. Estaba intrigado por todo lo que estaba sintiendo, por lo que sintió anoche mientras besaba y acariciaba al hombre que tantos dolores de cabeza la había dado a lo largo de los años. Tendría que analizarlo.

Hizo el amago de girarse y volver sobre sus pasos, pero los ojos de Sergio se posaron de nuevo en él. Había captado sus intenciones a los lejos. Le vio erguir los hombros y fruncir el ceño levemente con disgusto. Pero tuvo que ignorar todo eso. Devolviéndole la mirada, levantó dos dedos y con un gesto rápido, se tocó la frente en un saludo burlón. Sin esperar más dio media

vuelta y deshizo su camino a través de las mesas de los editores. Sin pensárselo dos veces dejó atrás los ascensores y buscó el acceso a las escaleras. Los números en la planta de contabilidad le estaban esperando.

Cuando llegó al semisótano el ruido característico de sus compañeros trabajando le recibió con los brazos abiertos. Esto era lo que estaba necesitando en ese momento, desconectar de todo por unas horas y centrarse en el escape que significaban para él los números.

Todos le saludaron levantando la vista de lo que estaban haciendo en ese momento para dedicarle un *buenos días* alegre o perezoso, según el nivel de letargo de cada uno. En su despacho se deshizo de su mochila y la cazadora soltándolas en cualquier sitio y encendió el ordenador, a la espera de que su hermana Beatriz asomara la cabeza por allí. No tuvo que esperar demasiado.

—Peque, pensé que ibas a tardar algo más en aparecer por aquí. —Se acercó hasta él para plantar un beso ruidoso en su mejilla—. ¿No se despide Sergio hoy de todos?

—Sí —contestó mientras la veía acomodarse en el asiento frente a su mesa—. Ya he pasado por allí.

—Pues qué pronto habéis acabado —se extrañó—. Fer me dijo que tendrías para rato, no me ha dado tiempo a prepararte el informe del mes pasado.

Se quejó frunciendo el ceño, como si él hubiera tenido la culpa de algo.

—Primero, ese no es mi problema —enumeró—, y segundo, me fui de allí antes de que acabaran.

—Entonces ¿no te has despedido de Sergio? —indagó.

Conocía a su hermana, tiraría del hilo hasta saber toda la verdad, mejor tirarle algún hueso.

—Sí —respondió con reticencia—, lo hice ayer.

No tenía el humor en ese momento para sufrir cualquier tipo de interrogatorio por parte de Bea. Golpeó el teclado de su ordenador y activó la pantalla, una indirecta de que pensaba ponerse a trabajar.

Su hermana le ignoró.

—¿Y cómo estás? —le preguntó mirándole por debajo de las pestañas.

—¿Cómo que cómo estoy? —intentó escurrir el bulto, sin éxito.

—Bueno, está claro que nunca te has llevado bien con él y casi te niegas a firmar el contrato que la editorial te ofrecía por la cláusula que papá añadió con respecto a Sergio —recapituló—, pero a pesar de todo sé que él ha sido capaz de sacar lo mejor de ti durante todo este tiempo, y aunque lo niegues estoy convencida que sabes que con Sergio has pasado a otro nivel como escritor.

—No lo niego —admitió sin tapujos.

—Entonces, me imagino, que esto no estará siendo fácil para ti.

Julen guardó silencio y apartó la mirada.

—Por cierto —lo dejó pasar, de momento—, ¿con quién vas a trabajar ahora?

—Carmen Bruno.

Bea frunció el ceño un segundo mientras buscaba en su memoria, y asintió con aprobación cuando identificó la identidad de la nueva editora de su hermano.

—Sí, sé quién es —afirmó—. Ella es buena.

—Sí, bueno, Fer me la presentará formalmente algún día de esta semana.

—¿No estás conforme con Carmen? —indagó Beatriz.

—Sí, claro —*pero no es Sergio*, estuvo a punto de añadir.

—Mira, sé que los cambios a veces...

—¡Bea! —interrumpió un compañero asomándose por la puerta—, llamada en tu despacho, urgente.

—¡Voy! —contestó por encima de su hombro, girándose después de nuevo hacia su hermano—. Luego seguimos, no quedes con nadie, comes conmigo.

Y con esa sentencia medio amenazadora, se levantó con un impulso de su asiento y salió disparada hacia su despacho, dándole un deseado respiro.

No tenía muy claro si alguna vez sus hermanos, todos sus hermanos, se darían cuenta que ser el hermano pequeño, no quería decir que todavía fuera *pequeño*.

Agradecía de todo corazón la interrupción que le había librado de la *charla* de su hermana. Quería con locura a Beatriz, igual que al resto de sus hermanos, pero ella era capaz de exprimir el jugo hasta de una piedra. Su hermano Rob y él eran los que más sufrían sus interrogatorios *saca información*, pero a menudo se atrevía hasta con su hermano mayor Oscar. Beatriz era demasiado parecida a su madre como para que cualquiera de sus hermanos colaborara cuando ella estaba empeñada en algo.

Aprovechando su deseada soledad, abrió los archivos pendientes en los que trabajó la última vez, y se volcó de lleno en sus números. Abstraído por completo dejó que el tiempo pasara, ocupado, sin que nada le interrumpiera. Poco a poco se fue relajando y entró en una dinámica casi automática donde no era consciente, apenas, de nada de lo que le rodeaba. Muchas veces había conseguido abstraerse tanto que se le pasaba la jornada sentado frente a su escritorio.

Alguien pasó frente a su puerta golpeando el marco ruidosamente con algún tipo de carrito metálico. Sobresaltado apartó la atención de su trabajo para comprobar lo que había ocurrido.

—Perdona Julen. —Uno de sus compañeros se disculpó amablemente con un gesto, asomándose por la puerta.

—No importa Jesús —le contestó, asintiendo con la cabeza.

Aprovechando la distracción se levantó de su sitio para estirar las piernas y beber algo de agua. Estaba sediento. Con una botella en las manos que sacó de la pequeña nevera en la cocina, permaneció de pie junto a su silla, y mientras daba cuenta de su agua se fijó en la hora en su ordenador.

Casi la hora de comer.

Y estaba completamente seguro, que a esa hora, la reunión en la planta de arriba habría finalizado.

Vació de un trago lo que quedaba de agua en su botella y tiró el recipiente de plástico a la papelera junto a su mesa.

¿Se habría marchado Sergio ya, a donde quisiera que tuviera pensado

marcharse?

Intranquilo cruzó los brazos sobre su pecho, mientras clavaba la mirada a través del ventanal de su despacho, que quedaba prácticamente a ras de suelo.

Levantó la mano y sin darse cuenta comenzó a pellizcarse el labio inferior, pensativo. ¿Por qué se estaba sintiendo de esa manera ahora? La noche anterior, cuando escuchó por casualidad la conversación de su padre con Fermín, pensó que lo que estaba escuchando era un error. Inmediatamente después, se sintió estafado. Cuando su padre le habló por encima de la situación, tuvo que morderse varias veces la lengua para que su enfado no explotara sin control. Después de todas las negociaciones y artimañas que había utilizado para que las cosas salieran a su manera y con sus condiciones, que Sergio saliera huyendo, prácticamente sin ninguna explicación, le hizo hervir la sangre. ¿Es que no estaba pensando en él y en su trabajo?

Su malestar aumentó cuando ni su padre ni su hermano cedieron de ningún modo para darle algún detalle del asunto. Ni siquiera le dijeron si la situación iba a ser permanente o no.

Darse cuenta de que Sergio se marchaba y no tener ni idea de las razones, le provocó una intranquilidad desconocida. Su padre y su hermano no daban señales de disgusto o malestar, más allá de lo que suponía la pérdida, para ellos y para la empresa, de una persona como Sergio. Pero ambos eran hombres de negocios y bien podían estar protegiendo sus intereses.

La noche pasada solo había seguido un impulso al atreverse a ir hasta la casa de Sergio para pedirle explicaciones. En el fondo se sintió inquieto y molesto al pensar que, de alguna forma, su padre podría haberse disgustado al enterarse de la orientación sexual de Sergio, y que hubiera decidido dejar su puesto de trabajo por algo que su padre le hubiera dicho. Aunque durante algún tiempo habían estado jugando al tira y afloja, amenazándole veladamente con desvelar a Sebastián su homosexualidad, nunca tuvo intención alguna de hacerlo. Por un lado era demasiado divertido e interesante jugar así con él, y por otro, por encima de todo, estaba la privacidad que Sergio eligió con respecto a su vida personal. Él mismo sabía muy bien del tema y procuraba mantener todo ese aspecto de su vida lo más privado posible.

Un suave toque en el marco de su puerta le llamó la atención.

—Peque ¿comemos? —Bea se asomó al despacho sin entrar, como si fuera una chiquilla traviesa.

—Ahora apareces —se quejó falsamente Julen—, ya pensaba que te había olvidado de mí.

—Perdona, me entretuve —se justificó—. ¡Pero vamos!, que no es tan tarde, quejica.

—Díselo a mi estómago.

—Venga, anda —esperó con los brazos cruzados mirando como Julen apagaba el ordenador y dejaba lista su mesa—. ¿Dónde quieres comer? ¿Aquí o fuera?

—Vamos fuera, mejor —dijo sin dudar, encabezando la marcha hacia la salida.

En la calle hubo una pequeña discusión sobre cuál sería el mejor restaurante para comer a esas horas, finalmente su hermana ganó, como siempre y se decidieron por un bar cercano a la editorial donde servía distintas tapas que podían acompañar con vino o cerveza.

Sentados en la mesa y servidos, su hermana le puso al tanto sobre algunos asuntos de la oficina de los que se había perdido bastante información, en los últimos meses notaba cada vez más la desconexión laboral en su departamento y eso era algo que le inquietaba y le disgustaba a partes iguales. Cuando el tema de oficina no dio para más, Bea pasó a relatarle la última conversación telefónica que tuvo esa semana con su hermano Oscar y sobre los planes que él y su hermana mayor Gloria estaban organizando para la celebración de los cumpleaños de sus dos sobrinos, Asier y Pedro. Los niños eran hijos de Oscar y Gloria respectivamente, se llevaban un año de diferencia pero ambos nacieron en la misma fecha. Era tradición familiar celebrar los cumpleaños a la vez. Los chicos eran como hermanos gemelos.

—Aún quedan tres semanas, pero procura dejar un hueco en la agenda, los niños están deseando verte —comentó Bea—. Seguro que Gloria te llama luego.

Julen gruñó a modo de contestación. Ir a Pamplona a ver a sus sobrinos era otra forma de escape agradable que se guardaba para ocasiones especiales. Cada vez que iba a casa de sus hermanos mayores, volvía sin fuerzas ni energías, sus sobrinos acababan con él en cuestión de horas.

—No tengo ni idea de qué regalarles —comentó por encima.

—Si le preguntas a Oscar te dirá que libros, si le dices a Gloria querrá ropa —explicó—. Los niños van a querer juguetes. Tú elijes.

—Eso no me ayuda —contestó con el ceño fruncido.

—Lo sé —se rio por lo bajo, encogiéndose de hombros.

—Les doy la propina y listo.

—¡Qué aburrido!

—Pues compra tú lo que sea y te pago la mitad.

—Se te ha adelantado Rob.

Julen hizo una bola con su servilleta y se la arrojó a la cara con saña.

—¡No seas crío! —le regañó Bea entre risas.

Julen se rio con ella, sabiendo que algún arreglo encontraría que contentara a todos.

—Entonces, ¿qué? —recogió la servilleta que le tendía su hermana a través de la mesa— ¿Vas a querer postre?

—No solo café —contestó su hermana— ¡Aaah! Eso me recuerda...

Julen se la quedó mirando extrañado mientras Bea hurgaba a conciencia en su bolso, al parecer buscando algo importante. Con un ruidito satisfecho le sonrió mientras dejaba delante de él una caja cuadrada de color café, del tamaño de su palma.

—Esta mañana subí a despedirme de Sergio —le explicó mirándole con algo de reproche—. Antes de irse me dio esto para ti.

—¿Qué es esto? —atinó a decir.

—¡Ábrelo y lo verás!

Julen dudó un segundo, pero no se le pasó por alto la contestación de su hermana. La miró con el ceño fruncido mientras cogía la cajita de encima de la mesa, seguro de que ella ya sabía qué contenía.

—¿Nunca vas a dejar de meterte en mis cosas?

—Sabes que no —contestó rotunda, a la vez que le observaba abrir la caja.

Un papel blanco, doblado por la mitad, revoloteó cayendo sobre la mesa. Cuando lo abrió encontró una sola palabra escrita con tinta negra: «Ánimo».

En la caja había una selección de cuatro de sus bombones de chocolate preferidos. Los que solía tomar muy a menudo en la oficina y que alguien tenía a bien suministrar de vez en cuando. Siempre había pensado que era Gabriela quien se encargaba de ello, de hecho era a ella a quien se los pedía cuando a él mismo se le olvidaba comprarlos.

—Son tus preferidos, ¿no? —Efectivamente, su hermana había estado fisgando el contenido de la caja.

—Sí —contestó contemplándolos.

—¿Sabes lo que me recuerda? —No esperó respuesta— A las cajitas de chocolate que te dejaban tus admiradoras en la taquilla cuando jugabas al rugby ¿te acuerdas?

Julen se acordaba. Era un recuerdo que le venía de vez en cuando a la mente, cuando rememoraba ocasiones especiales con el equipo, de sus victorias, de sus derrotas. Porque esas cajitas de chocolate aparecían en las celebraciones, pero sobre todo cuando había tenido algún tipo de decepción o derrota, cuando resultaba perdedor en cualquiera de los enfrentamientos que mantenía a menudo con Sergio. Recordaba esas cajitas llenas de su chocolate favorito por la sensación reconfortante que recibía cada vez que abría su taquilla y encontraba ese regalo para él. Cada una de las veces una nota manuscrita de ánimo y apoyo acompañaba a los chocolates.

Y nunca, a pesar de todas las veces que las recibió, fue capaz de averiguar cuál de las chicas de su instituto era la que le hacía ese regalo. ¿Sergio lo había sabido todo este tiempo y ahora se quería burlar de él? No quería pensar en la más que posible alternativa a eso.

El camarero le había traído un café a su hermana y mientras revolvía el contenido de la taza con una cucharilla, mantenía su mirada de reproche clavada en él. Hasta que tomó la palabra de nuevo.

—Deberías haber subido a despedirte de él —se lanzó, como buena hermana mayor que era—. Casi todo el mundo sabe que os lleváis como el perro y el gato, pero Sergio siempre ha estado al cien por cien contigo. —Hizo un gesto señalando la cajita sobre la mesa—. Creo que no eres muy consciente

de la suerte que has tenido de poder trabajar con él.

La acusación tan directa de su hermana le hirió profundamente, Beatriz estaba siendo muy injusta con él.

—¿Crees que no sé dónde piso? ¿Dónde tengo puestos los pies? —le reprochó—. Parece que no me conoces. Es cierto que nunca nos llevamos bien, pero también es cierto que he sido muy consciente de su modo de trabajar y de hacer las cosas, y no solo conmigo. No fui a despedirle esta mañana porque ya lo hice anoche en su casa —no pensaba decirle cómo se despidió de él—. Tenía la intención de hablar con él y pedirle explicaciones sobre su marcha repentina, pero fui incapaz de sonsacarle algo sobre el tema. Créeme, soy muy consciente de todo lo que pierdo con su ausencia.

Las últimas palabras de Julen quedaron suspendidas entre ellos, y lo primero que pasó por su mente en ese instante con total claridad fueron los besos de despedida de Sergio. Sus gestos, sus sonrisas, sus caricias, todo lo que le había dado la noche pasada y que durante los últimos años se negó a darle. Porque ni siquiera cuando Sergio se arrodilló frente a él para hacerle una mamada, en ninguna de las ocasiones, dejó traslucir ninguna emoción más allá de un leve disgusto y toneladas de superioridad moral.

Sin embargo anoche sus labios temblaron con su sonrisa, sus pupilas líquidas brillaron mientras le miraba, mientras le besaba. Y sus manos trazaron el contorno de su rostro, y se enredaron en su cabello cuando le atrajo hacia sí para pegarle a su cuerpo. Todas las reacciones que inconscientemente buscó provocar en él durante los últimos años, reacciones que provocaron en él algo que no esperaba sentir. Al enterarse que Sergio iba a dejar la editorial lo primero que sintió fue rabia y enfado. Después de todo lo que había trabajado, de luchar por hacer las cosas como quería, tuvo que claudicar ante su padre para lograr avanzar en su objetivo. Había sido difícil lidiar con la presencia de Sergio, su influencia, su forma de trabajar y el modo en el que le trataba. Cada uno de sus enfrentamientos era una batalla ganada o perdida para él, como cuando eran niños, como siempre fue.

Cuando se presentó en su casa y pudo ver con sus propios ojos cual era la realidad, sintió tal vulnerabilidad que prácticamente fue incapaz de ocultárselo a Sergio. Necesitaba saber la razón por la que de un momento a otro su editor abandonaba el barco y le dejaba a la deriva, en un momento crucial para él en su trabajo. Pero también descubrió lo que era sentir vértigo

al darse cuenta que ya no iba a contar más con el apoyo de Sergio, un apoyo del que prácticamente no era consciente, porque nunca había faltado, nunca lo había echado de menos. Y ahora no lo tenía. Todas esas revelaciones le habían hecho sentirse expuesto, ya no tenía delante al editor que mantenía las distancias, que le trataba de usted sabiendo lo mucho que le molestaba, que se tomaba como algo personal el conseguir fastidiarle con total sutileza. Había sentido que el abismo que siempre existió entre ellos se estrechaba por unos segundos, permitiéndole vislumbrar al hombre que se escondía tras el rígido y profesional editor. Ese hombre le había sacudido por completo.

Y entonces se había despedido de él. Y no quería pensar en lo que había perdido con su marcha.

Julen miró la hora en el móvil y decidió subir por las escaleras en vez de esperar el ascensor. Aún quedaban un par de horas hasta que tuviera que coger el tren hacia Pamplona, pero las charlas con Sebastián uno sabía cuándo empezaban, no cuándo terminaban.

Habían pasado casi tres semanas desde que obligó a su hermana a pagar la cuenta del restaurante, como disculpa por haberle acusado de no saber apreciar el trabajo que Sergio había hecho con él. Además de pagar la cuenta Beatriz se disculpó con él, aunque no asumió todas las culpas ya que, como todo el mundo sabía, Julen tenía un carácter bastante difícil de llevar. Eso estaba bien con él, porque en el fondo su hermana tenía razón.

Al día siguiente Fermín le presentó formalmente a Carmen Bruno, e inmediatamente pudo apreciar las diferencias con las que se iba a enfrentar al trabajar con ella. No es que estuviera quejándose, no lo hacía, simplemente aún no había sido capaz de acomodarse realmente a los cambios. Carmen era una de las mejores profesionales del sector, con muchos años de experiencia y que sabía perfectamente cómo manejar las situaciones con las que se encontraba día a día con sus escritores.

Julen había procurado evitarla lo más posible.

Ni siquiera fue consciente de haberlo hecho, simplemente los días pasaron uno tras otro y tan solo tuvo que centrarse en escribir y cubrir sus horas de trabajo en contabilidad. De hecho había pasado más horas en contabilidad que escribiendo.

Antes de terminar de subir los últimos peldaños fue capaz de escuchar la rotunda voz de su padre charlando con alguien animadamente. Efectivamente en el hall de su despacho, junto a los ascensores Sebastián sacudía las manos de un hombre y una mujer a modo de despedida. No quiso interrumpir por lo que esperó donde estaba a que su padre terminara. Cuando las puertas del ascensor se cerraron detrás de los invitados, Julen caminó tras Sebastián alcanzándole justo antes de que cerrara la puerta del despacho en sus narices.

—¡Epa! —exclamó sonriendo— ¿Quieres hacerme una cara nueva?

Sobresaltado, Sebastián giró sobre sí mismo al escuchar la voz de su hijo.

—Pero ¿de dónde sales tú?

—De las escaleras —aclaró, haciendo un gesto con el pulgar sobre su hombro.

—Pues vaya susto que me has dado —Sebastián sacudió la cabeza mientras caminaba hacia su mesa.

—Algo malo estarías haciendo.

La contestación, típica de su madre, les hizo sonreír a los dos automáticamente.

—No digas bobadas.

Julen señaló con la barbilla la maleta pequeña sobre el sofá del despacho.

—Creí que hoy no ibas a Pamplona.

—No, no voy a casa —para su padre «casa» siempre sería Pamplona—. Ya hablé con tus hermanos para que me disculparan con los niños por perderme la celebración —Sebastián no solía perderse los cumpleaños de sus nietos—. Les he prometido que el próximo fin de semana los llevo donde quieran, y lo celebramos juntos.

—¿Entonces dónde vas? —dijo sentándose en una de las butacas frente al escritorio.

—Tengo una reunión programada con un grupo de editores en Lion desde hace semanas —explicó—. Me ha sido imposible cancelarlo, estas

fechas eran las únicas que cuadraban en las agendas de todos. Sinceramente, prefiero un millón de veces ir a casa con mis nietos que tener la dichosa reunión.

—No te preocupes, estoy seguro de que Asier y Pedro lo van a entender.  
—Intentó apaciguarle.

—Ya —se conformó, dejando escapar un suspiro.

Julen, al igual que sus hermanos, había sufrido la rigidez, firmeza y a veces intransigencia de su padre. Pero tenía que reconocer que como abuelo eran palpables y notables las diferencias.

—Entonces ¿qué? ¿Quieres que les lleve algo? —Se ofreció.

—No —rechazó Sebastián agitando la mano—. Así está bien, yo me voy a encargar de eso, no te preocupes. —Se acomodó en su asiento y alzó una ceja en su dirección antes de continuar—. Más bien dime, ¿cómo vas tú?

Sabía que su padre iba a querer indagar sobre su trabajo, como buen controlador que era. No pensaba ponérselo fácil, con Sebastián siempre era mejor guardarse información.

—Bien, todo bien. —contestó con indiferencia, alzando un hombro.

—Entonces... ¿te llevas bien con Carmen Bruno?

—Sí, sí. Tú la conoces, es una gran profesional. Todo el mundo habla maravillas de ella.

—Bueno, sí, eso es cierto —estuvo de acuerdo Sebastián—. Pero nunca había trabajado contigo, y tenía curiosidad por saber cómo os habíais amoldado uno al otro.

—¿Qué quieres decir? —Julen retó a su padre— ¿Que es difícil trabajar conmigo?

—No, no, no. ¡Nada más lejos de mi intención! —El sarcasmo acompañó la sonrisa socarrona de Sebastián—. Tú sabes, ¡miel sobre hojuelas!, trabajar contigo.

Julen clavó la mirada ceñuda sobre su padre, pero no pudo evitar sonreír de medio lado, sabiendo la razón que llevaban sus palabras.

—Ni que yo fuera el único escritor problemático en el mundo.

—Hijo —Sebastián sacudió la cabeza, frunciendo el ceño, mientras sus ojos brillaban con una chispa de humor—, no creo que lo tuyo venga por ser escritor.

Julen inclinó la cabeza sonriendo, extrañamente feliz por compartir unas cuantas bromas sobre su personalidad con su padre. Normalmente su relación era tensa, llena de roces y reproches, por una y otra parte. No siempre había sido así. Aunque Sebastián fue un hombre más bien distante y dogmático con sus hijos, usualmente equilibraba la balanza manteniendo charlas con ellos e interesándose por cualquier cosa que les pudiera haber pasado, aunque de un modo aleccionador, más que cariñosos. Su madre siempre fue el contrapeso en la balanza, pero al faltar ella, Sebastián no tuvo más remedio que intentar, por su cuenta, llenar el hueco que su mujer dejó tras su muerte, normalmente sin conseguir la verdadera cercanía que ella tuvo en ese aspecto más emocional. Su familia siempre fue muy tradicional con respecto a los roles *del papá y la mamá*.

—No te voy a quitar la razón, aunque no esté muy de acuerdo con eso —dijo aún con la sonrisa en los labios—. De cualquier forma no tienes de qué preocuparte. Todo está bien con mi nueva editora.

—Entonces dime, ¿por qué has pasado más horas de lo normal en tu despacho de contabilidad? —le lanzó sin preámbulos—. ¿Por qué Carmen Bruno no ha sido capaz de contactar contigo las últimas veces que lo ha intentado? Si estás teniendo problemas con ella, este es un buen momento para hablarlo.

Y así fue como el momento distendido que estaba teniendo con su padre se echó a perder en un segundo.

Estaba claro que a Sebastián no le hacía falta tener a Sergio para enterarse de todo lo que ocurría en su vida. La forma controladora y autoritaria de actuar de su padre no era nueva, ni para él ni para su familia, pero había momentos en que la situación le desbordaba y era incapaz de mantener la calma para llegar a un punto razonable como lo hacían algunos de sus hermanos.

—Veo que aún después de tantos años siendo uno de los mejores en el negocio sigues sin ser capaz de separar los negocios de la familia —Julen se incorporó en su asiento, mirando a su padre a través de la distancia que los separaba—. ¿Quién está preguntando ahora, mi padre o mi editor?

—Eres demasiado arrogante a veces, hijo —Sebastián se envaró, frunciéndole el ceño, mientras le miraba con desaprobación.

—Eso es algo que compartimos, pero no me niegues que tengo razón — insistió sin amedrentarse ante su padre, hacía mucho que había dejado de ser un niño pequeño—. No puedes estar en misa y repicando. Se dice así ¿no?

—Te conozco, y sé que tiendes a retorcer las cosas cuando no salen a tu manera. Estás trabajando con los mejores profesionales...

—¡Vaya! ¡Ahí está! —Julen se levantó de su asiento interrumpiendo a Sebastián—. El eterno recordatorio de mi estatus privilegiado. Ya no más de eso papá, te recuerdo que fuisteis vosotros quienes vinisteis detrás de mí. Firmé un contrato con unas cláusulas que sabes que nunca fueron de mi agrado. Acepté lo que acepté porque mi objetivo siempre fue trabajar con los mejores, quería estar en casa, pero eso no te da derecho absoluto sobre mí. Estoy aquí porque elegí a mi familia, pero al igual que decidí eso, puedo hacer lo contrario.

—Entonces haz lo que tengas que hacer —gruñó Sebastián—. Es tu editor quien te habla.

Ambos se mantuvieron la mirada por un par de segundos, la mezcla de resentimiento y respeto llameaba entre ellos como siempre. Un obstáculo que dificultaba su relación y que seguía enquistándose cada vez más.

—No voy a tolerar más correveidile —Julen habló con firmeza y claridad, manteniendo la compostura—. Carmen Bruno es mi editora, lo que ocurra con mi trabajo es cosa suya y mía. Deja de intervenir.

—Yo controlo lo que ocurre en mi editorial —Sebastián no iba a dejar que su cachorro le ladrara.

—Lo que quieras —contestó con indiferencia—, pero que yo no lo note.

—¡Julen!

Sebastián llamó a su hijo al ver que le daba la espalda y se encaminaba hacia la salida, dejándole con la palabra en la boca. Haciendo caso omiso Julen salió del despacho de su padre y eligió de nuevo las escaleras. Necesitaba poner distancia entre él y Sebastián.

Se dirigió a su piso haciendo planes sobre la marcha. Hizo cálculos y decidió que bien podría coger el próximo tren a Pamplona, sin esperar a más

tarde. Camino a la estación llamó a su hermano Oscar para avisarle de la hora de llegada, de fondo escuchó a sus sobrinos armando alboroto y no pudo evitar sonreír al pensar en ellos. Aprovecharía para desconectar y disfrutar de ellos lo máximo posible.

Ya en el tren hizo la llamada que había pospuesto durante días y habló con su editora. La mujer tenía una paciencia infinita y se notaba que sabía muy bien cómo tratar con personas difíciles como él. Charlaron durante casi media hora durante la cual consiguieron cuadrar horarios y agendas, y se disculpó sinceramente por haber estado ilocalizable durante tanto tiempo. No lo volvería a hacer.

O quizás sí.

A Julen le gustaba viajar en tren porque le permitía aprovechar el tiempo al máximo, además de ser un medio de transporte limpio, rápido y cómodo. Normalmente solía sacarle partido a su portátil, haciendo investigación, buscando información y, raramente, escribiendo en su manuscrito. Pero desde hacía un par de semanas no estaba contento con nada que tuviera que ver con su nuevo libro.

No había parado de escribir en ningún momento, sus rutinas de trabajo estaban intactas, hasta unos días atrás. Había algo que le incomodaba, algo no encajaba en el hilo que estaba siguiendo en su historia, y eso le estaba impidiendo avanzar como quería hacerlo. No era la primera vez que le ocurría algo parecido, sabía que solo tenía que darse su tiempo y analizar desde otra perspectiva las cosas para ver el fallo. Y todo volvería a la normalidad.

Descartando el hecho de ponerse a trabajar, pasó el resto del viaje repasando notas y descansando.

Al llegar a Pamplona fue directo al hotel donde siempre se alojaba cuando estaba en la ciudad. En casa de cada uno de sus hermanos tenía una habitación lista para él si así lo quería, pero tenía comprobado que si se quedaba en casa estaba asegurado que no encontraría un momento de paz nunca. Sus hermanos habían dejado de insistir para que se quedara, sabían que él tenía razón.

Después de una ducha rápida, buscó en su maleta los regalos de cumpleaños para sus sobrinos y caminó con calma hasta la casa de su hermano. La familia lo recibió con los brazos abiertos. La fiesta estaba en su

apogeo, llena de niños, ajenos y propios. Solo podía imaginar el esfuerzo que su hermano y su cuñada tendrían que invertir para dejar al jardín de nuevo en su estado natural. Sus sobrinos le besaron y abrazaron por turnos. Después de pasar un rato con ellos se acercó al círculo de adultos y disfrutó el resto de la tarde de la compañía y charla con sus hermanos y familiares.

Gloria y Jaime le mantuvieron entretenido un buen rato, como siempre hacían, les encantaba escucharle hablar sobre la trama de lo que fuera que estuviera escribiendo en ese momento, cada uno de ellos aportaba o desechaba ideas para la historia como si se tratara de un trabajo escolar en grupo. Tuvo que reconocer que, en esa etapa de creación, pasar con ellos el rato le dio alguna perspectiva que sin duda habría pasado por alto sin ellos. Más tarde vio a Oscar haciéndole señas desde la otra punta del salón donde se encontraban, para que se uniera a él. Alejándose del bullicio que podía escucharse a través de los ventanales del jardín siguió a su hermano hasta su despacho. Oscar se tomaba muy en serio su papel de hermano mayor y siempre que los visitaba buscaba un hueco para hablar con él y saber de primera mano qué tal le iban las cosas.

—Te veo cansado. —Se dejaron caer en el sofá de cuero oscuro, después de que Julen rechazara la cerveza que su hermano le ofrecía—. ¿Va todo bien?

—Con todo ¿a qué te refieres? —preguntó frotándose la cara con las palmas de las manos, realmente se sentía agotado.

—No sé. Todo —Oscar se encogió de hombros, haciendo un gesto vago con la mano—. Bea me ha dicho que has estado pasando más tiempo de lo habitual en el despacho.

Julen resopló por lo bajo, acostumbrado ya a los dimes y diretes de su familia. Solo podía preguntarse qué no sabía ya su hermano de lo acontecido en su vida las últimas semanas.

—Puede ser, estos días hay más trabajo allí. Si puedo hacerlo arrimo más el hombro, no es nada más.

Oscar se le quedó mirando sin pestañear.

—¿Cuándo vas a dejar ese puesto?

—No quiero hablar de eso ahora —cortó de inmediato. No pensaba entrar en ese tema hoy.

—De acuerdo —accedió Oscar—. Entonces dime qué te pasa. Creí que con los nuevos cambios estarías más que satisfecho, pero parece que es todo lo contrario.

Ambos sabían a qué cambios se refería.

—Todo está bien.

—No lo parece —insistió—. ¿Estás escribiendo?

Molesto, Julen se incorporó a medias de su asiento.

—¿Con quién has hablado?, ¿con papá?

—No —negó—, con Fer. Hace un rato.

—¡Dios! Esto parece un patio de vecinos.

—Lo que quieras, pero si tus hermanos me han dicho cada uno por su lado que no estás bien, por algo será.

—¡Será que se meten donde no les importa!

—¿Por qué estás enfadado?

—Porque todos le dais importancia a cosas que no la tienen.

Un pausa.

—¿Qué tal con tu nueva editora?

—Perfecto —contestó clavando la mirada en el jardín, a través del ventanal del despacho.

Oscar sabía cómo hacerle sentir como si tuviera doce años.

—Carmen Bruno tiene muy buena reputación, la conozco.

—Es buena, muy profesional —admitió asintiendo.

—Pero... —insistió.

—¡No es Sergio! ¿vale? No es Sergio.

—¿Por eso no estás rindiendo? —Oscar tenía más paciencia que un santo, y hasta que no consiguiera deshacer toda la madeja, no soltaría el hilo—. Cuando supe que Sergio se marchaba pensé que estarías satisfecho con los cambios. Sinceramente no entiendo tu enfado, Peque.

—Mi enfado viene de que nadie me dice nada —comenzó con tono

contenido, puntualizando con el índice sobre su muslo—. Tuve que aceptar las condiciones de papá, imponiéndome trabajar con Sergio, sabiendo que no nos llevábamos bien. Y ahora de un día para otro, cuando más lo necesito, se va sin dar ninguna explicación, y la opción que me queda es aceptarlo sin más. Porque a mí nadie me explica nada.

—¿Por eso estás enfadado? —preguntó Oscar, cruzando los brazos sobre su pecho— Las cosas siempre ocurren por alguna razón.

Julen sintió el cambio en el tono de voz de su hermano, y giró la cabeza hacia él, buscando su mirada.

—Tú lo sabes —afirmó sin duda.

Oscar apartó la mirada, frunciendo el ceño como si se debatiera con algo.

—Si tú no lo sabes será por algo.

—¿Qué sabes? ¿Quién te lo ha dicho? —insistió—. Papá y Fer no han querido contarme nada. En la editorial solo hay rumores, a cada cual más tonto. Y Sergio me dijo que no se trataba de otra editorial. ¿Qué sabes?

Su hermano se le quedó mirando, y vio en sus ojos cómo sopesaba los pros y los contras de decirle lo que fuera que estuviera ocultando. Finalmente habló.

—Sergio está aquí, en su casa —Oscar carraspeó con gesto serio, antes de continuar—. Su padre tiene cáncer. Se está muriendo.

## *No hay mejor lugar como el hogar.*

El sudor empapaba la camiseta por completo, haciendo que se pegara a su espalda y costados. El aire frío de la mañana era de agradecer a esas alturas de la carrera. Casi desde que había llegado tres semanas atrás cada mañana salía a correr diez kilómetros como mínimo. Había descubierto que le ayudaba en gran medida a centrarse y despejar la cabeza, preparándole para el resto del día.

Al doblar la esquina se fijó a lo lejos en el hombre plantado frente a la puerta de la casa de su padre. La cazadora de cuero le dio una pista, pero la postura y figura del tipo la reconocería entre un millón de ellos. Tragando una bocanada de aire frío tuvo que poner todo de su parte para no tropezar con sus propios pies, que de pronto se sintieron como gelatina.

Julen ni siquiera se había percatado aún de su presencia, cuando trotó los últimos metros reduciendo la velocidad hasta quedar casi a su altura. Sintiéndole ahora que estaba más cerca, Julen se giró hacia él y se le quedó mirando mientras caminaba, resollando sin aliento, parándose a su lado.

—No estaba seguro que esta fuera la casa de tu padre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, no muy amablemente.

—Hacerte una visita.

El encogimiento de hombros desinteresado de Julen, como si presentarse de pronto en su casa no tuviera nada de extraño, le puso extrañamente a la defensiva. Podía asegurar con claridad que, muy en el fondo, estaba feliz de verle. Pero la necesidad de preservar su intimidad seguía siendo su prioridad máxima. No deseaba tener conversaciones existenciales con nadie, ni ver lástima o pesar en la mirada de la gente. No lo quería.

—No recuerdo que tuvieras programado ningún compromiso literario por la zona.

—Y no lo tengo —negó encogiéndose nuevamente de hombros—. Ayer fue el cumpleaños de mis sobrinos.

Apartó la mirada sintiendo un escalofrío cuando el viento pegó la camiseta húmeda a su cuerpo. Se estaba quedando helado.

—Entonces, ¿qué? —preguntó malhumorado—. ¿Tu padre te dijo dónde estaba?

—Oscar —contradijo—. Un amigo común de tu padre le comentó que estabas en casa.

Sabía que tarde o temprano la noticia se extendería como la pólvora entre contactos y conocidos. Había pretendido tapar el sol con un dedo, y obviamente resultó imposible de hacer.

—¿Cuántos más lo saben? —Sentirse expuesto no iba con él, le molestaba no poder controlar lo que ocurría a su alrededor.

—No lo sé. Probablemente casi nadie —explicó—. Más allá de la gente a la que se lo hayas dicho, no creo que nadie sepa dónde estás. En la editorial se especuló algún tiempo sobre tu situación, pero nadie sabía nada.

—Bueno, está claro que tarde o temprano se sabrá.

Se frotó el pelo húmedo de sudor dejándolo alborotado como un nido de pájaro.

—No lo entiendo, ¿por qué tanto afán en esconderte? No es mejor tener...

—Ese es mi problema, no te metas —le cortó de forma brusca.

—Como quieras, tú eliges.

Julen se le quedó mirando con las manos metidas en los bolsillos de la cazadora, sus ojos mostraban algo de recelo por haber sido rechazado de forma tan categórica, pero estaba claro para él que aún tenía mucho que decir.

—Entonces, ya has visto mi cara malhumorada ¿no? —Caminó hacia la entrada de su casa, pasando de largo a Julen—. Creo que ya puedes volver a casa.

Una carcajada seca le hizo volverse sobre sí mismo, para ver cómo Julen le fruncía el ceño.

—¿Por qué crees que me voy a conformar con verte la cara? —se rio, sacudiendo la cabeza—. No me conformo solo con eso, yo siempre quiero algo más.

—¿Y por qué piensas que solo porque lo quieras te lo voy a dar? —Sergio no lo admitiría ante nadie, pero había echado de menos sus encuentros

con Julen.

—No solo porque lo quiera —le desafió.

—Veo que no has cambiado nada —dijo alzando una ceja—. Tu nueva editora debe de estar muy contenta contigo.

—Mucho. Gracias por preguntar.

Se miraron durante un par de segundos, sin decirse nada, conscientes ahora del tiempo que había pasado desde la última vez que se habían visto.

—¿Qué quieres, Julen? —preguntó rompiendo el silencio, por fin.

—Quería verte. —Se encogió de hombros—. Quiero hablar contigo, supongo. Sé que estás ocupado, pero te voy a robar solo unos minutos de tu tiempo. Estoy en el hotel de siempre, te espero esta tarde, cuando puedas.

—No.

—Sí —insistió—, ven y habla conmigo.

—Como tú bien has dicho, estoy ocupado, y tampoco tenemos nada de qué hablar.

—Eso, es lo que tú crees —Julen caminó hasta él, no paró hasta que sus cuerpos entraron en contacto, inclinó la barbilla un par de centímetros hasta su altura y besó la comisura derecha de su boca, antes de girar sobre sus pasos para alejarse de nuevo—. Yo tengo mucho de lo que hablar. Te espero.

Estático sobre la acera enfrente de su casa Sergio no reaccionó hasta que no vio alejarse a Julen.

—¿Por qué me has besado?! —preguntó a su espalda, con el ceño fruncido.

—¿No te despides de tus amigos con un beso? —Julen le respondió echando la vista sobre su hombro, sin parar de caminar.

—¿Ahora somos amigos?

—No lo sé —respondió alzando la voz—, dímelo tú. —Levantó la mano en el aire, despidiéndose—. Nos vemos luego.

Se quedó mirando cómo Julen se alejaba, sin responder nada a la última provocación, sabiendo que esa tarde volvería a verle. Sentía un zumbido agradable por todo el cuerpo, y no estaba seguro que se debiera al intenso

ejercicio que acababa de hacer y que siempre le daba fuerzas para afrontar lo que el día tuviera que ofrecerle. Sonrió de medio lado cuando alcanzó la puerta de su casa. Por lo menos tenía algo nuevo en lo que pensar en las próximas horas.

Al pasar por el pasillo se fijó en la hora del reloj del salón. Aún era temprano pero su sobrino tenía clase y con todo el trabajo de la imprenta y los cuidados que requería su padre, nadie en casa permanecía en la cama pasadas las siete de la mañana. En la cocina escuchó las voces de su hermana y su sobrino Iván. Todas las mañanas desayunaban juntos mientras organizaban las tareas del día, trabajo, médicos, casa. Siguió el olor de las tostadas y el café recién hecho, quizás le diera un mordisco a algo antes de ir a ducharse.

—¡Buenos días chicos! —Dos rostros soñolientos se giraron hacia él, devolviéndole el saludo—. ¿Berti hay café para mí?

—Claro, en la jarra. —Berta hizo el amago de levantarse de la silla para servirle, pero Sergio hizo un gesto impidiéndoselo—. ¿Vas a ducharte primero?

—Sí, solo quiero un poco de café. Me ducho y desayuno.

—Ok, entonces acerco a Iván al cole, me da tiempo.

—Tío, mira —su sobrino le mostró un libro que sacó de su mochila—, este es el que te dije anoche.

—¡Ah! Sí, ahora me acuerdo. —Hojeó el libro infantil, haciendo memoria—. Este también tuve que leerlo yo. Seguro que te va a gustar.

—Lo empecé anoche, y me está gustando —comentó con entusiasmo—, el protagonista hace muchas tonterías.

—Sí, lo recuerdo.

Su sobrino tenía doce años y era un chico muy entusiasta, atento y cariñoso con todos. Su hermana y el padre de Iván se divorciaron cuando el niño era muy pequeño y el hombre apenas mantenía contacto con él. Berta siempre cuidó que su hijo tuviera un entorno familiar lo más estable posible, vivir con su abuelo y tener una relación estrecha con él mismo, a pesar de las disputas que siempre mantuvo con su padre, había sido un logro increíble de su hermana. A pesar de las distancia, de las peleas y del poco entendimiento, procuró que su hermana y su sobrino supieran que podían contar con él cuando

lo necesitaran.

—Iván, guarda eso y termina tu desayuno —ordenó Berta—, a este paso vamos a llegar tarde.

Sergio sonrió mientras daba otro sorbo a su taza de café.

—¿Qué tal papá? —preguntó— ¿Ha pasado buena noche?

—Así, así —contestó Berta, mirando a su hijo de reojo—. Le escuché varias veces a lo largo de la noche. No creo que haya dormido mucho.

—Ya, como ayer.

Desde que volvió a la casa de su niñez Sergio había ocupado su antigua habitación, un cuarto independiente, al otro lado de la casa, conectado por un pequeño patio. Hacía años había sido el taller donde su madre solía trabajar, pero cuando dejó de utilizarlo Sergio recibió el permiso para apropiarse de él. Ahora se turnaba por las noches con su hermana para estar pendientes del sueño de su padre, por lo que la noche que le tocaba a él dormía en el sofá del salón, para que Berta pudiera descansar.

—Sí. —Estuvo de acuerdo Berta.

Se miraron por un segundo, ambos con los mismos pensamientos rondando su cabeza.

—¿Ha desayunado ya?

—No, quería esperar un poco —le explicó—. Solo le he ayudado a ducharse. Está en su cuarto escuchando las noticias de la radio. Acercó a Iván al cole y a la vuelta le doy el desayuno.

—No, no te apures —la contradijo—, tómate tu tiempo, haz recados o lo que tengas que hacer. Me ducho en cinco minutos y le doy yo el desayuno.

Berta enseguida frunció el ceño, negando con la cabeza.

—No, no. Empezar desde tan temprano con las discusiones no me parece. Luego se agita y no quiere ni salir a pasear.

—Lo dices como si lo buscara —se molestó Sergio—, sabes que me contengo, apenas cruzo dos palabras con él.

—Da igual, no quiere que estés aquí —susurró con cariño y preocupación—, se molesta enseguida por nada ¿qué le vamos a hacer?

Lleváis enfrentados demasiado tiempo, y él es tan orgulloso como tú. Si en estas circunstancias no da su brazo a torcer, no sé cuándo lo va a hacer.

Las palabras de su hermana, que tanta verdad contenían, se clavaron en su pecho como si fueran la más aguda de las agujas. Sabía que Berta no quería molestarle o hacerle daño de ninguna manera, pero la descripción de la situación era tan acertada que ni siquiera pudo decir nada al respecto. Mirando a su hermana se preguntó si algún día podría tener el coraje de contarle la verdad a ella. Si podría ser capaz de soltar el último lazo al que se agarraba con desesperación para no sentir que no pertenecía ahí.

Durante años los desencuentros con su padre fueron escalando en gravedad hasta ser insostenibles, pero nunca pensó que todo resultaría así de difícil cuando se enteró de la enfermedad que pronto acabaría con él. Ni siquiera en estas circunstancias Teo Cano hizo nada por apartar sus diferencias con su hijo mayor para poder pasar los últimos días de su vida de forma más apacible. Su negativa evidente a tenerle cerca, en su casa, le había dolido más que cualquier otra cosa que pudiera haber ocurrido entre ellos en el pasado.

Y lo único que podía hacer era aguantar y esperar.

Sergio comprobó la hora de nuevo y se concedió cinco minutos para darse una ducha rápida antes de hacerle el desayuno a su padre. En los últimos días su apetito había disminuido considerablemente, pero su hermana y él procuraban que comiera cualquier cosa que le apeteciera, por mínimo que fuera.

Con el pelo húmedo regresó a la cocina pensando en lo que pondría esa mañana en la bandeja para su padre. Algo blando y fácil de tragar. Un poco de leche con miel, bizcocho casero, fruta, pan sin tostar, aceite de oliva, jamón. Esperaba que ver todo eso le abriera el apetito y decidiera probar algo, pero lo más seguro sería que rechazara todo lo que le ofrecía. Añadió un poco de zumo por si le apetecía en vez de la leche, tomó la bandeja y caminó hasta la habitación de Teo. La puerta estaba entornada, la radio con las noticias sintonizadas se escuchaba de fondo, y un poco más diluido se sentía el sonido que la máquina de oxígeno producía durante la mayor parte del día.

Con el hombro empujó la hoja de la puerta y entró al cuarto sin anunciarse. Su padre estaba sentado junto a la ventana, al lado tenía una pequeña mesa que habían colocado allí para que estuviera cómodo y pudiera apreciar las vistas de la montaña que se veía a lo lejos y que rodeaba la mitad

de la comarca. Los tubos que le proporcionaban oxígeno enganchados alrededor de sus orejas y colocados bajo su nariz estaban algo torcidos, como si no hubiera sido capaz de colocarlos correctamente. La apariencia desvalida que cada día resultaba más evidente en él hacía que su corazón se estrujara y que fuera difícil respirar, como si un gran peso oprimiera sus pulmones. Teo todavía era capaz de desplazarse y moverse con relativa soltura por él mismo, su aspecto demacrado era lo que más delataba su enfermedad. Pero los cambios de humor y momentos de confusión que últimamente iban en aumento hablaban del avance de los tumores en su cerebro. Teo seguía en pie por pura fuerza de voluntad, o eso quería creer Sergio.

Al acercarse a la mesa con la bandeja su padre giró su atención hacia él. Por un segundo le miró como si no lo reconociera, pero enseguida frunció el ceño y apartó la vista de nuevo para mirar a través del ventanal.

—Papá, te traigo el desayuno. —Intentó sonar natural. Como si la palabra «papá» no se le atragantara.

—¿Dónde está mi hija? —gruñó Teo sin volver la vista hacia él.

—Está haciendo cosas —explicó neutral mientras colocaba la bandeja sobre la mesa—. Acercó a Iván al colegio, y luego tenía unos recados que hacer. Me pidió hacerle el favor de traerte el desayuno —mintió.

—¿Lo ha hecho ella? —bufó con desconfianza Teo.

—Sí. —Volvió a mentir Sergio.

—No tengo hambre. —Se obstinó su padre.

—Es normal que no tengas apetito, pero tienes que comer algo.

Viendo el perfil ceñudo de Teo tuvo que hacer acopio de paciencia para evitar comenzar otra discusión que a nada llevaba. Sin ser muy consciente de lo que hacía Sergio alargó la mano con la intención de colocar correctamente los tubos de oxígeno mal colocados, sus dedos rozaron la rasposa piel de la mejilla sin afeitar de su padre haciendo que se sobresaltara. Como un gatillo pulsado la mano de Teo golpeó sus dedos apartándolos de él, el latigazo ligero y rápido escoció sobre su piel dejando la zona algo entumecida, sin embargo el dolor desapareció en segundos. El sobresalto y la punzada en el pecho fueron más dolorosos que mil golpes.

—¡No quiero tu desayuno! ¡Ni que estés aquí! —gruñó su padre

alterado, mirándole con ojos enrojecidos, desorbitados por el temor—. ¡Llama a mi hija! ¡Quiero a mi hija! ¡Berta! ¡Berta!

—¡Papá, tranquilo!, no pasa nada. —Sergio retrocedió alejándose al verle totalmente alterado—. No tienes que tomar el desayuno si no quieres ¿de acuerdo? Berta vendrá enseguida.

Su padre le ignoró girándose de nuevo hacia el ventanal, él retrocedió hasta que sus hombros tocaron con la pared, sin poder apartar la vista se le quedó mirando, observando cómo su cuerpo se agitaba por el llanto desconsolado, apenas contenido, y escuchando su voz quebrada que pedía ver a su hermana. Quería huir de ahí y apartarse de eso que tanto temor despertaba en él, un temor desconocido y agudo que le partía por la mitad, pero fue incapaz de dejar solo a su padre, sumido en su desconcierto y angustia. Deseaba acercarse y rodear sus frágiles hombros con su brazo, darle consuelo, pero sabía que eso sería peor que mantener las distancias. Tragó saliva y esperó sin ser consciente siquiera del transcurrir del tiempo.

Poco a poco su padre pareció apaciguarse, le observó en silencio limpiarse las lágrimas e incluso acercar la bandeja del desayuno hacia él, como si no recordara nada de lo ocurrido, para trastear con los alimentos que había dispuesto para él. Permaneció parado silenciosamente, pegado a la pared mientras Teo picoteaba su desayuno, comiendo algo de aquí y de allá mientras escucha de fondo el parloteo de la radio.

A través de la puerta entornada del cuarto sintió el tintineo del llavero de su hermana y los ruidos de puertas y cajones abriéndose y cerrándose en la cocina. Sin perder más tiempo y con todo el sigilo que pudo huyó del cuarto de su padre, dejando la puerta medio entornada para poder escucharle si fuera necesario. En la cocina Berta se giró a mirarle en cuanto escuchó sus pasos.

—Bueno ¿qué tal?, ¿qué tal el desayuno? —Su rostro debía reflejar la angustia y el malestar que estaba sintiendo porque en un segundo la actitud relajada de Berta cambió—. ¡Sergio!, ¿qué pasa? ¿Y papá? ¿Está bien? ¿Qué pasa?

Visiblemente alterada Berta caminó hacia él al ver que tardaba en contestar. No pretendía asustarla, solo que no sabía por dónde empezar.

—Tranquila ¿vale? —posó las manos sobre los hombros de su hermana y apretó suavemente con la intención de calmarla—. Tenías razón, no es buena

idea que me vea demasiado. Al llevarle el desayuno parecía como si no me reconociera y ha empezado a preguntar por ti.

Berta hizo un sonido de conmiseración con la garganta y comenzó a acariciar sus brazos en un gesto de consuelo automático.

—Siento mucho que esto esté ocurriendo así, toda la situación me parte el corazón, ¡es tan injusto para los dos!

—Las cosas son así Berti, no podemos hacer otra cosa.

—Lo sé, pero él no va a mejorar. —La voz de su hermana se quebró, sus ojos brillantes y húmedos—. Todo ha ocurrido demasiado deprisa, papá se va Sergio y este dolor que hay entre vosotros permanecerá en ti cuando él ya no esté. ¡Es tan injusto! ¡Ahora ni siquiera te reconoce!

Sergio no quiso corregirla, prefirió dejar que creyera que su padre rechazaba a un desconocido y no a un hijo que no lo era.

—¿Sabes? Prefiero que sea así y no que fuera a ti o a Iván a quien no reconociera.

—Bueno, yo preferiría que nos reconociera a todos.

Sergio no pudo evitar sonreír con pesar.

—Él y yo hacía mucho tiempo que no nos llevábamos bien, tú lo sabes —suspiró rodeando con sus brazos los hombros de su hermana, buscando un abrazo, evitando que ella viera la tristeza en su mirada—. A veces las cosas son así. Quisiera que fuera distinto, pero no lo es. Ahora solo puedo desear que esté lo más tranquilo posible y que todo pase de la forma menos penosa.

—Ya, pero tú...

—No te preocupes por mí Berti —susurró junto a la sien de su hermana —, comprendo la situación y voy a estar bien. Solo déjame ayudarte en todo lo que sea posible.

—Me ayudas, me ayudas mucho. —Sintió el apretón en el abrazo de Berta demostrándole su cariño—. Estoy muy agradecida de que estés aquí conmigo —se apartó para buscar su mirada—, has aparcado todo, tu vida, por papá por mí, por el negocio. No sé cómo voy a agradecerte eso.

—No tienes que agradecerme —Sergio tragó con dificultad el nudo en su garganta—. Sois mi familia, lo más importante, lo único que tengo, no hay

nada más que decir.

Su hermana susurró emocionada un «te quiero» antes de besar su mejilla acunándole entre sus brazos. Los dos sufrirían una gran pérdida con la muerte de Teo, pero el hondo agujero que su padre iba a dejar en él era algo que ni siquiera podía admitirse a sí mismo. La enfermedad de Teo le había robado la última oportunidad que le quedaba para enfrentarlo y poner todas las cartas sobre la mesa. Aunque era incapaz de echarle la culpa al destino. Él mismo tuvo una oportunidad tras otra de dar el primer paso y aclarar las cosas, pero el dolor, el miedo al fracaso, el orgullo y la vergüenza fueron argumentos demasiado poderosos en aquel momento como para tomar la iniciativa.

Ahora la única opción posible sería vivir con ello sin saber, sin conocer cómo hubieran sido las cosas si hubiera logrado sacudirse el temor al rechazo del único padre que había conocido y poder decirle cómo se sentía de verdad.

Aún dándole vueltas a la cabeza Sergio ayudó a su hermana en la cocina mientras ella revisaba a su padre y comprobaba que todo estuviera bien. Viendo cómo estaba la situación con su padre sabía que lo más conveniente para todos sería que él se centrara en la empresa y en la casa y que Berta se ocupara lo más posible del cuidado de Teo. Tendría que ocuparse de estar más pendiente de los detalles para procurar que su hermana no se sobrecargara ni física ni emocionalmente.

La escuchó volver con la bandeja tintineando entre sus manos, se acercó a ella para ayudarla y se dio cuenta del ceño fruncido y el gesto contrariado.

—¿Qué pasa? ¿Está mal? —preguntó preocupado.

Berta le miró con una sonrisa incierta en los labios y negó con la cabeza.

—No, no, tranquilo —dejó que le Sergio le retirara la bandeja—. Es lo que has dicho, hoy parece estar algo confundido.

—¿No te ha reconocido?

—Sí, me ha reconocido, pero se ha puesto a hablar incoherencias, la verdad que no le he entendido muy bien.

—Va a ser duro, pero sabíamos que esto iba a llegar.

—Lo sé, solo que por mucho que nos hayan hablado sobre ello vivirlo es muy doloroso.

Con cariño se acercó a su hermana para apretarla a su costado y acariciar su espalda, intentando un fugaz consuelo.

—Tal como está hoy no creo que sea buena idea que salgáis de paseo —comentó con pesar—, me fijé que su coordinación y estabilidad también han disminuido.

—Es cierto. Últimamente andaba preocupada por eso. Pero como papá lo pedía, no tenía corazón de negárselo.

—Lo sé.

—No te preocupes, veré qué hago —le tranquilizó—. De todas formas no creo que me lo pida, por lo menos de momento. A estas alturas de la mañana ya me lo hubiera dicho, y está ensimismado en su cuarto, mirando por la ventana y escuchando la radio.

—Entonces vamos a dejarlo así, creo que será lo mejor.

Sus miradas se cruzaron, ambos sabiendo que el tiempo se escapaba para Teo y que pronto les faltaría.

—Viendo cómo están resultando las cosas creo que será mejor que vaya a las oficinas de la imprenta y me encargue de todo allí —Sergio necesitaba salir y alejarse durante unas horas, necesitaba volver a respirar—. Con papá no soy de mucha ayuda, pero todo lo que sea la casa, la oficina y mi sobrino, cuanta con ello.

—Sergio no quiero que te echas todo sobre la espalda —le pidió sacudiéndole por el hombro—, somos dos, no te olvides de eso.

—Lo sé, no te preocupes —dijo besándole una mejilla—, solo quiero decir que puedes contar conmigo.

—Lo mismo digo.

Sabiendo que en casa poco más podía hacer a esas horas Sergio prometió pasar a recoger a su sobrino del colegio después de salir de la imprenta. A pesar de la tristeza con la que convivían en casa Sergio y su hermana se propusieron conseguir algo de normalidad, por lo que procuraban pasar algo de tiempo todos juntos; las horas de comida, los deberes con su sobrino o ver una película en el salón. En su interior reconocía que era algo que había echado de menos todos esos años.

Durante las siguientes horas se ocupó de todos los asuntos pendientes para ese día en la imprenta. Su objetivo era conseguir que el negocio quedara saneado y a punto para poder funcionar correctamente cuando él no estuviera. Su hermana sería la responsable de todo y el plan que habían diseñado ambos sería perfecto para ella y su sobrino.

Cuando fue la hora recogió a su sobrino en el colegio, en casa ayudó a su hermana con la comida de Teo antes de poner la mesa para los tres. Su padre parecía más tranquilo después de unas horas de descanso, cosa que les tranquilizó bastante. La rutina durante las últimas semanas había sido prácticamente la misma, por lo que cuando comentó a Berta que saldría esa tarde su hermana se extrañó un poco.

—¿No vas a volver a la imprenta?

—Hoy no —negó—, dejé todo a punto para mañana.

—Bueno —Berta se acercó a él para besar su mejilla—, pues solo avisa si vas a llegar tarde.

—No te preocupes.

Desde que con diecisiete años habló en casa sobre su homosexualidad, su hermana siempre permaneció a su lado apoyándole sin cuestionarle ni hacerle reproches. Solía ser cautelosa a la hora de preguntarle sobre posibles parejas o novios, estaba seguro que si hubiera salido con chicas las cosas entre ellos habrían sido iguales. Siempre le gustó la forma en que su hermana pequeña cuidaba de él respetando su espacio personal.

Sin que Julen se lo hubiera dicho supo con seguridad el hotel al que dirigirse para encontrarse con él. Durante toda la mañana su mente voló en varias ocasiones dando vueltas sobre su inesperada visita. Su carácter reservado lo ayudó siempre a mantener su privacidad a buen recaudo, estaba cómodo con eso. Pero desde que esta mañana se encontró a Julen delante de su casa, sus emociones se habían convertido en un caos algo inquietante y no estaba muy seguro de si eso era algo bueno o malo.

Antes de llegar al hotel, y casi por inercia, pasó por una conocida confitería y compró un pequeño surtido de bombones que sabía eran de los preferidos de Julen. No es que quisiera que significaran nada especial, simplemente se trataba de la costumbre.

En el recibidor del hotel preguntó por la habitación del escritor,

avisando de que esperaba su visita, sin problemas consiguió el número. Efectivamente, Julen estaba allí. En el ascensor subió hasta la tercera planta y buscó el número de habitación. Tocó un par de veces en la puerta. Nada. Esperó, y volvió a tocar. Sin respuesta. Con el ceño fruncido miró el reloj y dudó un segundo sobre lo que hacer. Miró la pequeña caja de bombones aún con el ceño fruncido. Levantó la mano y volvió a tocar con los nudillos.

La puerta se abrió al tercer golpe.

Descalzo, en camiseta y pantalones vaqueros y el pelo totalmente alborotado Julen le fulminaba con la mirada como si pudiera traspasar su cerebro con el rayo láser de sus ojos.

—¡Acabas de cortarme justo en medio de una escena muy importante!

Sergio le devolvió la mirada arqueando una ceja y aguantando una media sonrisa algo inapropiada, sospechaba, en ese momento.

—Lo siento, no esperaba que estuvieras escribiendo —se disculpó encogiéndose un hombro—, normalmente no escribes en los hoteles.

—Ya, pues resulta que hoy sí estoy escribiendo —gruñó Julen aún molesto—. Podías haber avisado.

—Podía haberlo hecho, sí —sonrió por fin con ganas—, pero preferí devolvarte la sorpresa de esta mañana.

—Como siempre, tan rencoroso ¿no? —se quejó.

—Si te molesto me voy y te dejo tranquilo —ofreció ladinamente—, pero tendré que llevarme esto conmigo.

Mostró la caja de bombones exhibiéndola frente al rostro de Julen, y quedó satisfecho al ver cómo sus ojos hacían chiribitas al reconocer el logo de la confitería.

—¡Pasa! —ordenó Julen abriendo la puerta por completo—. No sé ni qué hora es.

Hábilmente la caja de bombones fue arrancada de sus dedos cuando pasó justo al lado del escritor, que se alejó unos pasos de él, probablemente para evitar perder su botín.

—Algo más de las cinco —contestó distraídamente, entretenido en analizar el desorden típico de Julen—. Te veo muy instalado ¿cuánto tiempo

llevas aquí?

—Solo desde esta mañana. —Sin prestarle atención Julen se dedicó a arrancar el celofán de la caja de chocolates.

—Nadie lo diría.

—¿Qué? —Julen levantó la vista hacia él con el ceño fruncido.

—Nada —evadió—, que ¿hasta cuándo piensas quedarte?

—No lo sé —contestó girándose hacia él, olvidando por un segundo los bombones—. Todo depende de lo que sea capaz de avanzar con el libro.

—No lo entiendo. —Conocía las costumbres de Julen y sabía que algo estaba pasando—. ¿Por qué aquí? ¿Por qué en un hotel? Tienes las casas de tus hermanos, ¿no? Nunca te gustó trabajar en los hoteles.

—Tienes razón, pero donde mis hermanos es imposible —explicó—, demasiadas distracciones, demasiados niños. Yo tampoco lo entiendo, pero esta mañana cuando llegué aquí después de verte, me senté ante el ordenador y prácticamente no me he movido de ese sillón en horas. Por fin la historia ha empezado a fluir, y no quiero dejarlo ahí.

—¿Por fin?

—Sí —contestó con un ligero tono defensivo—, llevaba unos días sin escribir.

—¿Unos días? —preguntó suspicaz—. ¿Cuántos días?

—Semanas.

Semanas. ¿Desde que él se había marchado?

Una tonta y agradable sensación de alegría le recorrió por entero. Por suerte en ese momento Julen apartó la vista en un gesto algo avergonzado, de otro modo hubiera sido capaz de ver la sonrisa que escapó de sus labios sin poder evitarlo. ¿Sería posible que Julen le hubiera echado de menos?

—Entonces ¿no te está yendo bien con la nueva editora? —tanteó algo intrigado—. Carmen Bruno es una de las mejores.

—Lo sé —le reprochó—, no hace falta que todo el mundo me diga lo mismo.

Sergio solo arqueó una ceja antes de seguir indagando.

—Desde que empecé a trabajar contigo no recuerdo que hubieras pasado tanto tiempo no planificado sin escribir —planteó—. Si Bruno no es el problema deberías tomarte unos minutos para averiguar lo que es e intentar solucionarlo.

—¿En serio? —gruñó con incredulidad Julen, fulminándole con la mirada, mientras agarraba un folio en blanco de encima de la mesa para hacer con él una bola y arrojársela con saña a la cara.

—¡Ey! —se quejó Sergio cuando el proyectil impactó en su rostro.

—¡No puedo creer que me digas que me tome unos minutos! —le reprochó molesto Julen—. ¿En serio no sabes cuál es mi problema? —gruñó—. Aun arriesgándome a inflar tu ego te diré que el hecho de que marcharas como lo hiciste me trastocó, me desconcentró por completo. ¡No me preguntes por qué!

—Lo siento —susurró Sergio algo perplejo—. Nunca fue esa mi intención. Lo cierto que es imaginé que el cambio solo sería positivo para ti. Te dejé en las mejores manos sabiendo que era una buena decisión.

—¿Por qué iba a ser esa una buena decisión?

—Julen, es obvio que nunca nos hemos llevado bien, ¡desde el principio te reusaste a trabajar conmigo! —le miró haciendo un gesto obvio hacia él—. Sabía que tu trabajo podría verse afectado por el cambio durante unos cuantos días, a cualquiera le pasaría, pero después de eso el trabajo de apoyo y edición lo puedes hacer con Bruno, no habría diferencia en eso, y estaba seguro de que te adaptarías enseguida.

—Sí, bueno, parece que lo tenías todo pensado —Julen se cruzó de brazos frente a él en una postura defensiva—. Pero no es cuestión de que nos lleváramos bien o mal, o que me adaptara mejor o peor a mi nuevo editor. Tampoco pensé que el hecho de que te fueras me afectara así. ¡Créeme que el que está más jodido aquí soy yo! Mi padre y tú habéis hecho y deshecho a vuestro antojo desde el principio, decidiendo e imponiendo lo que os apetecía. Aunque sí, me dirás que la última palabra la tenía yo. Menos en tu marcha —le reprochó—. Ahí al parecer no tenía ni voz ni voto.

—¡Lo siento! ¿Vale? Mi padre se muere, ¿Qué querías que hiciera?

Un toque de desesperación tiñó sus palabras cuando su voz rompió entre ellos. No quería sentirse vulnerable ante Julen, no quería ser débil.

—Decírmelo —contestó Julen, con la voz clara y los hombros firmes—.  
Podrías habérmelo dicho.

*Te veo.*

Julen no tenía ni idea de quién era este Sergio que estaba parado frente a él. Desde luego no era el Sergio de siempre, pero era un Sergio que le tenía fascinado.

¿Dónde habían estado todos esos gestos y emociones que podía ver con claridad dibujarse en el rostro de su exeditor? Sergio siempre había sido estoico, frío, tranquilo, duro, controlado, sereno, afilado como un cuchillo... excitante. Pero ahora era más.

Esa mañana cuando lo encontró frente a la puerta de su casa se dio cuenta enseguida del cambio en él. Fue capaz de notar el brillo inusual en sus ojos cuando le vio, a pesar del aparente enfado, o a causa de ello. Pero ahí estaba. La forma en la que lo miraba, sus ojos barriéndolo de arriba abajo, sus labios queriendo romper en una sonrisa. ¿Cómo era capaz de captar todos esos sutiles cambios en Sergio? Era capaz de reconocerse a sí mismo que durante años su objetivo fue sacar de sus casillas a Sergio en cualquier situación que se le presentara, tirar de la alfombra bajo sus pies y observar lo que ocurría. Las cosas llegaron a un punto que ni siquiera lo hacía conscientemente, era algo automático, aprendido después de muchas repeticiones que se convirtió en costumbre entre ellos.

Tampoco era que Sergio no hubiera recibido con habilidad los golpes y devuelto algunos propios. A través de los años así fue como se construyó su relación, a base de competitividad, discusiones, enfrentamientos, desacuerdos y mucha dialéctica mordaz. Sin embargo también había habido admiración y, por qué no decirlo, envidia.

Nunca pudo negar el hecho de que Sergio destacó siempre entre los demás por méritos propios. Desde que jugaban juntos al rugby e intentaba por todos los medios superarle, hasta sus buenos resultados académicos en la universidad, cuando los profesores e incluso su propio padre le felicitaban y alababan sus progresos. Sergio era bueno relacionándose con la gente a su alrededor, fue capaz de destacar en una de las más prestigiosas editoriales gracias a su trabajo a su instinto y a su forma de ser. Sebastián no dudaba nunca de ponerlo como ejemplo ante los demás. Y con buenas razones.

Cuando su padre le impuso el trabajar con él como condición para

firmar su contrato su reacción visceral fue rechazarlo a causa de su antagonismo personal, nada tenía que ver con la profesionalidad de Sergio. Pero eso era algo que ni loco hubiera querido decir en voz alta. Hasta ahora. Quizás Sergio no era el único que había cambiado.

Sugerirle que quizás habría sido mejor contarle desde un principio lo de su padre parecía no haber sentado muy bien a Sergio. Durante unos segundos permaneció en silencio frente a él, con los brazos cruzados sobre su pecho, los dientes apretados y la mirada baja.

—Mira, cuando hablamos en tu casa hace semanas me dejaste muy claro que era algo personal, que no era asunto mío —intentó explicarse—, intenté asumirlo pero al parecer no pude. Estaba resentido porque no comprendía la situación y nadie quería decirme nada. ¡Ni siquiera imaginé que esto pudiera bloquearme!

—Nunca quise que esto resultara así —contestó Sergio mirándole por fin—. Te dejé en buenas manos, y supuse que feliz.

«No estaba feliz» Julen mordió las palabras para evitar que escaparan por instinto. Ni siquiera podía entender por qué revolotearon en su mente.

—Nadie ha dicho que no estuviera feliz —dijo en cambio, matizando su golpe con una sonrisa—. Creo que la incertidumbre me dejó descolocado. Sin darme cuenta la daba vueltas a todo y eso me impidió avanzar.

—Entiendo que estuvieras molesto por los cambios, pero no pude hacer otra cosa.

—Ahora lo sé. Y por eso te dije que hubiera sido mejor que me contaras todo desde el principio. Nunca habría contado nada de lo que me confiaras.

Sergio le miró evaluándolo con la mirada, y no supo decir si estaba de acuerdo con él o no.

—Soy muy reservado —afirmó—. Hay cosas que me cuesta mucho compartir.

Julen asintió con la cabeza, devolviéndole la mirada en silencio, impresionado sin querer por las últimas palabras del editor. Su tono de voz le llegó como si su admisión fuera una especie de confesión íntima que compartía con él intencionadamente y con nadie más.

Quería conocer más de ese Sergio y solo de pensar en ello le dio

vértigo ¿Qué estaba pasando?

—Cuando Oscar me dijo lo que ocurría con tu padre todo encajó de repente para mí. Lo entendí, fue como si hasta ese momento hubiera tenido un gran peso sobre los hombros —explicó Julen—. Ni siquiera mi di cuenta hasta que esta mañana me senté frente al ordenador después de haber ido a tu casa. Lo siento, sé que suena feo.

—No, lo entiendo —asintió Sergio—. No era por ti, era por mí.

Cuando levantó la vista esperando encontrar un ceño fruncido y en cambio encontró una media sonrisa no pudo evitar devolverle el gesto a Sergio.

—En algún momento llegué a pensar que todo había sido premeditado —explicó—, que tu intención siempre fue dejar el proyecto en el peor momento posible.

—No me extraña —gruñó Sergio—, eres demasiado retorcido.

—¿Contigo? Creo que eso es poco.

Ambos sonrieron de nuevo.

—Creo que si volviera atrás, lo haría de otra manera —ofreció Sergio.

Julen asintió con la cabeza. Ahora entendía por qué todo había resultado así, y sabiendo del carácter reservado de Sergio lo aceptaba. Se apartó de la mesa y volvió a acomodarse en la butaca frente a su ordenador. Le hizo un gesto con la mano a Sergio para que le imitara y ocupara la otra butaca junto a la mesa. La caja de bombones a medio abrir llamó su atención, pero se quedó pensando unos segundos en el hecho de que Sergio hubiera parado en una confitería a comprarlos para él. Era... interesante. Y algo tierno.

—Dime entonces... ¿cómo está tu padre? —dudó un momento al preguntar—. Oscar no me dijo nada, aunque creo que tampoco sabe demasiado.

Sergio se rebulló algo incómodo en el asiento que acababa de ocupar, le vio titubear mientras fruncía el ceño antes de decidirse a contestar.

—Mi hermana Berta y yo nos estamos ocupando de él en casa —comenzó con voz rígida—. Su cáncer ha hecho metástasis y llegó hasta su cerebro —continuó visiblemente tenso—. Los médicos nos hablaron de unas

pocas semanas hasta que colapse. Ahora contamos los días.

Julen quedó absorto escuchando el dolor que teñía las palabras de Sergio. Entonces recordó que ambos habían perdido ya a sus respectivas madres y que el fallecimiento de un padre no sería algo nuevo para él. Aunque estaba seguro que el dolor lo sentiría como nunca antes. Sabía que Sergio no mantenía una relación cercana con su padre, pero por cómo estaba llevando el asunto las cosas no eran, seguramente, como parecían.

—Lo siento mucho Sergio.

Siempre se sentía incómodo en situaciones así, le resultaba difícil saber cómo actuar y qué decir, pero al ver el brillo en los ojos de Sergio al escuchar sus simples palabras supo que tampoco hacía falta más.

—Está bien, no te preocupes —carraspeó con fuerza, como si intentara deshacerse de un nudo en la garganta—. Lo que quiero saber es lo que has estado haciendo las últimas semanas, o más bien lo que no has hecho —pidió incorporándose a medias en el asiento—. Ya que estoy aquí tendré que vigilarte un poco.

Julen se le quedó mirando de hito en hito totalmente sorprendido, hasta que reaccionó al procesar sus palabras.

—¿Quién te ha dicho que necesito tu ayuda? —le vaciló—. Por si no lo sabes ya tengo editor.

—¡Y muy buena, según me han dicho! —Sergio se encogió de hombros y señaló con un gesto los papeles sobre la mesa—. Por eso me ofrezco de editor suplente.

—¿Qué te pasa? ¿Lo echas de menos? —Quiso bromear Julen.

Tras un par de segundos de pausa.

—Mucho.

Esa única palabra le habló a Julen de lo mucho que había sacrificado Sergio para hacer lo que debía. Y todo lo que quedaba aún por hacer.

—Pues ahí tienes —dijo deslizando hacia él por encima de la mesa un par de folios escritos a mano—, mi nueva línea de tiempo. He hecho algunos cambios desde la última vez que lo viste.

—¿Qué es lo que has hecho? —Sergio se centró de inmediato en lo que

tenía entre manos.

—Esto creo que funcionará mejor.

Julen pasó los siguientes minutos perfilando a grandes rasgos los cambios que decidió llevar a cabo. Los dos entraron de lleno en modo trabajo acostumbrados como estaban a hacerlo juntos, a pesar de sus diferencias y encontronazos nunca dejaban un cabo suelto cuando se trataba del manuscrito y la realización de la historia. Julen jamás preguntó a Sergio si con sus otros escritores trabajaba de la misma forma, lo cierto es que nunca le interesó. Solo sabía que a él le funcionaba y que a pesar de todo, en lo referente al trabajo que realizaban juntos, encajaban. Cosa que no había logrado con su nueva editora. Aunque quizás de eso tuviera él la culpa, ni siquiera intentó darle una oportunidad.

Casi una hora y media después Julen estaba centrado aporreando el teclado de su ordenador mientras Sergio investigaba en línea sobre una enfermedad congénita para la trama del libro. No era habitual que ambos permanecieran trabajando juntos en la misma habitación si no era necesario. En el pasado Julen marcó las distancias lo más que pudo y Sergio lo favoreció haciendo hincapié en ello a cada oportunidad que tenía. Los cuchillos volaban entre ellos a la menor oportunidad y solo eran capaces de guardar el tipo cuando estaban en público y a veces a duras penas.

El nuevo estatus entre ellos había surgido de modo natural y sin apenas darse cuenta. Julen se preguntó si sería posible mantenerlo así, o se iría por el desagüe a la menor oportunidad.

Levantó la vista un segundo por encima de la pantalla del ordenador y se tropezó con la mirada plateada de Sergio bailando sobre él.

Repentinamente sintió un calor delator subir por su cuello y temió haberse puesto colorado. Con gran esfuerzo agachó la mirada y continuó aporreando el teclado sabiendo que Sergio continuaba observándole. Se lamió los labios, gruñó por la bajo y se acomodó como pudo al sentir crecer su erección. Los ojos de Sergio eran su perdición.

—Si sigues mirándome así voy a tener que cobrarte entrada —amenazó sin parar de teclear.

—Adelante.

—¿Qué es lo que tanto te interesa? —preguntó medio en broma medio

en serio.

—Tú.

Julen dejó de escribir y levantó de nuevo la vista de su ordenador.

—¿Qué?

—Frunces el ceño y murmuras a veces cuando estás escribiendo los diálogos —le explicó—. Es muy entretenido.

Desconcertado Julen dudó un momento qué decir.

—Me alegro que te esté gustando el espectáculo —respondió irónico—. ¿Has encontrado lo que te pedí?

Sergio sonrió de medio lado, como si supiera de la incomodidad que había logrado generar en él. Los golpes a traición de Sergio solían ser los más certeros, aunque normalmente esperaba que dolieran, no que le excitasen.

Aceptó la hoja escrita a mano que le pasó Sergio y comenzó a leer sin prestarle más atención. Al remover los folios sobre la mesa para buscar un bolígrafo descubrió la caja olvidada de bombones a medio abrir, ¡Bingo! La boca se le hizo agua en un instante. Terminó de quitar el envoltorio y al abrir la caja el aroma característico del chocolate inundó sus sentidos ¿Qué tenía este dulce que le hacía feliz? Con ojo buscó entre las formas y tonos el bombón que sabía sería más amargo. Le gustaba empezar con el chocolate negro y terminar con un sabor más dulce en su paladar.

Escogió el bombón deseado y lo metió en su boca sin morderlo, directamente para que se derritiera sobre su lengua. Sabía que la artesanía y la calidad del cacao utilizado harían bailar sus papilas de placer. Mientras el chocolate hacía su magia cogió la información que Sergio buscó para él y la analizó con cuidado. ¡Eso era lo que andaba buscando! ¿Dónde lo habría encontrado él?

—Oye, eres un hacha —le felicitó levantando la vista hacia él—. Yo fui incapaz de encontrar esta información contrastada ¿cómo lo has hecho?

Pero al ver la expresión de Sergio cualquier asunto sobre la búsqueda de información desapareció de su cabeza.

El editor continuaba mirándole en la distancia, pero sus ojos estaban cargados de calor y de deseo. Sus labios enrojecidos como si los hubiera

estado mordiendo, permanecían entreabiertos dejando escapar la respiración controlada y trabajosa de Sergio, como si le estuviera costando ocultar su excitación. La postura engañosamente relaja en la que permanecía, con las piernas un poco abiertas y los brazos apoyados en el reposabrazos de la butaca le daba un aire relajado de alerta muy contradictorio. Julen tuvo que tragar saliva para evitar gemir al contemplarle.

¿Qué era lo que quería Sergio? ¿Y él?

Sergio permaneció en silencio ignorando deliberadamente su pregunta anterior. Estaba seguro de que tan solo habían transcurrido unos segundos desde que habló, pero en el silencio que se creó entre ellos el tiempo parecía pasar demasiado lento.

—No ha sido demasiado difícil encontrar esa información —contestó por fin Sergio—. Descarté las primeras búsquedas y fui directamente a la fuente.

—De acuerdo, entonces gracias —contestó encogiéndose de hombros—. ¿Puedes enviarme el enlace para poder guardarlo? —preguntó mientras escogía otro chocolate—. Quiero tenerlo para futuras consultas.

—Hecho —contestó Sergio sin apartar su mirada de él.

Al verle con esa actitud vigilante Julen empujó la caja de bombones deslizándola hacia Sergio a través de la mesa y arqueando una ceja le ofreció.

—¿Quieres chocolate? —la pregunta medio burlona le hizo sonreír antes de meterse en la boca el bombón que había escogido para él. Pero el dulce apenas traspasó sus labios. Como un resorte Sergio se incorporó de su asiento y con un movimiento ágil y totalmente erótico robó el chocolate de su boca, rozando la piel sensible con su lengua, dejando un rastro de calor en sus labios y quitándole el aliento.

Le vio sentarse de nuevo en su asiento, sin apartar los ojos de él mientras masticaba su botín, degustando el sabor cremoso y afrutado del dulce que tenía que haber sido suyo.

Deliberadamente, se lamió los labios buscando el sabor, no del chocolate robado, sino de los carnosos labios de Sergio. Y lo encontró. Así que no pudo evitar cerrar los ojos y gemir de placer. Sentía el corazón latir en su garganta, bombeando a todas las partes buenas de su cuerpo, haciendo que su piel cosquilleara como hacía tiempo no ocurría. Y todo por ese hombre que

permanecía en silencio frente a él. Tan solo mirándole. ¿Cómo era posible?

—Ese bombón era mío —acusó con un falso reproche.

—Era el que quería, ahora es mío.

—Deberías disculparte, era el último de ese sabor —continuó con el juego verbal.

Una sonrisa pícaro y atrevida desolló en los labios de Sergio dejándole fascinado.

—No lo sabía —dijo con cara de inocencia—, pero puedes venir aquí y lo comparto contigo.

Mentiroso, el bombón hacía tiempo que había desaparecido, pero no pensaba dejar pasar la invitación. Con agilidad se levantó de la butaca y fue directo hacia él, inclinándose se apoyó en los reposabrazos del asiento de Sergio y quedó suspendido a la distancia de un suspiro de su boca.

—Entonces ¿dónde está mi chocolate? —La mirada celeste de Sergio calentándole por dentro.

—Aquí —ofreció Sergio, incorporándose lo suficiente como para cerrar la distancia entre ellos.

Ambos aguantaron la respiración al primer toque.

Con el segundo contacto Julen cambió de ángulo y Sergio abrió la boca. El paraíso.

La dulzura y el calor inundaron sus papilas gustativas cuando introdujo la lengua buscando el sabor de Sergio mezclado con el chocolate. Sintió sus manos buscar su cintura, introduciéndose bajo la tela de la camiseta para acariciar la piel de sus costados, las palmas dejando un rastro ardiente allí donde rozaban. Un tirón insistente le indicó lo que debía hacer así que no dudó en obedecer, moviéndose con cuidado para no romper el beso se deslizó buscando un hueco y se sentó a horcajadas sobre el regazo de Sergio. El contacto fue electrizante, el aliento de ambos tembló sobre sus bocas. Acomodándose levantó las manos y enredó los dedos entre el cabello de Sergio, tirando de él para llamar su atención.

—Me encanta tu sabor —susurró con los labios húmedos rozando la boca de Sergio.

—¿A chocolate?

—No, a Sergio.

La sonrisa del editor llegó hasta sus ojos deslumbrando completamente a Julen. ¿Por qué era tan condenadamente atractivo?

—Huumm, ¿te gusto más que el chocolate?

—Calla.

Aún sonriendo volvieron a besarse, despacio, con calma, saboreándose. Respiraban acompasados mientras sus bocas demostraban todo lo que tenían que demostrar. La lengua de Julen acarició la piel sensibilizada de los labios jugosos, ahondando en la cavidad para degustar con placer la suavidad que encontró allí. Sergio rodeó su cintura con sus brazos acercándole lo más posible a él, haciendo que su pelvis rozara con su vientre. Sintió las manos del editor explorando su cuerpo, acariciando y apretando mientras le guiaba en un vaivén de placer cuando sus miembros se rozaban a través de la tela que los separaba. Las grandes manos de Sergio abarcaron sus nalgas apretando su carne mientras ambos se devoraban mutuamente. Su respiración se rompió en jadeos cuando la excitación aumentó haciéndoles vibrar. Apartándose un segundo del devastador beso Julen tomó aire mientras reposaba la frente sobre la de Sergio, incapaz de apartarse un milímetro más.

—Espera un momento —jadeó mientras acariciaba con el pulgar la comisura de la boca de Sergio—. ¿Hasta dónde podemos llegar?

—¡Joder! —gruñó Sergio, mordiendo la palabra mientras apretaba contra sí el cuerpo de Julen—. No puedo quedarme, tengo que volver a casa.

—¡Mierda!

—Lo siento, no quería...

—Si es así entonces no perdamos más el tiempo —Julen se apartó lo mínimo posible para poder arrancarse la camiseta de un tirón echándola a un lado—, de momento mi mano tendrá que servir.

Vio como Sergio sonreía de nuevo imitándole para deshacerse de su propia camiseta.

—Me gusta cómo piensas —Sergio besó su boca y su barbilla.

—Lo sé —contestó ladeando la cabeza—, anda, ayúdame.

Trató de alcanzar la pretina del vaquero de Sergio pero él le apartó las manos sujetándolas para entrelazar los dedos juntos.

—Espera, no tengas tanta prisa —susurró justo antes de inclinarse para lamerle el hueco entre el cuello y el hombro—. Me encanta como hueles.

Julen arqueó la espalda permitiendo que Sergio explorara a placer. Entonces mordisqueó y lamió sus clavículas mientras retenía sus manos hacia atrás para impedir que se moviera. Las sensaciones que estaba construyendo en su interior amenazaban con estallar, necesitaba moverse, hacer algo, para intentar controlar un poco la situación. Dejó que Sergio vagara por su cuerpo disfrutando del calor que hacía arder su piel. Su boca húmeda dibujó un camino de placer hasta su pecho y le escuchó ronronear cuando frotó descuidadamente uno de sus pezones con los labios. Suavemente, como si le estuviera tomando el pelo, acarició sutilmente con su lengua rodeando su carne erecta, pasando de un lado a otro, soplando su aliento sobre la piel humedecida con cada caricia. Le estaba volviendo loco.

—Deja de jugar —gruñó, dándose cuenta que le faltaba el resuello.

—No puedo —susurró Sergio mirándole a los ojos a través de las pestañas—, es demasiado divertido.

Julen corcoveó sobre el regazo de Sergio al notar la punzada de un mordisco en su pecho.

—¡Joder! —jadeó sorprendido— Sigues cayéndome mal, Cano.

Harto de esperar se sacudió del agarre que Sergio mantenía sobre sus manos, liberado, ignoró la carcajada del editor y enredó los dedos entre el cabello de su nuca, atrayéndolo hacia él, indicándole lo que quería de verdad.

—Es demasiado fácil hacerte enfadar —se jactó Sergio antes de abrir la boca para lamer el pezón erecto que Julen le ofrecía, mamándolo con fuerza después, casi hasta el dolor. Como el otro quería.

—¡Calla! —Jadeó Julen, echando la cabeza hacia atrás mientras frotaba su pelvis contra la de Sergio, al sentir el agudo pinchazo de placer/dolor.

—¡Eso es! —gruñó entre dientes Sergio, sintiendo la fricción entre ambos.

—Si no me dejas apartar esto —dijo haciendo un gesto hacia su regazo—, voy a correrme en los pantalones.

Julen tiró del cabello entre sus dedos para llamar la atención de Sergio sobre su bragueta abultada.

—No podemos permitir eso.

Como si estuvieran sincronizados ambos se lanzaron a desabrochar los pantalones ajenos. Moviéndose con cuidado Julen se incorporó lo suficiente como para que Sergio apartara la tela dejando a la vista su polla erecta. La palma ancha y fuerte del editor lo abarcó por completo, dando un primer tirón que le llevó prácticamente al cielo. Perdido en su placer cerró los ojos y olvidó por completo cualquier cosa que no fuera sentir. Hasta que notó el cambio en la cadencia de las caricias de Sergio, y un gemido ronco que no era suyo.

Al abrir los ojos sintió que el aliento le faltaba. El aspecto desaliñado y totalmente decadente de Sergio era algo que deseó ver durante mucho tiempo. Con el pelo revuelto por sus propios dedos, el torso moreno desnudo, cubierto por un fino vello oscuro que bajaba en una línea deliciosa hasta su ingle, los párpados pesados por el placer que medio cubrían el brillo titilante de sus pupilas mientras fijaba la vista en él. Todo ello era un conjunto de hermosura masculina que le dejó con la boca seca, sin palabras y más duro que una piedra.

Gruñó al sentir un suave apretón en su polla que acabó con el pulgar de Sergio frotando su glande. Arqueó las caderas y siguió la cadencia de la caricia haciendo sonreír al editor. Estaba totalmente perdido en sus manos, pero no quería ser el único.

Inclinándose sobre sus manos apoyadas en los reposabrazos de la butaca alcanzó la boca entreabierta de Sergio y le besó. Su lengua se abrió paso entre sus labios para degustar el sabor especial del que ya era adicto. Se demoró un segundo mordisqueando la piel sensible de la comisura, complacido al escuchar el jadeo que escapó de entre sus labios. Alzó las manos buscando acariciar la piel de su torso, su pecho, los dedos jugando con los pezones duros como guijarros, arrancándole un gruñido cuando los pellizcó. Satisfecho siguió bajando por la dureza de su abdomen contraído y encontró lo que andaba buscando.

El olor intenso y picante de Sergio inundó sus fosas nasales cuando empuñó su miembro erecto. Subió y bajó el puño dejando la cabeza húmeda y rezumante al descubierto consiguiendo un bajo gruñido de placer del editor.

Fascinado observó cómo sus caricias conseguían que un hilo de premen se derramase sobre el abdomen y los costados de Sergio. Apretó los dientes cuando él mismo se sintió estremecer de placer.

—Estás a punto —susurró entre dientes, sin saber si se refería a él mismo o a Sergio.

—Y tú.

Ambos acompasaron sus movimientos, sacudiendo arriba y abajo sus miembros, Sergio se movió incorporándose a medias para poder alcanzar su boca y robarle un beso estremecedor. Sus respiraciones entremezcladas mientras intentaban cabalgar el placer que les sobrevenía. En un arrebató apartó la mano de Sergio de su miembro y lamió la palma de la suya, humedeciéndola con su saliva, utilizando también el premen que chorreaba de los dos para embadurnar la piel y volverla resbaladiza cuando empuñó ambas pollas, carne contra carne.

—Así mejor —gruñó, haciendo eco del gemido lastimero de Sergio.

Los movimientos se volvieron erráticos, las manos de Sergio pellizaron sus nalgas por encima del denim, empujándole hacia él, acercándole a su cuerpo. Los gruñidos y gemidos inundaron el ambiente avivando su excitación, poniéndolos en el borde. Doblándose por el primer espasmo de placer que recorrió su columna vertebral Julen gimió mientras se dejaba caer apoyando la frente sobre el hombro de Sergio, sintió los brazos firmes y fuertes del editor rodeando su espalda cuando los primeros chorros de semen pintaron su pecho. La mano de Sergio voló ayudándole a empuñar sus pollas, cuando su propio orgasmo sobrevino haciéndole estremecer. Gruñendo con los dientes apretados Sergio clavó sus ojos en él dejándole ver uno de sus momentos más vulnerables, al igual que él, ambos indefensos ante el placer.

Aún perdido en su mirada casi perdió el equilibrio cuando Sergio se incorporó, apartándole de él para dejarse caer de rodillas en el suelo. De pie, tan solo sostenido por la fuerza de los brazos del editor que rodeaban su cintura, vio como Sergio se inclinaba hacia él hasta introducir su miembro semierecto en la boca. De inmediato sujetó la cabeza del editor con sus manos, abrumado por el placer repentino de tener el calor de Sergio rodeándole. Arrodillado frente a él le observó mamar los restos de su semen, paladeando su sabor, lamiendo su carne hipersensibilizada. Julen se estremeció finalmente

cuando Sergio quedó satisfecho y besó la piel de su cadera, acariciando la zona con sus labios enrojecidos e hinchados sin apartar la mirada de la suya.

Derrotado Julen se dejó caer de rodillas y de inmediato buscó la boca codiciosa de Sergio. Se besaron con mesura, ambos buscando el resuello, recuperando el latido normal de sus corazones, entre pequeños estremecimientos que aún les sobrevenían. Acunado en los brazos de Sergio permanecieron donde estaban un par de minutos más, perdidos en su cercanía, adormecidos todavía por el placer.

—No siento las rodillas.

Las palabras susurradas de Sergio junto a su oído provocaron una explosiva carcajada.

—Dios mío, creo que estoy igual —Julen se apartó un poco para besar la mejilla y la mandíbula de Sergio antes de continuar—. ¡Ayúdame!

Incorporándose a media se estiró para alcanzar su camiseta, olvidada minutos antes junto a la butaca. Con buena intención frotó las manchas de semen sobre el abdomen de Sergio consiguiendo hacer más mal que bien.

—Creo que eso no está funcionando —opinó Sergio riéndose con disimulo.

—Eso parece —con gesto agotado dio la vuelta a la prenda y probó a frotar los restos de su propio cuerpo—. Utiliza mi baño, no puedes volver así a casa.

Levantó la vista y le guiñó un ojo cuando arrojó de nuevo la camiseta arruinada bajo la butaca.

—No me lo digas dos veces.

Sergio se incorporó con bastante agilidad y le tendió la mano para ayudarlo a hacer lo mismo, cosa que agradeció. Antes de que siquiera diera un paso le sujetó por la nuca y le besó de nuevo, un beso rápido y caliente. Después giró sobre su talones y caminó hacia la cama para dejarse caer cuan largo era sobre ella. De fondo escuchó la puerta del baño abrirse y de inmediato el agua correr. Cerró los ojos y simplemente se dejó ir a la deriva.

Sintió el colchón inclinarse hacia un costado cuando Sergio se sentó a su lado. Abrió los ojos y le vio ya adecentado, fresco como una lechuga. Seguro que ya no olía a semen, como él. Aunque tampoco es que le importara

demasiado.

—¿Me he quedado dormido? —gruñó con voz algo cargada de sueño.

—No creo que te haya dado tiempo a mucho de eso.

Como por casualidad Sergio levantó la mano y la posó en su espalda desnuda, su pulgar acarició la franja dibujada por su columna vertebral, el calor de su palma abrasando allí donde se posaba. Sintió cómo su piel se erizaba de placer de nuevo. Suspiró y cerró los ojos, intentando inútilmente ocultar su anhelo.

—Si sigues haciendo eso me vas a dejar con un gran problema —le advirtió aún con los ojos cerrados.

—Lo siento —se disculpó Sergio en un susurró—, no pude evitarlo.

Y como para confirmar sus palabras se inclinó hasta posar sus labios sobre la nuca expuesta de Julen.

Entonces la sensación cálida y estremecedora que recorrió su cuerpo fue diferente. De reojo buscó la mirada cristalina de Sergio cuando se incorporó. En silencio, durante un par de segundos, estudió sus facciones serias, la sonrisa relajada en sus labios, los ojos cargados aún de placer, la mirada que recorrió su propio rostro como si también anduviera buscando algo, sin saber qué. ¿Cariño? ¿Amor? ¿Podía ser eso posible? Su piel le dijo que sí. El latido fuerte y constante de su corazón lo afirmó. Pero su mente, mucho más precavida, cerró esa puerta con cuidado y sigilo sabiendo que aún no estaba preparado para lo que podía encontrar ahí.

—Sigues sin ser justo conmigo —dijo girando su cuerpo hacia él—, voy a tener que ocuparme de esto yo solo.

La erección de Julen era evidente, marcada a través de la tela de sus calzoncillos aún algo húmedos. Sergio sonrió inclinándose hacia él para robarle un nuevo beso que le dejó con ganas de más. Maldito.

—Me encantaría quedarme contigo más tiempo —reflexionó Sergio—, pero en casa me necesitan.

—Sí, lo sé. —En un gesto de consuelo extendió el brazo para acariciar su rodilla, dándole un apretón suave y reconfortante.

Sergio se le quedó mirando como si aguantara la respiración un par de

segundos. Luego habló.

—Parece que aquí has logrado retomar el hilo de tu escritura —dijo mirando a su alrededor—, pero conozco tu forma de trabajar y estoy seguro que no durará mucho —vaticinó—. Si quieres te ofrezco mi casa para el resto del tiempo que estés aquí. Es tranquila, allí nadie te molestará.

Estático, Julen se quedó mirándole como si no supiera muy bien cómo tomarse su ofrecimiento. Al sentir la mano de Sergio sobre su cadera reaccionó por fin incorporándose para sentarse en la cama donde había estado tumbado.

—No sé si eso va a ser una buena idea —carraspeó consciente de la forma en que Sergio le miraba—. No vine aquí para molestarte ni entorpecer tu difícil día a día. Necesitaba saber cosas, ahora ya las sé. No creo que me quede mucho más tiempo.

—De acuerdo, es tu decisión. Pero si te ofrezco mi casa es porque quiero, porque lo deseo y porque no es ninguna molestia —explicó mirándole a los ojos—. Un tiempo después de que mi madre falleciera convertimos su estudio en mi nuevo dormitorio. Es un anexo amplio junto a la casa principal, allí hay silencio y tranquilidad. Podrías pasar horas escribiendo sin ser consciente de nada de lo que ocurre a tu alrededor. Créeme, lo he comprobado.

Julen sonrió sintiéndose conmovido por el ofrecimiento. Era como si Sergio necesitara algo de él y le estuviera ofreciendo su propio refugio personal. Sintió un extraño vértigo al pensar en ello. Quería conocer más de Sergio pero en ese momento le pareció que todo estaba ocurriendo demasiado deprisa. Todavía tenía que procesar lo que había pasado entre ellos en las últimas horas. Necesitaba pensar.

—Suena muy bien, pero no creo que sea buena idea en estos momentos —se excusó—. Quiero aprovechar el tirón de inspiración aquí, y luego probablemente vuelva a casa.

—De acuerdo, como tú veas —asintió Sergio algo decepcionado—. El ofrecimiento seguirá en pie por si cambias de opinión.

Incorporándose Sergio caminó hacia la mesa donde estuvieron trabajando horas atrás y recogió su cazadora. Mientras le observa ponerse la prenda Julen sintió un repentino ramalazo de arrepentimiento. ¡Quería pasar

mucho más tiempo con él! Sin embargo permaneció en silencio sentado sobre la cama mirándole caminar de nuevo hacia él.

—¿Se te olvidó algo? —preguntó sonriendo, estrechando los ojos al verlo inclinarse sobre él.

—Sí, mi beso de despedida.

Su beso fue de labios pellizcados y dientes entrechocados, la sonrisa de ambos impidiendo que hicieran algo mejor, pero ¿quién quería que lo fuera?

—No está mal —dijo Julen dando un último mordisco a los labios de Sergio—, cada vez nos sale mejor esto de los besos de despedida.

—Todo está en la práctica —Sergio se incorporó alejándose de él. Sonriendo caminó de espaldas hacia la puerta mientras hablaba—. Espero poder pasarme mañana un rato para ver qué tal vas. Si finalmente no puedo escaparme te aviso.

—Está bien, no te preocupes —le quitó importancia—, voy a aprovechar todo el tiempo que pueda para escribir.

—De acuerdo —contestó Sergio desde la puerta, haciendo un gesto de despedida con la mano—. Descansa.

Julen le devolvió el gesto y le vio abrir y cerrar la puerta tras él al marcharse. Solo, se dejó caer sobre la cama, con los brazos y las piernas extendidas, su cuerpo relajado oliendo a sexo y a Sergio. Cerró los ojos cuando el sueño vino a él como una pesada losa, y se quedó profundamente dormido sin apenas darse cuenta.

Cuando despertó un par de horas después, se duchó y pidió algo de comer al servicio de habitaciones. Despejado y satisfecho se sentó de nuevo frente al ordenador para seguir escribiendo unas cuantas horas más. Rendido tras una larga noche de trabajo y con la cabeza bullendo de ideas y emociones se acostó esperando dormir unas buenas cuatro horas. Se imaginó que al día siguiente podría comentarle a Sergio sobre el avance en su trabajo cuando le viera. Lo que no sabía era que eso no iba a ocurrir y que no se verían hasta tres días más tarde.



## *Te conozco.*

Al ver la fachada del hotel donde se alojaba Julen, Sergio disminuyó la velocidad de la carrera hasta un trote suave. Esa mañana salió a correr como todos los días, su ruta era casi siempre la misma pero después de recibir el mensaje de Julen apenas una hora antes decidió cambiar de camino y correr hasta el hotel donde se hospedaba. Necesitaba hablar con él.

Como temió desde un principio le había sido imposible volver a encontrarse con Julen después de que se despidiera de él tres días atrás. Si no era por una cosa era por otra, las tareas en casa se acumularon impidiéndole tomarse un tiempo libre. La atención diaria a su padre que cada vez estaba más debilitado, el trabajo en la imprenta y los quehaceres del día a día para que Berta estuviera más desocupada para atender a su padre habían copado por completo su horario, tan solo le quedó conformarse con hablar unos minutos por teléfono con Julen cuando encontraba un hueco tranquilo por las noches.

Casi la totalidad de sus conversaciones fueron por temas laborales, parecía como si ninguno de los dos quisiera o pudiera hablar sobre lo que había ocurrido entre ellos y cómo su relación había dado un giro de ciento ochenta grados sin apenas ser conscientes de ello. Por eso el mensaje de esa mañana que Julen le dejó en el móvil hizo que sus pies volaran para poder encontrarle en el hotel antes de que fuese tarde.

Con prisa atravesó la recepción y subió al ascensor hasta la planta de Julen. Al tocar a su puerta se dio cuenta que quizá era demasiado temprano para el escritor. Sabía que acostumbraba trabajar hasta altas horas de la noche si la inspiración le favorecía, aunque luego solo fuese capaz de dormir la mitad del tiempo que debería. Julen le había enviado el mensaje en las primeras horas de la mañana por lo que lo más seguro es que aún estuviera durmiendo. Casi arrepentido de su impulsividad estuvo a punto de volver sobre sus pasos y llamarle por teléfono más tarde en la mañana pero el chasquido de la puerta abriéndose le puso en alerta. Un Julen totalmente soñoliento apareció en el vano de la puerta mirándole con los ojos entrecerrados y gesto de mal humor. Tuvo que aguantar las ganas de sonreír al verle fulminándole con la mirada.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —gruñó medio apoyado en la puerta.

—Tu mensaje de esta mañana —contestó como si fuera algo obvio—. Aparta anda, déjame pasar.

—¡Joder! estoy demasiado dormido para esto —bufó apartándose para dejarle pasar, mientras arrastraba los pies camino a la cama desecha al otro lado del cuarto—. ¿Qué hora es?

Julen se dejó caer boca abajo sobre el lecho mullido y abrazó la almohada extragrande haciendo un bulto para acomodarse como si tuviera toda la intención de ignorarlo y volverse a dormir.

—Son casi las ocho —contestó sonriendo al verle y lo siguió parándose junto a la cama.

—¡Tú me quieres matar! —se quejó de nuevo dramáticamente.

—¿A qué hora te acostaste anoche?

—Dirás esta mañana —gruñó removiéndose sobre las sábanas—. Creo que eran las cinco pasadas.

Más o menos la hora en la que le envió el mensaje.

—¿Entonces? Cuéntame —pidió cruzándose de brazos—. ¿Cómo es que quieres regresar a Madrid hoy? ¿Ha pasado algo?

Julen abrió los ojos de repente y se le quedó mirando con los párpados semicerrados y el cabello revuelto sobre su frente. Le sorprendió cuando en silencio extendió un brazo hacia él ofreciéndole la mano para que se acercara. Sin titubear agarró la mano ofrecida y se inclinó arrodillándose en el suelo junto a la cama. Se dejó llevar por el tirón repentino de Julen que le hizo perder el equilibrio obligándole a quedar medio tendido sobre el lecho. Entendiendo por fin la petición silenciosa se acomodó para hociquear el hueco entre el cuello y el hombro de Julen mientras sentía como los fuertes brazos del escritor rodeaban su espalda, sus dedos acariciando su nuca, enredándose en su cabello aún húmedo del sudor de la carrera. Como si fuera un niño pidiendo mimos Sergio escuchó el suave ronroneo que vibró bajo sus labios cuando acarició con su boca la piel sensible del cuello.

—Huumm... ¿Por qué estás empapado de sudor? —La curiosidad genuina de Julen le hizo sonreír, intentó apartarse pero el escritor se lo impidió tirando de nuevo de él—. No he dicho que te apartes, no me molesta.

—Lo siento, he venido corriendo —perdiendo la batalla se quedó donde

Julen le quería.

—¿Has venido corriendo? —sorprendido Julen le apartó un palmo para poder mirarle de frente.

—Sí.

—¿Por qué? —preguntó como si fuese la cosa más inverosímil del mundo.

—Casi todas las mañana corro —explicó—, solo cambié de ruta.

—Vale —contestó mirándole con el ceño fruncido—, de acuerdo.

Mirándose a los ojos permanecieron en silencio durante unos segundos. Julen dormía con las cortinas abiertas por lo que la luz entraba sin impedimento en el cuarto. Los ojos de Julen, marrones, intensos, brillaban en ese momento con una calidez que nunca había visto antes.

—Tus ojos son profundos y cálidos como el chocolate.

Se hizo el silencio. Hasta que Julen habló.

—Entonces..., tus horas líricas son temprano por la mañana ¿no? —preguntó aguantando una sonrisa traviesa mientras sus ojos chispeaban de emoción—. Lo digo por tener una libreta a mano y poder apuntar esas perlas.

Sergio sintió un tibio calor revelador en la parte de atrás del cuello, no solía sonrojarse pero Julen tenía habilidades que le afectaban como nadie más era capaz de hacerlo.

Inevitablemente le devolvió la sonrisa al ver la diversión dibujada en su rostro, no era esa la reacción que había buscado provocar, pero también le servía.

—Puede que no sea un gran escritor de éxito como tú, pero si me empeño puedo ser muy bueno en lo que hago.

—No lo dudo —contestó Julen antes de tirar de él para arrebatarse su boca con un beso dulce y tranquilo que les hizo suspirar.

Durante unos minutos disfrutó probando maneras de espabilar a Julen. Era todo demasiado placentero por lo que le costó Dios y ayuda separarse de él para insistir en su pregunta.

—Entonces, ¿ya estás más despierto? —preguntó apartando el pelo de

su frente con la palma.

—Ajá —asintió sonriendo—, en varios sentidos.

Sabía a lo que se refería porque él también estaba despertando, pero el tiempo no estaba jugando a su favor, tenía que volver a casa.

—Te creo —reconoció, inclinándose después para besar de nuevo sus labios—. Pero explícame lo de tu mensaje, ¿quieres irte ya?

Bufando Julen se apartó de él retorciéndose sobre la cama para acomodarse sobre las almohadas. Le miró con el ceño fruncido como si no supiera por dónde empezar.

—Tenías razón —admitió—, odio escribir en los hoteles. Arranqué muy bien al principio, hacía demasiado tiempo que no escribía y lo echaba de menos. Después de saber lo que ocurría contigo me quedé más tranquilo ¿sabes? —explicó—. Fue como si se me cayera una venda de los ojos. He avanzado bastante y no creo que vuelva a tener más problemas para continuar. Pero después del segundo día ya me subía por las paredes.

Sergio sonrió al escucharle, comprobando que lo conocía demasiado bien.

—Me imagino. Siento no haber podido venir para hacerte un poco de compañía —se disculpó—, en estos momentos hacer planes no sirve de mucho en casa. La imprenta está dando más problemas de lo que esperaba, lo cierto es que está siendo una locura. Gracias que entre mi hermana y yo estamos sacando todo adelante.

—No tienes que disculparte, ¿crees que no lo entiendo? —le regañó—. No estoy aquí para que me entretengas.

—Lo sé —contestó asintiendo.

—¿Y tu padre? —preguntó con tacto—, ¿cómo está?

—Lo va sobrellevando, está más tranquilo. —No le dijo que la razón principal era que ya no le veía—. A veces me sorprende al pensar en la fortaleza de ese hombre. Los médicos no le dieron tanto tiempo, ¿sabes? Pero ahí está, aguantando.

Julen extendió la mano para acariciar su hombro a modo de consuelo.

—Entonces será cuando él quiera que sea.

La confianza en sus palabras, de algún modo, le dio una especie de tranquilidad que no sabía que necesitara.

—Mira, sé que el momento no es el ideal, pero no quiero que te vayas así, sin más —le explicó buscando su mirada—. Me gustaría poder tener un tiempo contigo ahora, para hablar de esto, de por qué está pasando esto. Hoy no es mejor día que ayer, por eso te vuelvo a ofrecer mi casa. Puedes escribir o descansar, lo que quieras ¿está bien? —pidió—. Pasa la noche conmigo y vuelve a casa mañana.

Julen se le quedó mirando en silencio con gesto serio, incorporándose se inclinó hasta casi pegar su rostro al suyo.

—Si me quedo en tu casa, no será porque quiera escribir o descansar.

De acuerdo —sonrió atrayéndole hacia él para darle un beso—. ¿Entonces vienes?

—Voy —contestó—. Porque estos días no he estado solo escribiendo y subiéndome por las paredes. También hablé con mis hermanos, con casi todos —puntualizó alzando las cejas—. Estaban preocupados, ya sabes. Y tampoco faltó mi padre.

—¿Hablaste con él?

—Por encima —contestó vagamente—. Primero necesitaba pensar un poco las cosas. Hablé con Bea y con Fer y creo que me ayudaron a tomar algunas decisiones.

—¿Sobre?

—Sobre mi trabajo en la editorial —aclaró—. Pero también pensé en ti. En esto —dijo señalando a ambos.

—Yo también he pensado en esto —contestó sonriendo de lado.

—Es muy raro pasar tanto tiempo contigo sin discutir —dijo Julen alzando una mano para alcanzar un mechón de su pelo y tirar de él.

—Cierto —contestó escabulléndose del tirón—. Pero no te preocupes, seguro que lo volveremos a hacer en algún momento.

—Huumm, no puedo esperar a hacerlo —bromeó acercándose para besar sus labios de nuevo—. Lo echo un poco de menos.

—¿Lo echas de menos? —preguntó mientras mordisqueaba su boca.

—Un poco sí.

—Eso tiene solución.

Sergio se abalanzó sobre él derribándolo sobre la cama y atrapó sus manos en lo alto de la cabeza inmovilizándolo mientras lo besaba con ganas, lamiendo sus labios, mordisqueando su barbilla rasposa y su cuello hasta hacerlo gemir, tal como quería. Julen se rio a carcajadas cuando encontró un punto sensible detrás de su oreja y le impidió moverse del sitio.

—Esto es injusto, ¿sabes? —protestó—. Asumo que tenemos que salir de aquí cuanto antes y no me lo estás poniendo nada fácil.

—Créeme, tampoco es fácil para mí.

—Entonces pon el freno y deja que vaya a ducharme —negoció incorporándose cuando le soltó—. A no ser que quieras hacerlo conmigo.

—Por mucho que desee hacerlo, si me meto contigo en esa ducha no creo que seamos capaces de salir hasta dentro de un buen rato.

—Entonces aparta —Julen lo empujó a un lado y salió de la cama luciendo una notable erección bajo la ropa interior—. No me puedo creer que consiguiera más de ti cuando estábamos todo el día peleando.

Las palabras de Julen que pretendieron ser jocosas avivaron los recuerdos en ambos, cuando Sergio se arrodilló ante él en el pasado para darle placer, en las cuatro ocasiones en las que Julen le desafió para averiguar hasta dónde era capaz de llegar bajo sus órdenes, sin inmutarse.

Julen no tuvo tiempo de alejarse de él. Al pasar a su lado sujetó su brazo por la muñeca y tiró con firmeza hasta que sus piernas chocaron con su torso. Aún arrodillado ante Julen rodeó su cintura con el brazo libre abrazándolo mientras sostenía su mirada sorprendida desde su altura. En esa postura su boca encontró el camino hacia el ombligo y acarició su piel con la lengua, siguiendo después un camino que humedeció hasta la goma de la ropa interior. La polla enhiesta de Julen cubierta por la tela humedecida rozó su garganta cuando se acercó lamiendo en busca de la punta. Solo el capullo emergió cuando, deliberadamente despacio, retiró la tela dejando al descubierto el dulce que deseaba. Julen se retorció en su abrazo luchando por tomar el control, pero le retuvo con facilidad hasta que consiguió cubrir el tierno capullo con sus labios. ¿La recompensa? Escuchar el grueso gemido de Julen reverberar en las paredes del cuarto y el tirón de pelo en su nuca cuando

mamó con ganas e introdujo la punta de la lengua en el pequeño orificio que encontró.

Despacio, apartó la boca y besó la cadera de Julen sin quitarle los ojos de encima, disfrutando al ver la dilatación de sus oscuras pupilas y el temblor de sus labios que querían pedir más.

—Eres tan injusto Cano —gruñó Julen mientras retrocedía apartándose de él—. Ahora tendrás que esperar. Esa ducha no va a durar cinco minutos, ¡lo juro!

—Ha sido un placer señor Arraiza —se burló sin contemplaciones—. Estaré esperándole aquí mismo.

—No me llames así —gruñó entrando en el baño—. No me gusta.

—Lo sé —susurró, lo bastante alto como para que Julen lo escuchara.

Cuando escuchó el sonido del agua caer miró su propio regazo y juró en voz baja. El precio que debía pagar por fastidiar un rato a Julen. Pero verle reaccionar como lo hizo mereció completamente la pena para él. Julen era tan volátil.

Minutos después no le quedó más remedio que felicitar mentalmente al escritor por su revancha. Desde el baño le llegaron con claridad absoluta los sonidos de Julen dándose placer en la ducha. Cada gruñido, cada gemido e incluso su nombre susurrado.

Esta vez no había sido el ganador.

Cuando Julen salió del baño lo encontró sentado en una de las butacas frente a la mesa de trabajo. Sin prestarle atención, como si no estuviera, caminó desnudo por el cuarto buscando ropa que ponerse. Se arregló, recogió todo en su pequeña maleta, pasó junto a él para hacer lo mismo con todo su material de trabajo y se dirigió a la puerta en silencio. Todo en menos de quince minutos. Sin contar la ducha.

Abrió la puerta y se giró hacia él parado bajo el dintel.

—¿Nos vamos? —preguntó sin acritud.

Levantándose con calma caminó hacia la puerta y antes de salir se paró junto a Julen. Mirándole a los ojos se inclinó hacia él buscando su boca para robarle un beso fugaz con el que consiguió arrancarle una sonrisa. Con ese

simple toque fue suficiente.

—Vamos —contestó agarrándole de la mano con naturalidad para arrastrarlo con él pasillo abajo.

Después de formalizar la salida buscaron un taxi para que les llevara a su casa. Durante todo el trayecto en coche ambos permanecieron en silencio, aunque no era un silencio incómodo o agresivo como en ocasiones anteriores. Sergio recordaba con claridad muchas de las horas que pasó acompañando a Julen sin que ninguno de los dos cruzara una palabra, y cuando lo hacían casi siempre era forzado por el trabajo o para discutir.

Pero ahora la atmósfera era diferente. Julen parecía distraído mientras hojeaba una libreta que había sacado del bolsillo de su cazadora. Se permitió observarle durante unos minutos algo asombrado al darse cuenta de que ya no tendría que disimular para poder hacerlo sin encontrarse de frente con algún reproche malintencionado de Julen. Otro signo más de que las cosas habían cambiado mucho entre ellos. Aún no estaba listo para dejar caer todas sus barreras, no sabía muy bien cómo era el nuevo terreno en el que pisaba, solo sabía que de momento le gustaba.

Al llegar a casa Sergio dudó entre llevarle directamente a su estudio o presentárselo antes a su hermana, sabía que su sobrino habría salido ya para ir a la escuela por lo que esa presentación quedaba descartada por el momento. Sin embargo al entrar por la puerta la decisión con respecto a Berta escapó completamente de sus manos.

—¡Ey! Estaba pensando ahora mismo en lo que estarías haciendo para tardar tanto en llegar, y ¡mira con lo que me encuentro! —Berta se acercó a ellos en medio del pasillo colgándose al hombro con descuido un trapo de cocina— ¿Qué es lo que me traes aquí? —preguntó con desparpajo haciendo un gesto hacia Julen.

—No es qué, es quién —la corrigió sin contemplaciones—. Berta te presento a Julen Arraiza, uno de los escritores con los que he estado trabajando los últimos años.

—¡Oh! Ese Julen —Berta le miró de reojo con poca disimulada suspicacia después de soltar su indiscreción.

—¡Berta! —le advirtió demasiado tarde.

—No te preocupes Julen —comenzó mientras apoyaba su mano sobre el

brazo del escritor con confianza—, nadie mejor que yo sabe lo que es pasarse horas discutiendo con él. ¡En serio! Desde chico siempre tuvo un carácter fuerte.

—¡Berta!

—¡Calla! —le regañó, ignorándole un segundo después para dirigirse a Julen— ¿Habéis desayunado?

—No pero...

—No quiero molestar —contestaron a la vez atropelladamente.

—No molestas —contestó con genuina amabilidad. Después se giró hacia su hermano—. Sergio, deberías ducharte.

—Lo sé a eso voy.

—Pues ve, yo me quedo con Julen mientras preparo el desayuno.

—¿Y papá? —preguntó cambiando el gesto— ¿Ya se despertó?

—Sí, hace un rato. Casi a la par que Iván —le puso al día—. Ya le he aseado, pero no quiso desayunar aún.

—¿Perdió el apetito de nuevo? —preguntó preocupado.

—No sé, ya veremos —le aplacó—, de momento vamos a esperar un poco, a ver si luego lo pide.

Conforme por las palabras de su hermana Sergio se escabulló a su habitación para ducharse mientras dejaba a Julen en sus manos. Diez minutos después los tres disfrutaron de un rápido desayuno mientras charlaban distendidamente en la cocina. Berta les dejó solos cuando fue a comprobar los ánimos de su padre. Si a Julen le pareció extraño que él no se acercara al cuarto para saludarle no dijo nada al respecto.

—Ven, acompáñame y te enseño el estudio —le ofreció a Julen después de recoger los trastos del desayuno.

—¡Vaya! Suenas muy profesional —bromeó siguiéndolo a través del pasillo hasta el patio.

Sergio sonrió asintiendo mientras le explicaba.

—Ya te lo comenté —le recordó—, mi habitación era el antiguo estudio de mi madre. Me mudé allí un tiempo después de que falleciera.

Al no obtener respuesta giró sobre sí mismo buscando a Julen. Estaba parado en medio del patio mirando asombrado a su alrededor, como si no quisiera perderse ningún detalle.

—Esto es precioso —comentó mirándole por fin—. ¡Y muy grande! Desde fuera no parece que lo sea.

La casa de sus padres era una de las más antiguas de la zona. Al estar situada en las afueras de la ciudad la amplitud y ubicación eran excepcionales.

—Sí, este patio era también territorio de mi madre, su pasatiempo —le explicó—. Ahora es Berta la que se ocupa de él, aunque creo que una vez al año contrata a alguien para que lo acondicione.

—No me extraña.

El hecho de que a Julen aparentemente le fascinara tanto el patio de su madre le hizo tan feliz que sintió cómo su corazón comenzó a bombear más rápido de lo habitual. Le observó en silencio durante un par de minutos mientras Julen caminaba entre los bancos de piedra y los setos recortados que formaban un íntimo rincón de lectura. Su rincón favorito. Después de tantos años de conocerse y la precaria relación que ambos mantuvieron en el pasado, verle en ese preciso lugar le dejó completamente fascinado, como si no estuviera viviendo la realidad.

Acercándose hasta él llamó su atención en silencio tomándole de la mano y buscó su mirada queriendo saber, aunque no estaba muy seguro del qué.

—¿Por qué has aceptado venir aquí conmigo? —preguntó a bocajarro.

—Porque tú me lo has pedido.

—¿Solo por eso?

—No realmente —contestó mirándole de frente—. También quiero saber qué es esto —dijo señalando entre ellos—. Quiero saber qué está ocurriendo entre nosotros.

—¿Por qué está ocurriendo? —añadió él mismo— ¿Por qué ahora?

—Sí.

Inclinándose sobre Julen se paró a centímetros de su boca, como si pidiera permiso, y al ver el brillo cómplice en sus ojos cerró la distancia entre

ellos y besó sus labios, con dulzura, con tempo lento, con calor, con ternura. Como no lo había hecho nunca.

—No sé todas las respuestas a esas preguntas, por lo menos aún no —dijo mientras acariciaba la mejilla sin afeitarse de Julen—. Pero estoy seguro que podremos encontrarlas juntos.

—¿Tú crees? —preguntó Julen jocoso.

—Seguro —contestó dándole un tirón a su mano para que le siguiera hacia el estudio.

—¿Sabes? Creo que el hecho de que ya no trabajemos juntos puede haber sido un punto clave en nuestra relación.

—¿Tú crees? —le imitó—. A mí me gustaba mucho trabajar contigo.

—Ese no ha sido el mayor problema Sergio —apuntó Julen—. Las peleas continuas lo eran.

—Bueno, también me gusta pelear contigo —bromeó.

—No lo dudo —gruñó Julen.

—Es demasiado fácil hacerte enfadar —comentó mientras disimulaba una sonrisa—, siempre fue así.

Sintió un tirón en el brazo cuando Julen le apretó para llamar su atención, al mirarle se dio cuenta de que la conversación era más importante de lo que parecía.

—Cuando pienso en ti en el pasado me vienen a la mente pensamientos de enfado, enfrentamientos, discusiones, competitividad, envidia, desacuerdo, desilusión —explicó con el ceño fruncido y gesto serio—. Y no hablo solo de los tres últimos años. Tengo la sensación de haber estado compitiendo contigo perpetuamente, y la gran mayoría de las veces he salido perdiendo.

—Siento eso Julen —contestó en un susurró, algo perturbado por escuchar su inesperada confesión—. Sé que ha sido duro trabajar juntos estos últimos años, y que ni siquiera cuando jugábamos al rugby éramos capaces de llevarnos bien. Pero yo no tengo solo recuerdos malos de nosotros en el pasado. Fue un honor que accedieras a trabajar conmigo en la editorial Julen. Y supongo que como jugadores no siempre fue un camino de rosas y que la competencia entre nosotros no favoreció demasiado la amistad —dijo

encogiéndose de hombros—. Pero si te sirve de algo te diré que siempre fuiste mi referente, el hombre a batir, la meta a la que quería llegar. ¿Entiendes?

Julen se le quedó mirando con la boca un poco abierta y los ojos brillantes por la emoción o la incertidumbre, no sabía muy bien.

—Ahora lo que yo he dicho ha sonado demasiado horrible en comparación a lo tuyo —apenado susurró—. ¿Por qué me ganas incluso en eso?

Sonriendo Sergio se acercó de nuevo a él y le besó como al descuido, intentando consolarle.

—¿Por qué te lo tomas todo como una competición? —preguntó cuando se apartó— Aunque es una pregunta tonta, es obvio que está en tu naturaleza.

—Sí, vamos a echarle la culpa a mi naturaleza —dijo sonriendo hacia él—. Pero escucha, no quiero que pienses que para mí todo ha sido malo —le miró y luego apoyó la frente sobre su hombro para confesarse—. Cuando te fuiste de la editorial sin querer darme una explicación sentí que verdaderamente me estabas abandonando. Sin saber nada sobre tus razones imaginé que habías llegado a tu límite y que preferías dejar de trabajar conmigo.

—Sí, tiendes a equivocarte en tus conclusiones y luego no accedes a escuchar razones —dijo mientras levantaba la mano para acariciar la nuca de Julen—. Siento haber sido tan hermético en eso.

—Lo que quiero decir es que te eché de menos —explicó levantando la cabeza para buscar su mirada—. Incluso a pesar de las peleas. Y todos estos años, las discusiones, la competitividad, todo era porque te identificaba como mi rival, quería superarte, ser mejor que tú. También eras mi meta a seguir Sergio —murmuró—. A veces me viene a la mente tu imagen, el tú adolescente, vestido de uniforme con el brazalete de capitán en el brazo y tu número a la espalda y solo pienso en lo difícil que era alcanzarte y lo mucho que lo deseaba. Y eso me enfadaba. Me enfada.

Conmocionado por sus palabras Sergio dejó escapar una risa feliz y emocionada mientras rodeaba la cintura de Julen atrayéndolo hacia él, pegándolo a su cuerpo.

—¿Tanto me deseabas? —preguntó en un susurro mientras frotaba los labios sobre la mejilla rasposa de Julen.

—No lo sé —gruñó por lo bajo—, te deseaba y te odiaba.

—Julen —dijo su nombre para después besar su boca—. Si me quieres, me tienes. Solo dilo, y me tienes.

—¿Será así de fácil? —preguntó devolviéndole el beso.

—Será —afirmó Sergio.

—Vamos a ver —susurró.

Sergio mantuvo a Julen entre sus brazos durante unos minutos más, dándose el lujo de disfrutarlo simplemente junto a él.

Después caminaron hacia el estudio y le enseñó la espaciosa estancia a su invitado. Julen hizo diferentes apreciaciones, fascinado por las muestras fotográficas que adornaban varias de las paredes del estudio.

—Mi madre era fotógrafa —explicó Sergio—. No sé si te lo dije.

—No, no lo hiciste —contestó mirándole de reojo.

—Hizo algunas publicaciones importantes —comentó señalando uno de los estantes cercanos lleno de libros de aspecto caro.

—¿Tú no sacaste su talento? —preguntó bromeando.

—Pues no. Ni siquiera sé encuadrar una foto correctamente.

Riéndose Sergio se encontró contándole con cariño alguna anécdota más sobre su madre cuando se dio cuenta que a Julen le agradaba saber. Sin embargo el tiempo se le estaba echando encima, necesitaba ir a la imprenta y ponerse al día con el trabajo pendiente, por lo que explicó a Julen dónde podía instalarse y le ofreció la cama por si decidía dormir un par de horas para recuperar el sueño perdido.

—En estos momentos el sueño se ha desvanecido por completo —dijo encogiéndose de hombros—. Si no te importa me gustaría acompañarte a la imprenta. No creo que pueda ponerme a escribir ahora y al fin y al cabo he venido para pasar tiempo contigo. ¿Te parece bien?

Complacido al escuchar su petición Sergio dio el visto bueno de inmediato. Pasar más tiempo con Julen, eso era lo que quería.

—Te advierto que puede que después de unas horas termines más que aburrido.

—Entonces dame algo que hacer y listo.

—No sé yo —bromeó—, trabajar juntos significa discutir.

—Bueno, estos días he echado de menos discutir contigo.

Sergio arqueó una ceja clavándole la mirada.

—Yo también le he echado de menos, señor Arraiza.

—¡No me llames así!

Carcajeándose Sergio guio de nuevo a Julen a través del patio hasta la salida de atrás. De repente la perspectiva de una mañana aburrida de trabajo se había convertido en una aventura laboral. ¿Quién lo iba a decir?

Durante las siguientes horas Sergio se convirtió en guía para Julen, mostrándole los progresos que estaban haciendo en la empresa, las perspectivas de futuro y lo que el proyecto suponía para la supervivencia de su familia y de todas las personas que dependían de su empleo en la imprenta. Poner un negocio al día situándolo en el siglo XXI era una tarea complicada, lenta y muchas veces frustrante. Julen escuchó sus quejas con interés, lo lanzó proposiciones e ideas interesantes y se mantuvo apartado del camino cuando Sergio necesitó que lo hiciera.

Pasada la hora de comer ambos decidieron ir a un restaurante en el centro, que era uno de los favoritos de Sergio, y así poder disfrutar algo más de su tiempo a solas. Comieron y charlaron sobre el libro de Julen, sus próximos compromisos literarios y el tiempo del que disponía aún hasta la publicación de su último trabajo.

—Sinceramente creo que Carmen Bruno hará un buen trabajo contigo.

—Lo sé, no me quejo —levantó la vista del plato para mirarle a los ojos—, pero no eres tú.

—Lo siento —susurró algo feliz por la desilusión de Julen—. En estos momentos no puedo hacer nada. Tú mismo lo has visto.

—¿Tienes pensado volver?

—Si me aceptan, sí —contestó convencido.

—Yo te acepto —afirmó Julen sonriendo hacia él.

Carcajeándose Sergio le contestó todavía sonriendo:

—Creo que se te ha olvidado demasiado pronto cómo era la cosa entre nosotros.

—No se me ha olvidado —murmuró mirándole con los ojos entrecerrados—. Te echo de menos.

Sergio seguía sorprendiéndose de la facilidad con la que Julen expresaba sus sentimientos hacia él. Quizás siempre había sido así, y lo único que había cambiado era el tipo de sentimiento.

—Yo también te echo de menos —contestó embebiéndose de su imagen.

—¿Qué? —preguntó sonriendo Julen— ¿Por qué me miras así?

—No lo sé —negó con la cabeza—. Me sorprendes, me estás mostrando tanto.

—No quiero esconderte nada —dijo sencillamente—. Y entiendo lo que quieres decir. Durante años pasé maquinando muchos momentos buscando formas de hacerte reaccionar de alguna manera. Quería ver algo más de ti que el hombre de cera, estoico, perfecto empleado de mi padre, que se mantenía a distancia y que nada le hacía mella.

—Ese fue nuestro tira y afloja, ¿no? —preguntó retóricamente.

—Quería verte enfadado, triste, feliz. A veces quería verte sonreír como cuando éramos adolescente —le contó—. Eres demasiado duro de pelar.

—Cariño, ha sido difícil tratar contigo. Lo juro.

Ambos sonrieron y al ver cómo la boca de Julen se ampliaba mostrando su alegría deseó poder estar a solas con él para robarle de nuevo un beso.

—Vamos a casa —dijo después de pagar la cuenta—. Estoy seguro que te apetecerá descansar un rato. Apenas has dormido.

—No estoy cansado —contestó—, puedo aguantar.

—Bien.

Al llegar a casa entraron por la puerta principal y encontraron a Berta y a su sobrino entretenidos en el salón. Julen se sentó junto a Iván cuando Sergio se lo presentó interesándose por los deberes que el niño estaba haciendo. Durante un rato charlaron con tranquilidad sobre el cole, el trabajo y el ánimo de Teo. Al parecer su padre fue capaz de tomar todas las comidas y parecía estar bastante tranquilo. De nuevo Julen no comentó el por qué Sergio no

comprobaba el estado de su padre en persona, pero sí se lo quedó mirando cuando preguntó por él.

El pitido de un móvil avisando de que estaba sin batería puso en marcha a todos.

—Es el mío —dijo Julen mostrando su móvil apagado—. Disculpadme, voy a ponerlo a cargar. ¿En el estudio está bien?

—Sí, sin problema —contestó Sergio mirándole.

Julen se excusó poniéndose de pie y sorteando los libros de Iván salpicados sobre el suelo se fue directo al estudio.

—Entonces yo recojo todo esto y me pongo en marcha también —dijo Berta apilando las tazas y los platos que habían utilizado para el café—. Iván recoge tus libros si ya has terminado.

—Vale mamá —contestó el niño resignado.

—Espera, déjame a mí —Sergio le quitó los trastos a su hermana de las manos y se dirigió a la cocina dispuesto a fregarlos—. Tú ve a hacer lo que tengas planeado.

—No creas que voy a discutir contigo —contestó Berta por encima del hombro, camino a su cuarto—. Por cierto ¿preparo una cama para Julen? —preguntó en voz baja.

—No. Duerme conmigo —contestó sin más.

—Lo suponía —Berta le guiñó un ojo y siguió su camino.

Sonriendo por la picardía de su hermana se volcó sobre la tarea y fregó y enjuagó los cacharros del café en tiempo record.

Mientras se secaba las manos con un trapo de cocina levantó la mirada distraído y alcanzó a ver a Julen parado en el patio junto al cuarto de su padre, hablando con él a través de la contraventana abierta de su habitación.

El corazón dejó de latirle durante un segundo.

¿Qué estaba haciendo Julen hablando con su padre? ¿Qué le estaría contando? Estático por la impresión fue incapaz de moverse hasta que no vio cómo Julen se alejaba hacia el estudio dejando a su padre atrás con un saludo de la mano.

Tragando saliva con fuerza sintió cómo un miedo absurdo le recorría la espina dorsal. ¿Qué podía haberle dicho su padre a Julen que le hiciera temblar de esa manera? ¿Qué no era un buen hijo? ¿Qué le odiaba? ¿Qué no era lo suficientemente bueno como para quererle?

Dejando el trapo descuidadamente sobre la encimera salió de la cocina y caminó atravesando el patio hacia el estudio. Echó un vistazo en dirección al cuarto de su padre pero la ventana estaba cerrada y no había ni rastro de Teo allí. Al entrar a su cuarto se fijó en los zapatos de Julen colocados en la entrada. La habitación todavía permanecía iluminada por la luz natural que entraba por los ventanales por lo que no tuvo problema en localizar a Julen tumbado descuidadamente bocabajo sobre la cama. Dudó un momento en acercarse pensando que quizás estaba dormido, pero lo vio removerse para girar la cabeza hacia él; probablemente le había escuchado entrar.

—Creí que estabas dormido.

Sergio se acercó a la cama y se sentó en el borde junto a la cadera de Julen. Escrutó su expresión en busca de algún tipo de malestar o disgusto.

—No, solo estaba aquí tumbado —alargando la mano Julen acarició su rodilla, apretando y palmeando con suavidad.

—¿Estás cansado? —preguntó al ver cómo entrecerraba los ojos de nuevo.

—Solo un poco adormilado, pero estoy bien.

—Bueno.

Ahora fue él quien alargó la mano para acariciar la amplia extensión de la espalda de Julen. Notó la firmeza de los músculos y el calor de su cuerpo, y el ligero estremecimiento tras el gentil toque.

—¿Pusiste a cargar el móvil? —preguntó intentando hacer tiempo, nervioso al sentir la mirada evaluadora de Julen.

—Sí. Todo controlado —contestó Julen, antes de carraspear, ahora sí, visiblemente incómodo—. ¿Puedo preguntarte algo?

Sergio se congeló con la mano apoyada sobre la cadera de Julen. Los latidos de su corazón se desbocaron y sintió como si por un segundo le faltara el aliento. ¿Habría sido Teo cruel al hablarle de él? Se preguntó irracionalmente. Consciente de la necesidad que había de dar un respuesta

solo fue capaz de asentir con la cabeza, a la espera de lo que Julen tuviera que decir.

—Nunca estuve muy consciente de lo que ocurría con tu familia, pero sí sabía que la relación con tu padre no era muy buena —comenzó algo titubeante—. Lo que quiero decir es que imaginé que la razón por la que no te hablabas con tu padre tenía que ver con que fueras gay, pero no es así ¿no? ¿O estoy equivocado?

Sergio frunció el ceño desconcertado, no esperaba que la conversación fuera por esos derroteros.

—No. Hablé con mi familia cuando tenía unos dieciséis años, creo —explicó dejando salir un suspiro—. No se lo tomaron muy mal. A ver, se quedaron de piedra y durante días en casa todo era una sucesión de charla tras charla. Supongo que solo tenían que procesarlo y hacer que encajara. Después todo siguió como siempre.

—¿Entonces no siempre te llevaste mal con tu padre? —preguntó expresando su curiosidad.

—No, fue más o menos cuando mi madre enfermó y falleció —explicó sin más detalles.

—¿Fue por ella? —insistió en un susurro.

Sergio guardó silencio apretando los dientes de la tensión, lleno de incertidumbre por lo que su padre hubiera hablado con Julen. ¿Le habría dicho la verdad?

—Dime qué ocurre —pidió con gesto serio—, ¿qué quieres saber?

Julen se incorporó entonces, sentándose en la cama frente a él, pero con la mirada baja, como si no supiera cómo comenzar a hablar.

—Cuando vine hacia aquí para cargar el móvil sentí que alguien me llamaba desde una de las ventanas —comenzó levantando la mirada hacia él—. No le conocía, pero me di cuenta que era tu padre, así que me acerqué.

—¿Qué quería? —preguntó tenso.

—Al principio no le entendí muy bien —explicó con el ceño fruncido—, sobre todo porque me hablaba de alguien que no conocía. Hasta que me di cuenta que de quien me estaba hablando era de ti.

Sergio comenzó a temblar sin darse cuenta, mirando a Julen fijamente susurró:

—¿Qué te dijo?

—Me dijo: «¿Eres el marido de Gio?»



## *Afrontar la verdad.*

La inquietud de Julen aumento cuando vio como Sergio perdía completamente el color del rostro y se quedaba pálido como el papel al oír sus palabras.

—¿Qué?

Le escuchó murmurar con incredulidad.

—Sergio, ¿estás bien? —preguntó agarrándole del brazo.

—Sí, no pasa nada —le quitó importancia Sergio—. ¿Pero te preguntó por Gio? ¿Dijo Gio?

—Sí, estoy seguro —asintió—. Ya te digo que al principio no le entendía, pero luego se me ocurrió que Gio sería una especie de diminutivo de tu nombre, así que le dije que sí.

—¿Le dijiste que sí? —preguntó algo distraído— ¿A qué le dijiste que sí?

—A que si soy tu marido —volvió a explicar—. Creo que esta mañana nos vio juntos en el patio, por eso cuando me acerqué me dijo: «¿Gio es tu marido?» No supe muy bien cuál era la respuesta correcta así que le dije que sí, y él me contestó: «Entonces cuida bien de mi chico». Le dije que lo haría, me sonrió y se despidió.

—¡Dios! —Sergio gruñó y se levantó como un resorte de la cama para comenzar a caminar de un lado a otro del cuarto—. Eso no puede ser.

La reacción tan vehemente de Sergio le hizo cuestionarse si había sido buena idea que le contara su conversación con Teo. Era evidente que todo eso le estaba afectando por algún motivo, y sabiendo un poco de los antecedentes familiares no creía que se debiera a algo bueno.

—Siento haberme metido donde no me llaman —se disculpó acercándose al borde de la cama—. No creí que fuera algo malo.

Nunca había visto a Sergio reaccionar de esa manera. Durante años hizo casi de todo para lograr mover un solo cabello del hombre de piedra con el que trabajaba, quería ser él quien removiera la alfombra bajo sus pies, quien

consiguiera hacerle titubear de alguna manera. No imagino que lograría hacerlo precisamente hoy, de aquella manera.

—No, no te preocupes —le dijo girándose hacia él—. No has hecho nada malo.

—Entonces dime ¿qué ocurre? —pidió queriendo entender— Si quieres contármelo.

Le observó titubear unos segundos aún de pie, pero por fin dio un par de pasos y volvió a tomar asiento encima de la cama, justo a su lado. Al girar el rostro hacia él comprobó que sus ojos estaban secos, no había derramado ni una lágrima, sin embargo brillaban con una emoción que nunca antes había visto.

—«Gio». Así era como me llamaba mi madre a veces —explicó—. Sobre todo cuando quería hacerme alguna broma o meterse conmigo. Mi padre también solía hacerlo.

—¿Por qué Gio? —curioseó— Entiendo que viene de Sergio, pero...

—Mis padres contaban que había sido concebido en el viaje de novios que disfrutaron en Italia —explicó poniéndose visiblemente tenso—. Mi madre se reía cuando contaba que estaba segura que fue la primera noche de estar allí, ya sabes, el romanticismo, el paisaje, el arte.

—Esa parece una anécdota muy bonita para recordar —murmuró Julen al ver cómo apretaba los puños sobre su regazo.

—¿Verdad? —su tono cubierto de sarcasmo—. Solo que no todo es tan bonito como parece —su voz se rompió con la última palabra—. Teo no es mi padre biológico. Soy hijo de otro hombre. Un desconocido.

Conmocionado por la revelación Julen se quedó sin palabras.

—Sergio...

Arrimándose a él levantó la mano y acarició su espalda con cariño. Al no sentir ningún tipo de rechazo por el consuelo le acarició arriba y abajo sintiendo el estremecimiento de su cuerpo bajo sus dedos.

—Mi padre no sabe que yo lo sé —continuó cabizbajo.

—¿Entonces? —preguntó confuso— ¿No entiendo?

—Cuando mi madre enfermó debió de pensar que tenía que contarle a

mi padre la verdad antes de irse —explicó mientras observaba las fotos colgadas de las paredes—. Una tarde les escuché discutir en su cuarto. Era tan extraño que se pelearan que a pesar de estar asustado me acerqué hasta la puerta para poder escuchar lo que decía —continuó tomando aliento—. Mi madre ya estaba muy débil y permanecía casi todo el tiempo tumbada en la cama. Al parecer mi madre estaba entre dos amores cuando decidió casarse con mi padre. Había mantenido relaciones con el otro hombre pocas semanas antes de casarse.

—Pero ¿no se le notaría? —Julen preguntó incrédulo.

—Mis padres se prometieron y se casaron en cuestión de semanas —explicó—. Se conocían desde niños y se querían mucho, pero las cosas de la vida, la familia, ya sabes.

—¿Entonces tu madre lo supo siempre y se lo ocultó todo?

—Al parecer sí —asintió—, no sé muy bien los detalles. Tampoco sé quién es mi padre biológico. Ni me importa.

—¿Y qué ocurre con Teo? —preguntó.

—Después de que se enterara mi padre comenzó a apartarme de su lado poco a poco —dijo con una voz carente de emociones—. Creo que al morir mi madre no fue capaz de culparla de nada. Dejó que ella se redimiera y la perdonó. O por lo menos le dijo que la perdonaba. Pero fue obvio después que simplemente se lo estaba guardando todo. Supongo que era incapaz de mirarme sin recordar que no soy hijo suyo.

—Eso es tan injusto —renegó en nombre de Sergio—. Has vivido todos estos años sabiendo la verdad, sin poder hablar con nadie y sufriendo el rechazo de tu padre que era quien debía apoyarte y estar ahí para ti.

Sergio le miró de medio lado y dejó escapar una sonrisa medio acuosa de lágrimas contenidas.

—¿Eres mi paladín? —susurró golpeándolo suavemente en el costado con su hombro.

—Lo soy —contestó mirándole directamente a los ojos—. Si tú me dejas.

Sergio perdió la sonrisa y cabeceó asintiendo sin poder articular palabra. Conmovido por las emociones rotas del gran hombre Julen bajó de la

cama y se arrodilló directamente en el suelo, haciéndose un hueco entre las piernas de Sergio para poder abrazarle completamente con su cuerpo. Su cabeza cayó sobre su hombro y sintió el temblor repentino cuando las lágrimas comenzaron a caer silenciosamente.

Intentando consolarle lo mejor posible Julen lo acunó entre sus brazos dejando que descargara las emociones tan intensas que durante años había tenido que esconder. Minutos después le sintió removerse para apartarse de su hombro. Cuando se incorporó sus ojos azules brillaban misteriosamente enrojecidos y cristalinos, las mejillas rasposas y masculinas continuaban húmedas a pesar de los esfuerzos de Sergio por limpiarlas con sus manos. Sonriendo hacia él le ayudó con la tarea.

—¿Estás bien? —preguntó al ver que se le quedaba mirando.

—Sí —carraspeó cuando notó la voz completamente ronca—. Espera un momento.

Con un movimiento rápido Sergio se puso de pie y se dirigió al cuarto de baño anexo. Cuando salió era evidente que se había refrescado logrando así algo de compostura.

—Estás mejor —afirmó al ver que permanecía de pie, apoyando la espalda en la pared frente a él. Estaba marcando distancias.

—Cuando me enteré de la enfermedad de mi padre y el fatal diagnóstico lo primero que pensé fue en viajar lo más rápido posible para poder verlo —comenzó explicando mientras cruzaba los brazos sobre su pecho—. Pero mi deseo de poder hablar con una última vez e intentar aclarar las cosas no fue posible nunca.

—¿Te rechazó incluso en estas circunstancias? —preguntó extrañado y conmovido a la vez.

—Berta cree que me confunde con otra persona, que no me reconoce y que por eso me rechaza y se altera cuando entro en su habitación —explicó—. Pero desde el primer día me dejó claro que no quería que estuviera aquí, y que me fuera. Se ponía tan mal que decidimos que Berta se ocuparía de él mientras yo me encargaba del resto de cosas que fueran necesarias.

—Entonces ¿qué es lo que me dijo a mí esta tarde?

—No lo sé.

Guardaron silencio un momento.

—Puede que estés equivocado con él —ofreció intentando darle una explicación.

Sergio simplemente se encogió de hombros.

—En la editorial no quise decir nada a nadie sobre mi marcha porque quería guardar mi privacidad a toda costa —dijo mirándole a través del cuarto—. No sabía cómo iban a resultar todo, lo que iba a suceder y por encima de cualquier cosa nunca quise que te enteraras de nada de esto.

—¿Por qué? —murmuró clavándole la mirada.

—No quería sentirme vulnerable frente a ti —confesó.

Julen permaneció estático dos, tres segundos. Después se puso de pie y caminó hasta él colocándose justo en frente, tan pegados que los brazos cruzados de Sergio rozaban su pecho.

—¿Te sientes vulnerable ahora? —murmuró sin apartar los ojos de Sergio.

—Sí —contestó con firmeza, como si le estuviera desafiando a pesar de su admisión.

—Pienso que ahora ambos somos personas bastante diferentes —dijo inclinando la cabeza a un lado—. ¿No crees?

—Creo que somos los mismos Julen —le contradijo—, solo que con puntos de vista muy distintos a los que teníamos antes.

—Puede ser —asintió—. Pero te diré que tu vulnerabilidad me ha derrotado —susurró con un brillo travieso en sus ojos—. Vulnerable y precioso Sergio.

Inclinándose más aún forzó a Sergio a que descruzara los brazos, que cayeron a sus costados hasta que los notó asiéndose a su cadera. Ahora sus cuerpos estaban unidos desde la pelvis hasta el pecho. Y sus bocas también, cuando Julen cerró la distancia entre ellos para besarlo con calma, introduciendo la lengua, saboreando sus labios.

Cuando se apartó los dos respiraban con dificultad, los labios húmedos y brillantes hablaban de pasión. Alzando las dos manos utilizó los dedos para pasarlos entre el cabello corto de Sergio, acariciando la suavidad de los

mechones, haciéndole gemir de placer. Los ojos azules que le miraban con atención mantenían aún las señales del llanto, enrojecidos y húmedos. Atrayéndolo hacia sí, besó con suavidad los párpados cerrados, intentando un último gesto de consuelo.

Al verle sonreír supuso que lo había conseguido.

—Oye, tengo hambre ¿tú no? —preguntó como al descuido.

—Un poco quizás —respondió Sergio dubitativo, como si evaluara el estado de su estómago.

—Tal como estás no creo que sea buena idea que tu hermana te vea —expuso—. Se me ocurre que mientras te das una ducha rápida puedo ir a la cocina y traer algo para picar aquí.

—Huumm, ¿tan mal me veo? —preguntó alzando una ceja.

—¡Joder!, ¡fatal! —bromeó sin cortarse.

Sergio se rio con fuerza y lo empujó por los hombros para sacárselo de encima.

—Entonces ve —dijo mientras se metía en el baño arrancándose la camiseta por la cabeza—. Y vuelve pronto, parece que sí tengo bastante hambre.

Julen no perdió el tiempo. Cuando llegó a la casa encontró a Berta sentada en el salón rodeada de papeles y carpetas, supuso que estaba ocupada con temas legales por lo que le explicó que iban a tomar algo de cena en el estudio y que él se ocuparía de prepararlo. Pero ella insistió en ayudarlo. Rápidamente entre los dos prepararon una bandeja con varias cosas sencillas y que según dijo le gustaban a Sergio. Al mirarla de reojo no pudo evitar pensar en lo que sabía ahora de ella y de su hermano. Su medio hermano. Se preguntó cómo reaccionaría Berta si algún día supiera la verdad. Solo esperaba que no fuera la misma que la de su padre.

Haciendo equilibrios con la bandeja cargada de comida cruzó el patio en semipenumbra con cuidado de no tirar nada. Cuando llegó al estudio pateó sus zapatos en la entrada y caminó hacia la mesa en la que estaba sentado Sergio. Con el pelo húmedo y tan solo un pantalón largo de pijama estaba para quitar el aliento. Con mucho tino dejó la bandeja sobre la mesa y se permitió el lujo de mirarle con detenimiento de arriba abajo.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Sergio sin inmutarse bajo su escrutinio.

—Mucha —asintió sonriendo con picardía.

Sergio le hizo un gesto para que se sentara a la mesa y repartió los platos y los boles entre los dos. Mientras cenaban hablaron como siempre del trabajo. Sergio parecía mucho más relajado después de la catarsis de esa tarde y a menudo sonrió y rio cuando compartió con él recuerdos del pasado que tenían en común. En más de una ocasión lo que le parecía divertido a uno no lo era para el otro, pero eso dio igual. Se estaban conociendo de nuevo a través de los ojos del otro.

Hacía un rato que la comida se había terminado y los dos seguían charlando mientras jugueteaban con las migas desperdigadas sobre la mesa.

Sergio sonrió por lo bajo y agitó la cabeza como si un recuerdo le hubiera pasado por la mente.

—Me acuerdo con perfecta claridad el día que le salvé la vida a tu padre —lanzó mirándole de reojo—. Lo cierto es que no sé muy bien lo que hice. De pronto vi un vehículo que se abalanzaba sobre Sebastián y al segundo siguiente le placaba para quitarle del medio del camino. Fue una locura, puro instinto.

—Lo recuerdo —contestó él mirando a Sergio con gesto serio.

—Lo que más recuerdo yo es verte corriendo hacia nosotros, totalmente pálido y con el rostro desencajado por el miedo —le contó con sencillez—. En ese momento me alegré enormemente por salvarle la vida a tu padre. Aunque solo fuera por ver el alivio en tu rostro.

—¿Por mí?

—Por ti.

Esa simple afirmación dejó a Julen tan sorprendido que apenas fue capaz de hilar de nuevo dos palabras seguidas.

—Mi padre te adora por eso —fue incapaz de controlar que un sutil hilo de ironía se escapara junto a sus palabras—. Bueno, por eso y porque a sus ojos eres el mejor de los mejores.

La carcajada de Sergio retumbó con fuerza en las paredes del estudio

sorprendiéndolo por completo.

—Tu complejo de padres es prácticamente de libro Julen —dijo arrojándole descuidadamente una bolita de miga de pan a la cabeza—. Aunque no me extraña nada. Después de tener que compartir la atención de papá con el resto de tus hermanos mayores, tener que competir conmigo también debió de ser duro para ti.

Julen se mordió la lengua para evitar decir algo de lo que después se arrepentiría. Tras horas de charla y compartir recuerdos por fin encontraron un tema tan espinoso que podría romper el buen ambiente que habían creado los últimos días.

—Estás demasiado equivocado con eso.

—Julen, solo tengo que nombrar a tu padre y saltas como un erizo con las púas al viento.

—¡Qué imagen tan pintoresca! —gruñó con sarcasmo mirándole de reojo.

Por un segundo fue como si el tiempo hubiera retrocedido y ambos volvieran a ser enemigos declarados. Pero entonces Sergio le miró de frente y sonrió hacia él, sin esconderse, como si verdaderamente estuviera divirtiéndose con él.

—Mira, te juro que nunca, ni una sola vez, vi a Sebastián como si fuera un padre —le dijo mientras volvía a jugar con una bolita de pan—. Después del accidente él se interesó por mí y reconozco que me sentí halagado. Ya sabía lo de mi padre y tener la atención de Sebastián Arraiza sobre mí fue algo demasiado inusual.

—Lo sé, puede llegar a ser demasiado abrumador —ofreció con conocimiento de causa.

—Siempre le agradeceré que me tutelara en el camino que escogí profesionalmente —continuó explicando—. Pero eso es lo que siempre ha sido para mí, un tutor, un maestro al que admiro mucho. Nada más. Tengo absolutamente claro quién es mi padre, no necesito a nadie más.

—Ya. Sabiendo lo que sé ahora, entiendo eso —contestó apartando la mirada con el ceño fruncido.

—Si lo entiendes entonces ¿por qué sigues molesto por el tema? —dijo

haciendo referencia a su evidente mal humor.

—¡Porque tengo dos opciones! —gruñó haciendo un gesto con los dedos—. Dejar que sigas pensando que tengo complejo de padre o decirte la verdadera razón.

—¿Qué? —preguntó Sergio mirándole de forma rara.

—¿Qué de qué? —contestó al ver que se le quedaba mirando.

—No me digas..., no me digas que tenías celos de tu padre.

El humor en la voz de Sergio se diluyó un poco sustituido por la incredulidad.

—¿Y qué si es así? —murmuró algo avergonzado encogiéndose de hombros—. Puede que al principio me molestara y estuviera celoso de la atención que mi padre te daba. Pero después de un tiempo lo único que quería era que me vieras, que te fijaras en mí —saltó de la silla y empezó a caminar por la habitación—. Es evidente que no era realmente consciente de ello, o sea, no era algo deliberado. Pero cada vez estaba más enfadado contigo y tú no hacías más que fomentar eso.

—Era demasiado fácil —contribuyó—, solo tenía que mencionar a tu padre y te subías por las paredes.

—¡Joder que si era fácil! —se burló de sí mismo—. Después cuando tuvimos que trabajar juntos, parecía como si todo mi propósito fuera hacerte reaccionar, de algún modo, de cualquier modo —explicó parado frente a Sergio—. Te obligué a llamarme señor Arraiza y lo único que conseguí fue aborrecer mi apellido.

Sergio tuvo el atrevimiento de reírse con sus últimas palabras, aunque frenó a tiempo y lo disimuló.

—Si no recuerdo mal me obligaste a hacer muchas otras cosas.

—Si no recuerdo mal nunca te apunté con una pistola en el pecho —le devolvió.

—Eso es cierto, pero en el fondo todo se trataba de nuestro juego de tira y afloja, ¿no?

—¿Solo era eso? —susurró Julen mirándole con algo de pesar—. No lo sé.

Levantándose de la silla con un movimiento ágil Sergio caminó hasta él y apoyó las manos en sus caderas para atraerlo hacia su cuerpo. El olor fresco del gel de baño y su propio aroma masculino inundaron por completo sus sentidos haciéndole desear tener más de él. Rozando los labios sobre su mejilla Sergio susurró sobre su piel.

—¿Puedo decirte algo?

—Dime —asintió apenas prestando atención distraído por sus caricias.

—No tengo idea por qué las cosas resultaron así entre los dos —comenzó buscando su mirada—. No sé por qué nunca fuimos amigos o por qué siempre fue más fácil discutir que hablar —enumeró mientras enmarcaba su rostro entre las manos, mirándole a los ojos con intensidad—. Solo sé que siempre te vi Julen. Siempre estuviste ahí para mí. Nunca perdí tu pista —continuó—. Te lo dije, eras mi referente, la meta que quería conseguir. Y todo eso se convirtió en esto. Y esto es lo que quiero.

Sergio le besó, sellando las palabras, demostrándole que eso era lo que quería. Sus labios, su lengua el restrojo punzante de sus mejillas. Todo contribuyó a sensibilizar sus sentidos añadiendo leña al fuego que había comenzado a arder desde el primer toque de los dedos de Sergio sobre su piel. Apartándose con pesar rompió el beso para buscar su mirada, sujetándole por la nuca se mantuvo firme cuando intentó robarle de nuevo un beso.

—Antes me dijiste que solo tenía que quererlo y pedirlo para tenerlo.

—Pídelo entonces.

—Te quiero —susurró justo sobre sus labios—. Ahora.

—Entonces me tienes —contestó Sergio acariciándole el pómulo con el pulgar.

Abandonándose a la caricia cerró los ojos cuando sintió los labios firmes y cálidos recorrer su mandíbula, bajando por su cuello, para buscar el latido intenso de su corazón. Los dientes de Sergio marcaron su piel allí y sintió el gruñido de aprobación vibrar en su garganta cuando se estremeció por la placentera sensación.

Sergio le rodeó con sus brazos, besándole y acariciándole mientras se desprendía poco a poco de la ropa que le cubría. Cuando la última prenda desapareció de su cuerpo fue su turno para desvestirse. Su tarea más fácil.

Apartándose de Sergio se agachó frente a él hincándose de rodillas. Sin apartar la mirada de su rostro alzó las manos y tiró de la cinturilla del pijama que lo cubría. Sintió la mano amplia y cálida de Sergio acariciar su nuca cuando se inclinó sin vacilación para besar y lamer su vientre, hociquear entre el vello de su pubis y encontrar la jugosa punta de su polla para atraparla entre sus labios y mamarla hasta que casi tocó su garganta.

—Julen —gimió Sergio clavando la vista en él.

—Llevaba mucho tiempo deseando hacer esto —le respondió mirándole hacia arriba mientras acariciaba su polla sin descuidarla—. Abre un poco las piernas —le pidió sin perder el ritmo.

Sergio obedeció sin vacilación mientras él lamía sus propios dedos, humedeciéndolos con su saliva.

—Quiero tenerte —afirmó contundente, a la vez que extendía su mano para buscar con sus dedos la apretada entrada de Sergio.

Antes siquiera de que terminara de hablar volvió a introducirse el miembro en la boca y comenzó a succionar mientras penetraba con sus dedos el tierno agujero. Las caderas de Sergio se agitaron ayudándole con sus movimientos a que el camino fuera más placentero. Los dedos enredados en su cabello y los gruñidos que brotaban de su garganta le hablaban de la habilidad de sus acciones. Cuando estuvo satisfecho al sentir el temblor incontrolado de Sergio, apartó los dedos de su interior lamiendo su polla por última vez y se alzó frente a su amante temblando él mismo de excitación, con su miembro erguido, duro y caliente a punto de estallar. Pasando un brazo por su cintura acercó el cuerpo de Sergio hacia él, haciendo que sus pollas se frotaran juntas mientras besaba sus labios de nuevo, tragándose sus gemidos, devorándole la boca.

—Tengo preservativos —gruñó Julen de forma práctica al romper el beso—, pero no tengo lubricante.

—En la mesilla de noche —señaló Sergio junto con un gesto.

Sin que le dijera nada Sergio se apartó de él y caminó hacia la cama para extenderse bocabajo cuan largo era sobre las sabanas. Su polla latió entre sus piernas al ver la amplitud de su espalda marcada de músculos y la firmeza de sus nalgas, dispuestas totalmente para él. Sin apartar los ojos de ese esplendor más de dos segundos, buscó lo necesario en su equipaje y la mesita

de noche y lo arrojó a un lado mientras trepaba sobre la cama, perdido por completo en el cuerpo de Sergio.

—No sé siquiera si voy a poder estar dentro de ti —susurró junto al oído de Sergio cuando alcanzó a extenderse casi por completo sobre él, manteniendo su peso sobre sus brazos—. Eres demasiado delicioso.

—Soy todo tuyo —contestó Sergio girando la cabeza hacia atrás, intentando encontrar su mirada—, haz lo que quieras conmigo.

La sensual invitación le mostró la faceta más erótica e intensa de Sergio que había vista hasta el momento.

—Hecho —aceptó sin miramientos cuando dejó reposar su cuerpo sobre el de Sergio y encajó su polla en el surco entre sus nalgas.

—Joder —susurró Sergio al sentir el contacto de Julen.

—Sergio —murmuró Julen cuando comenzó a agitar sus caderas buscando la deliciosa fricción.

Como si le leyera la mente Sergio abrió más sus piernas dándole espacio para moverse con más facilidad, ayudándole a que el contacto fuera más pleno. Los músculos de su espalda le tenían hipnotizado mientras se removía bajo él siguiendo sus movimientos. Con la boca echa agua inclinó la cabeza y comenzó a lamer y mordisquear esa deliciosa extensión de piel. Los estremecimientos de Sergio fueron su recompensa.

—Si sigues jugando conmigo me voy a correr incluso antes de que empieces. —La voz de Sergio sonó gruñona y tensa, como si estuviera soportando demasiado.

—Este entrante está siendo demasiado delicioso, querido —contestó sonriendo, antes de estirarse para mordisquear su mejilla.

—Como el chocolate —murmuró Sergio con una sonrisa en los labios.

Julen se carcajeó con placer al escuchar su comparación.

—Más —le contestó buscando su boca para lamer sus labios.

Al separarse estiró la mano para atrapar los condones y el lubricante que había tirado a un lado minutos antes. Arrodillándose entre las piernas extendidas de Sergio se colocó la protección y lubricó generosamente su entrada fruncida y prieta, penetrándole con los dedos, disfrutando al escuchar

sus gemidos con cada caricia.

—¿Cuánto tiempo hace que no...? —preguntó al ver cómo sus caderas se agitaban— No quiero hacerte daño.

—Hace un tiempo —respondió entreabriendo los ojos—. No me vas a hacer daño, y si lo haces, que sea del bueno.

Carcajeándose Julen asintió.

—Lo será.

Sergio extendió la mano hacia atrás para agarrarle por la nuca y tirar de él, dejándose llevar recibió con placer el beso dulce y apasionado de su amante. Sintió como Sergio se removía debajo de él intentando girarse para cambiar de postura. Apartándose del beso se lo impidió.

—No te muevas —gruñó apoyando la frente sobre su hombro—, quédate así.

—De acuerdo —Se conformó Sergio.

—Quiero estar profundamente dentro de ti —susurró junto a su oído mientras arqueaba las caderas acomodándose entre sus piernas.

—Hazlo entonces —sintió la mano de Sergio moverse hasta encontrar su cadera y pellizcar su carne como si le acicateara.

Entonces lo hizo. Ayudándose con la mano buscó penetrar en su cuerpo, forzando la apretada entrada que terminó por ceder bajo la insistencia de sus caricias. Ambos gimieron a la vez cuando la cabeza de su polla presionó abriéndose camino en su interior. Escuchó el gruñido profundo y lastimero de Sergio cuando avanzó estocada tras estocada, con suavidad y paciencia, mientras regueros de sudor escurrían por sus costados para humedecer la piel de Sergio bajo él. Con la siguiente estocada lo sintió respingar y aguantar el aliento como si doliera demasiado.

—¿Dolor, o dolor del bueno? —preguntó con la voz tomada por el placer contenido.

—Dolor del bueno —escuchó la respuesta susurrada de Sergio—. Sigue, no pares.

—Hummm, dulce —murmuró complacido cerrando los ojos y acometiendo de nuevo para penetrarlo cada vez más profundo.

La cadencia de Julen aumentó de ritmo al escuchar los gruñidos placenteros de Sergio. Su polla profundizaba resbaladiza y firme mientras el placer se construía con cada empuje, beso y caricia. Observó cómo Sergio se abandonaba a la lujuria gimiendo bajo él, buscando cualquier contacto para acariciarle. Apoyando el pecho sobre su espalda, su polla enterrada casi por completo en su cuerpo, buscó el contacto piel con piel, saboreando el sudor en la nuca de Sergio cuando lo lamió y mordisqueó, haciéndolo estremecer. Marcándolo. Sintió cómo se tensaba cuando comenzó a bombear de nuevo, entrando y saliendo, entrando y saliendo. Sergio extendió la mano hacia atrás agarrándolo por la nuca, tirando de él hasta capturar su boca. Sin resuello le devolvió los besos devoradores y jugosos que mezclaban sus gemidos entre golpe y golpe. Con la mano libre apartó el pelo húmedo de la frente de Sergio, buscando sus ojos, su mirada.

—He soñado tenerte así. —La confesión surgió entre sus labios y observó la chispa de emoción brillar en la pupilas de Sergio.

—Muévete.

Sorprendiéndole Sergio lo empujó apartándolo de él, obligándolo a salir de su interior para poder cambiar de postura. Bocarriba se acomodó sobre las almohadas, con la polla erguida y congestionada, se mostró ante él totalmente vulnerable. Con un gesto de la mano le indicó dónde lo quería. Atrapándolo entre sus piernas tiró de él rodeando su espalda con un brazo y alcanzando su miembro para colocarlo de nuevo en su interior. Deslizándose fácilmente con una estocada se hundió en él profundamente. Sin resuello, apoyó la frente sobre la de Sergio, respirando su mismo aliento y comenzó a mover las caderas siguiendo el ritmo que él le marcaba.

—¡Me estás matando Sergio! —resolló entre dientes, clavándole la mirada.

—Haz que me corra —exigió Sergio antes de tirar de él para devorarle la boca.

Julen obedeció.

Aguantando su peso sobre una mano con la otra buscó el miembro firme como una vara de Sergio. Con cada empuje de sus caderas bombeaba su puño arriba y abajo frotando el endurecido tallo, haciendo que goteara presemen sobre su tenso vientre. Reacomodó su postura irguiéndose sobre sus rodillas y

ampliando el hueco entre las piernas de Sergio para acomodar su torso. Le necesitaba pegado a él cuando comenzara a embestir de nuevo.

—Mastúrbate —le pidió inclinándose para besar su boca—. Déjame verlo.

La polla de Sergio corcoveó tan pronto escuchó sus palabras, tensa y húmeda la vio desaparecer envuelta por el puño firme que la bombeaba. Sergio gruñía debajo de él con cada una de sus penetraciones, lo sintió tensar los músculos que apresaban su miembro cuando su orgasmo fue inminente. Sus empujes se volvieron erráticos y superficiales al sentir construirse su propio orgasmo. Gruñó con arrebató cuando vio chorrear el semen de Sergio sobre su propio vientre. Hermoso, cubierto de sudor, temblando de placer, la mirada vidriosa por el éxtasis. Su propio orgasmo explotó al contemplarle, al escuchar sus gemidos, al sentir cómo lo ceñía con su cuerpo.

Cayó desplomado sin fuerzas, resollando en busca de aire, acomodando su rostro en el hueco que encontró entre el hombro y el cuello de Sergio. Sintió los brazos fuertes de Sergio rodeándole por completo, abrazándolo mientras volvía a acunarse entre sus piernas, casi inconscientemente, como si necesitara seguir sintiéndolo. Lo escuchó gemir bajo junto a su oído y no pudo más que sonreír completamente rendido como estaba.

Los minutos pasaron despacio mientras sus corazones se aquietaban y los cuerpos se enfriaban. Compartieron besos y caricias lánguidas y cómplices. Julen se movió a un costado aprovechando con desgana para deshacerse del condón usado y enseguida buscó de nuevo el calor del cuerpo de Sergio. Acomodándose de costado apoyó la espalda junto al pecho de su amante y dejó que los brazos de Sergio lo rodearan para tirar de él pegándolo más a su cuerpo, encajando su miembro semierecto entre sus nalgas.

El estudio quedó en calma, la luz tenue de la lámpara iluminaba lo suficiente como para que no resultara desagradable, el silencio los acunó durante unos minutos en los que ambos reflexionaron sobre sus propios pensamientos.

—Mañana por la mañana me marchó —su voz sonó gruesa en el silencio.

—Lo sé —contestó Sergio dándole un apretón entre sus brazos.

—No quiero irme, pero necesito hacer algunas cosas —moviéndose con

cuidado apartó los brazos de Sergio para poder girarse de frente a él, los brazos volvieron a rodearlo en cuanto se acomodó—. He estado dándole vueltas a algo.

—¿Algo importante? —preguntó apartando un mechón de su frente.

—Sí. Del trabajo.

—Bien —asintió Sergio—. Pues ve y hazlo.

Guardaron silencio de nuevo, ambos escrutándose con la mirada.

—No sé cuándo podremos vernos de nuevo.

—Cuando sea, voy a estar aquí.

—De acuerdo —se conformó Julen, al ver el brillo en la mirada de Sergio.

—Descansa un poco.

Julen obedeció quedándose dormido de inmediato como si las palabras de Sergio fueran una orden inapelable.

Horas más tarde despertó completamente excitado al sentir los besos y caricias de Sergio sobre su cuello y su pecho. Lánguidamente, disfrutando cada minuto volvieron a hacer el amor con un tempo lento, acariciándose, comiéndose a besos. Uno en brazos del otro.

El amanecer llegó demasiado pronto.

Por la mañana Julen de despertó al oler el delicioso olor del café. Contrariamente a lo que pudiera parecer le encantaba tomar fuerte y sin azúcar. Escuchó a Sergio moverse por el estudio antes de ser capaz de abrir por completo los ojos.

—¿Qué hora es? —preguntó con voz ronca.

—Casi las siete —escuchó la contestación de Sergio en algún lugar a los pies de la cama—. Te he traído café.

—Ya lo huelo —contestó desperezándose por fin. Acomodando las almohadas tras su espalda se sentó sobre la cama y buscó la taza de café sobre la mesilla. Junto a la taza había un platillo con tres bombones de sus preferidos. Levantó la mirada para buscar a Sergio y lo encontró sentado en una de las sillas disfrutando de su propio café—. Podría amarte solo por esto

—dijo haciendo un gesto con la cabeza hacia los chocolates.

—Espero que no solo por eso —respondió Sergio bromeando.

Julen tan solo respondió sonriendo después de meterse un bombón en la boca.

—¿Entonces? —preguntó Sergio cuando ambos terminaron el café—  
¿Quieres que te lleve a la estación?

—No te preocupes, pediré un taxi —rechazó mientras salía de la cama completamente desnudo camino a cuarto de baño—. Estás demasiado ocupado por aquí, puedo ir solo.

—No es molestia —gritó para que Julen fuera capaz de escucharle a través del ruido de la ducha.

—Lo sé, pero olvídate de la idea —contestó del mismo modo.

—Lo que ocurre es que no quieres una emocional despedida en la estación —bromeó cinco minutos después cuando Julen salió chorreando de la ducha.

—Tú lo has dicho —siguió la broma—. Eso no va a ocurrir, amigo.

Entonces ambos guardaron silencio, perdidos en sus pensamientos, mientras Julen se arreglaba y preparaba sus cosas para partir. En la puerta del estudio se calzó los zapatos, agarró su maleta y se giró hacia Sergio para despedirse de él.

—Vamos a tardar en vernos. —No era una pregunta.

—No lo sé —contestó Sergio de todas formas.

—Háblame y cuéntame lo que ocurra por aquí —ofreció al saber lo que estaba por venir—. Te mantendré al tanto de las novedades.

—Hecho.

—Dame mi beso de despedida —exigió.

Y lo hizo.

Encerrándolo entre sus brazos Sergio lo acercó a su cuerpo y cubrió su boca con la suya, lamiendo el cálido interior, mordisqueando su labios, disfrutando de su sabor. Haciéndole temblar de la emoción. Con renuencia se apartó rompiendo el beso. Entonces agarró su maleta y se alejó de Sergio

atravesando el patio sin pronunciar ni una palabra más. Sin mirar atrás.



## *Tomando las riendas.*

Recién llegado a casa comenzó a llamar por teléfono y a organizar reuniones con las personas con las que tenía que hablar.

Sus hermanos y su padre en lo alto de la lista. Su editora después.

Bea y Roberto accedieron a quedar con él en el despacho de su padre. Necesitaba hablar con los tres de sus planes de futuro, cuanto antes. Carmen Bruno no puso pegas a fijar una cita al día siguiente, quería saber qué había estado haciendo los últimos días. Se iba a poner muy contenta.

Buscando algo que hacer abrió su ordenador y se metió de lleno en el trabajo. No quería volver a pensar en Sergio y en su relación, o lo que fuera, otra vez. Ya había machacado lo suficiente el tema en el tren. La investigación que necesitaba hacer para su libro y el comienzo de un nuevo capítulo, cubriría su tiempo lo justo hasta la hora de la cita con su familia.

Horas más tarde, mientras subía en el ascensor hasta el despacho de su padre se dio cuenta que el cansancio había hecho mella en él. Si no fuera porque el tema era demasiado importante hubiera pospuesto la reunión hasta el día siguiente.

Al entrar en el despacho se encontró con los tres miembros de su familia ya allí. Al verlo sus hermanos se lanzaron acribillándolo a preguntas. Ninguno de los dos sabía de la condición del padre de Sergio por lo que solo les comentó por encima la visita que le hizo por temas laborales. El único que permaneció en silencio después de saludarlo fue su padre, por lo que adivinó que probablemente intuía de lo que quería hablar. No por nada su padre había llegado donde estaba. Intentando apaciguar a sus hermanos les contó a grandes rasgos sobre lo que había estado reflexionando los últimos días y lo que creía que iba a ser mejor para él y para la empresa.

Y después anunció su decisión.

—Voy a dejar definitivamente mi puesto en el área de contabilidad —expuso—. Quiero centrarme totalmente en mi trabajo como escritor y, para ser honestos, no creo que sea justo que esté a medias en ambos temas. He elegido, y lo que quiero es esto.

Después de un espeso silencio todos comenzaron a hablar a la vez. Bea y Rob lamentaban que tuviera que tomar esa decisión pero le apoyaron incondicionalmente sabiendo que era lo mejor para él. Sin embargo su padre se dedicó a argumentar sobre los compromisos adquiridos, la familia, la educación y por último esgrimió el dichoso contrato lleno de cláusulas que firmó tiempo atrás.

—Hace semanas que ese contrato no está vigente, y lo sabes.

—Podría hacer que lo volviera a estar —amenazó vacuamente.

—Inténtalo —desafió a su padre—. No tengo problema en buscar otra editorial.

Su padre se carcajeó en su cara.

—No creo que quieras salir perdiendo.

—No tengo miedo a empezar de cero.

Entonces su hermana intervino rompiendo el desafío entre ellos.

—Julen, deja de provocar a papá por favor —pidió dirigiéndose a él—. Y tú no seas tan testarudo. Sabes que él tiene razón en su decisión, y no hace falta que siga trabajando en la editorial como tú quieres ¡deja de pensar que vas a perderlo! Sois los dos igual de cabezotas.

—¡Yo no soy cabezota! —bufaron los dos a la vez.

Como si todo se hubiera resultado de un plumazo dejando conforme a todas las partes Roberto se ofreció a hablar con su hermano Oscar para ponerlo al corriente de la nueva situación.

—Supongo que preparará los papeles que sean necesarios para que los firmes.

—No te preocupes —le cortó su hermana—. Yo me ocupo de eso. Todo controlado.

Y eso fue todo lo que necesitó para sentir como si un gran peso desapareciera de encima de sus hombros. Siempre disfrutó trabajando con los números y le encantaba ser parte de la empresa familiar de esa manera, pero en los últimos tiempos sus prioridades ya no eran las mismas y sentía más culpabilidad que placer al ocupar su puesto de trabajo.

Dando por terminada la reunión se despidió de sus dos hermanos y

quedó en llamarlos más tarde para charlar. En cuanto Bea y Rob salieron por la puerta escuchó la atronadora voz de su padre llamando su atención.

—Julen —sentado en su sillón tras la mesa le miró a través de la distancia que los separaba—. No me decepciones.

Y el alma se le vino a los pies.

Porque esa misma noche su padre, seguramente, iba a estar muy decepcionado de él.

Después de todo lo que había ocurrido durante las últimas semanas, los cabios, el nuevo statu quo en su relación con Sergio, le había obligado a pensar en su situación y en las decisiones que había tomado en el pasado y en las que debía tomar en el presente para poder estar bien en el futuro. Lo que Sergio le contó sobre su nacimiento y la oportunidad que había perdido para poder hablar con su padre y aclarar las cosas por fin, le hizo reflexionar sobre su propia vida y la forma en la que enfrentaba algunas situaciones, sobre todo con respecto a su padre y su familia.

Por eso había decidido tomar las riendas de su vida y dirigirse a donde siempre había querido ir. Con respecto a su trabajo y su vida privada.

El tema del trabajo lo acababa de solucionar. Ahora solo le quedaba tratar con su vida privada.

Al escuchar la orden de su padre tan altanera como totalitaria su resolución se vino un poco abajo. Sabía que iba a ser difícil tratar con él el tema de su homosexualidad, pero, como había aprendido recientemente gracias a la experiencia de Sergio, no había mejor momento como el presente.

—Nunca he pretendido decepcionarte —le contestó mirándole de frente—. Y por eso creo que deberías saber algo.

Vio como Sebastián fruncía el ceño mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

—No me vengas a decir ahora que quieres renegociar tu contrato —gruñó meneando la cabeza—. No voy a admitir ninguna presión más de tu parte.

—Tranquilo, no es nada de eso —contestó cuando se giró hacia él tras cerrar con cuidado la puerta del despacho, caminó hasta la mesa parándose frente a él, sin tomar asiento. Y habló—. Quería decirte que tengo pareja y que

soy gay.

En un par segundos vio a su padre cambiar de blanco a rojo y de vuelta al blanco. Durante el atronador silencio que siguió su estómago se volvió del revés y sintió como si quisiera vomitar hasta las entrañas, pero la sensación solo duró unas cuantas respiraciones. Extrañamente su cuerpo se relajó al darse cuenta de que por fin lo había dicho, enfrentó a su padre con la verdad y pasara lo que pasara la decisión había sido suya, la decisión correcta.

—¿Qué?... No entiendo —preguntó su padre totalmente desconcertado — ¿Qué quieres decir con que eres gay?

—Quiero decir que me gustan los hombres, que soy homosexual.

Cuanto más perturbado veía a su padre, más tranquilo se sentía él.

Una carcajada descreída resonó en el pecho de su padre cuando le miró de arriba abajo, como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—No sé de dónde lo has sacado ni qué pretendes diciéndolo, pero tú no eres homosexual.

La confianza que vio en su padre al afirmar su supuesta realidad le dijo que la cosa iba a ser más difícil de lo que creía, pero ya no había marcha atrás.

—Lo he sacado del mismo sitio del que tú sacaste que eras heterosexual —explicó con visible calma—. Desde el primer día que tuve conciencia del sexo, desde que me fijé por primera vez en un chico y me di cuenta que las chicas no me decían nada, es así como me siento y es lo que soy.

—¡Tú no eres gay! —gruñó Sebastián apoyándose sobre la mesa para incorporarse.

—Nunca me he acostado con una mujer, aunque lo he intentado —continuó sin inmutarse—. Todos mis amantes han sido hombres, desde el primero hasta el último. Créeme, sí soy gay.

Su padre se dejó caer de nuevo sobre su asiento, mirándolo aún con un gesto de estupefacción e incredulidad.

—Te plantas de pronto frente a mí y dejas encima de mi mesa esto para que lo digiera así, sin más. Nunca dijiste nada ni diste muestra de ello.

Julen bufó al escuchar a su padre.

—¿Qué muestras tenía que dar, según tú? —exigió—. ¿Jugar a las muñecas? —gruñó sarcástico— ¿Pintarme los labios?

—¡No seas impertinente conmigo, muchacho! —gruñó Sebastián poniéndose firme—. Puede que no estemos de acuerdo en algunas cosas ¡pero sigo siendo tu padre!

—¿Qué no estamos de acuerdo en algunas cosas? —preguntó arrogante a su padre— ¡Estás rechazando lo que soy! ¡negándote a ver la realidad que te nuestro! Hago esto ahora porque estoy cansado de tener miedo de lo que puedas pensar de mí, de que no quieras ver como realmente soy. De momento lo único que he conseguido de ti es negación.

—Estás juzgándome demasiado deprisa y demasiado duramente —le reprochó Sebastián apoyando las manos sobre la mesa—. Hace tan solo veinte minutos que me has soltado la bomba encima y quieres que festeje y celebre una realidad totalmente desconocida para mí hasta hace unos minutos. Dices que tenías miedo de lo que pudiera pensar de ti. Te diré, hijo mío, que no lo parece. Solo has soltado tu verdad y quieres que trague con eso. No veo ningún miedo.

«Tu verdad». No la verdad.

Julen tuvo que agarrarse al respaldo del sillón frente a la mesa de su padre para mantener el equilibrio. Sabía que tratar el tema con su padre no iba a ser un camino de rosas, ni siquiera se engañó al pensar que podría hacer que entendiera y aceptara. Quizás con el tiempo, pero imposible a corto plazo. Sin embargo quería por lo menos intentar hacerle entender cómo había sido para él guardar el secreto más importante de su vida a su familia.

Dando un paso adelante se apartó del apoyo del sillón y se plantó con firmeza delante de su padre, al otro lado de la mesa.

—¿Quieres ver mi miedo? —preguntó retóricamente, sin darle tiempo a contestar continuó—. Conservo un recuerdo muy vívido de cuando era pequeño. No sé exactamente cuántos años tenía, pero probablemente rondaría los siete. Recuerdo que estábamos en el salón de casa en Pamplona, no sé dónde estarían metidos mis hermanos solo recuerdo que yo jugaba sentado en la alfombra, a tus pies, mientras tú veías la tele con alguna visita que tuvieras en ese momento. Mamá tampoco estaba —continuó mecánicamente, perdido en el recuerdo—. De vez en cuando prestaba atención a la televisión, estaban

hablando sobre algunos escritores y sabía que a ti eso te interesaba por lo que intentaba interesarme también. Estaban hablando de Lorca —su padre frunció el ceño, tensándose imperceptiblemente—. Hablaban de su vida y obra, de sus viajes y de lo que había conseguido, hasta que lo apresaron y fusilaron en una cuneta cuando aún era muy joven.

—Julen —susurró su padre incorporándose de su asiento.

—Aunque entendí que habían matado al pobre hombre no sabía muy bien lo que era «fusilar» por lo que me giré hacia ti para que me explicaras el significado de esa palabra —continuó explicando—. Pero no llegué a hacerlo. Recuerdo que me asusté cuando te escuché hablar con uno de tus invitados. Le estabas diciendo que a Lorca lo mataron por maricón. «Se lo merecía por maricón» dijiste. —Julen paró un momento su narración y vio cómo los ojos de su padre le miraban con angustia. Ni siquiera se había dado cuenta que él mismo estaba llorando—. Obviamente no me asusté porque aparentemente te desagradaran los maricones, ni siquiera sabía lo que era eso. Me asusté al ver que eras capaz de desear la muerte a alguien, incluso alegrarte por ello —explicó con calma—. Durante unos años aborrecí a ese tal Lorca, solo porque pensaba que algo malo habría hecho si a ti te desagradaba de esa manera —sonrió tristemente entre lágrimas—. Hasta que descubrí lo que era ser maricón y que yo era uno de ellos. Entonces tuve miedo y nunca te lo conté.

—Hijo... ¡Por Dios! —Sebastián se acercó a él con gesto titubeante, al no percibir rechazo por su parte tomó su rostro entre las manos y comenzó a secar sus lágrimas con los pulgares—. Esto que cuentas... yo no recuerdo nada de eso, pero tampoco me extraña que ocurriera así —se excusó—. Eran otros tiempos.

—Bueno, creo que para algunos «los tiempos» son los mismos, solo que algunas cosas ya no son políticamente correctas.

—Vuelves a juzgarme muy duramente —le regañó zarandeándolo suavemente por la nuca—. Ha pasado el tiempo y he aprendido muchas cosas, puede que no sea capaz de entender y aceptar muchas de ellas, pero no me crucifiques sin darme una oportunidad. No puedes pensar de verdad que yo desearía tu muerte por esto, hijo.

Julen se rio con tristeza al ver la conclusión a la que su padre había llegado.

—Sé que no desearías mi muerte por esto papá —dijo encogiéndose de hombros—. Pero solo es necesario que no seas capaz de aceptar la verdad. La verdad —puntualizó—, no mi verdad. Soy gay, estoy enamorado de un hombre, y eso no va a cambiar.

Julen dio un paso atrás alejándose de su padre, que dejó caer las manos a los costados después de haber intentado consolarle. Durante un momento guardaron silencio hasta que Sebastián habló.

—Entonces dame un tiempo para aceptar *la verdad* —ofreció con sinceridad—. Lo único que he querido siempre es que no te hicieran daño.

—Entonces no me hagas daño tú —contestó sin titubeos—. Soy el mismo Julen que entró a tu despacho hace un par de horas.

—No, no eres el mismo —aseveró su padre de inmediato. Sorprendido Julen se dio cuenta del matiz de orgullo que cubrió sus palabras—. Te admiro chico. Siempre he estado orgulloso de ti, solo te pido que me esperes para poder ponerme a tu altura.

Sin palabras y al borde del llanto de nuevo Julen asintió hacia su padre, tragando saliva antes de poder hablar.

—Solo no tardes mucho —susurró sintiéndose como un niño pequeño, algo desvalido y perdido.

Su padre cerró la distancia entre ellos de nuevo y le atrajo hacia sí palmeando su mejilla con fuerza, como tantas veces había hecho en el pasado, para besar su frente y darle un abrazo.

—Julen, te quiero, hijo.

—También te quiero papá.

No sabía cuándo llegaría la aceptación completa de su padre, y aún debía afrontar al resto de su familia, pero el paso que había dado esa tarde fue sin duda de gigante y eso era algo que nadie le iba a quitar.

Cuando ambos se recompusieron Julen le prometió que al día siguiente iría a comer con él. Sintiendo una sensación extraña de ligereza en el cuerpo se despidió de su padre dispuesto a llegar a casa y pasar el resto del día durmiendo en su cama. Pero antes de que pudiera salir por la puerta Sebastián llamó su atención.

—Julen.

—¿Qué? —Giró sobre sí mismo para contestarle.

—¿Es Sergio el hombre con el que estás saliendo?

—¿Qué? —preguntó totalmente desconcertado.

—Antes has dicho que estás saliendo con un hombre y que estás enamorado. Se trata de Sergio, ¿no?

Escuchó las palabras de su padre pero tardó varios segundos en procesarlo y dar con una respuesta.

—¿Cómo has...? ¿Desde cuándo sabes que Sergio es gay? —atinó a preguntar.

—¿Entonces es cierto?

—Responde a mi pregunta —insistió sintiendo crecer su enfado.

—No recuerdo muy bien, fue hace mucho tiempo —lo vio fruncir el ceño mientras intentaba recordar—. Creo que fue unos meses antes de que empezara las prácticas aquí —dijo su padre dejándolo K.O con su respuesta—. Si no recuerdo mal fui demasiado insistente al querer presentarle a una joven, por lo que decidió contarme la verdad sobre su condición.

Julen alzó una ceja al escuchar a su padre decir la palabra «condición», pero lo dejó pasar. Poco a poco.

—No parece que tuvieras ningún tipo de problema con él.

—Nunca lo tuve. Y siempre he considerado a Sergio como si fuera un hijo más.

—Creo que las palabras clave aquí son «como si fuera». No es lo mismo ser un hijo que parecerlo.

—Puede que tengas razón —susurró asintiendo—. Dame tiempo.

Julen asintió hacia él viendo que su padre lo estaba intentando con interés. Volvió sobre sus pasos y se encaminó de nuevo a la salida.

—¿Entonces es o no es?

—Ya te enterarás —contestó sin volverse—. Pero me parece a mí que no va a ser —gruñó para sí mismo.

De repente el cansancio se había esfumado y solo pensaba en una cosa al llegar a casa.

Hablar por teléfono con Sergio y que le diera una explicación.

Cuando el taxi le dejó frente a su casa entró al portal y obvió el ascensor para subir hasta su piso por las escaleras. Abrió la puerta y dejó sus cosas sobre la mesa del salón. Fue a su cuarto para quitarse la ropa de calle y ponerse la de casa, mucho más cómoda. Entonces buscó su móvil y marcó el número de Sergio. Estaba deseando saber su historia. Sin embargo cuando el editor contestó al otro lado de la línea y le preguntó por su día lo único que importó fue una cosa:

—Esta tarde le dije a mi padre que soy gay. —Y procedió a explicarle todo lo ocurrido.

Sergio lo escuchó conmoviéndose al escuchar su recuerdo infantil y le animó cuando le contó de las esperanzas que tenía puestas sobre el apoyo y aceptación de su padre. Se sintió doblemente feliz al saber que Sergio le entendía y compartía su inquietud.

—Sebastián es un hombre de rígidas creencias y lleva su vida según estas, ya sean religiosas o éticas —analizó Sergio—. Pero también es un hombre de mundo, y como él mismo te ha dicho ha aprendido en el camino que no todo es blanco o negro y que las cosas ya no son como eran antes.

—Puede ser —dijo sin estar totalmente de acuerdo—. De cualquier forma ¿Cómo fue contigo cuando le dijiste que eras gay? —le lanzó sin más miramientos.

—¿Qué? —escuchó la pregunta de Sergio como a lo lejos, como si el móvil se le hubiera caído de las manos.

—Según parece hace años que mi padre sabe lo tuyo —gruñó enfadado—, y nunca fuiste capaz de decírmelo.

—No surgió el tema —bromeó haciéndose el tonto.

—Recuerdo varias veces en las que te amenace con decirle a mi padre que eras gay, ¡y tú simplemente te callaste para reírte de mí!

—Vamos a ver que me aclare —puntualizó Sergio—. ¿Estás enfadado porque se lo dije a tu padre o por que no te conté que lo sabía?

—Por amabas cosas —gruñó—. Si hubiera sabido que le habías contado todo a mi padre...

—¿Qué? —lo retó— ¿Se lo hubieras contado también?

—¡No lo sé!

—Sabes que no es lo mismo —dijo intentando aplacarlo—. Tú y yo somos muy distintos. Yo se lo dije a mi familia en cuanto me vi preparado y aunque soy discreto con mi sexualidad no lo oculto deliberadamente.

—¿Y yo sí?

—¡Tú se lo has ocultado activamente a casi toda tu familia durante años, Julen! —contestó—. Solo digo que no hay una forma correcta o incorrecta de hacerlo.

—¿Y por qué no me dijiste nunca que mi padre ya lo sabía?

—Porque era demasiado divertido hacerte creer que tenías el mango por la sartén, señor Arraiza.

—No me llames así —gruñó al teléfono.

Los dos se rieron aliviados de haber sorteado el bache.

—Entonces con tu padre ¿bien? —preguntó Sergio para concluir.

—Creo que sí —dijo dejando escapar un suspiro—. El tiempo lo dirá —comentó esperanzado—. Por cierto ¿Cómo se encuentra tu padre?

Sergio se quedó en silencio al otro lado de la línea, tanto tiempo que creyó que se había desconectado, hasta que escuchó un fuerte carraspeo.

—Anoche entró en coma —le contó murmurando—. No parece que le quede mucho más tiempo.

Julen se incorporó de su asiento como si de un salto pudiera atravesar el espacio para estar junto a Sergio.

—¡Dios, lo siento! —se disculpó de inmediato— Y yo aquí quejándome por tonterías ¿Por qué no me lo has dicho antes?

Sergio sonrió con tristeza divertido a pesar de todo.

—No seas tonto —le regañó—, me has distraído durante un buen rato y eso te lo agradezco.

—Entonces háblame —pidió Julen después de un corto silencio.

Y ambos permanecieron buena parte de la noche conversando y distrayéndose mutuamente.

Dos días después Teo Cano falleció, dejando dos queridos hijos y un nieto.

En cuanto Sergio le comunicó la noticia buscó la forma de viajar cuanto antes a Pamplona. Quería estar al lado de Sergio en estos momentos tan difíciles para él. Por suerte un avión salía de inmediato hacia allí por lo que no tardó en llegar e instalarse en su hotel. La familia había organizado el funeral y por expreso deseo de Teo solo los más allegados estuvieron presentes. Permanentemente al lado de Sergio echó una mano en todo lo que podía y mantenía un brazo dispuesto para cuando Sergio necesitaba su apoyo. Berta y su hijo recibieron junto a Sergio las condolencias de los presentes e hicieron que todo fuera correcto y terminara de forma sencilla y rápida. Como Teo hubiera querido.

El camposanto donde fue enterrado era antiguo y bien cuidado. Cuando todo terminó esperó junto a Sergio a que la mayoría de la gente se marchara y después lo vio hablar con su hermana y un puñado de familiares que por lo visto pasaría la noche en casa de Teo para hacer compañía a Berta.

—Vamos —dijo Sergio acercándose hasta él y cogiéndole de la mano comenzó a caminar por el sendero que llevaba a la salida.

Durante unos metros permanecieron en silencio respetando el recogimiento y el espacio del otro.

Al llegar a una curva del camino donde un árbol antiguo ofrecía su sombra a quien la quisiera Sergio disminuyó sus pasos hasta que se paró junto al grueso tronco. Le vio mirar hacia arriba inspeccionando las flexibles ramas llenas de hojas perennes.

—Le conté a Berta lo de mi nacimiento —comentó como al descuido.

Julen se acercó a él y le tomó de la mano sabiendo que Sergio estaba al borde de la emoción.

—¿Cómo reaccionó?

—Pues al parecer la había pasado algo parecido a lo que te ocurrió a ti con mi padre —comenzó explicándole—. Teo ya no estaba bien y a veces no reconocía a las personas. Según me dijo Berta en varias ocasiones, al no reconocerla, le hablaba de mí como si ella fuera una desconocida —le contó—. Le decía que estaba muy orgulloso de su Gio —continuó con la voz tomada—. Aunque no fuera su verdadero hijo. Entonces le dijo que estaba tan avergonzado por cómo se había portado con Gio que no quería que se ocupara de él en su enfermedad. Que no se merecía un hijo así.

—Sergio —apenas pudo susurrar, por lo que se acercó a él para besar su hombro y darle consuelo, o por lo menos intentarlo.

—Mi hermana me contó todo ayer por la noche, justo cuando se fue.

—Siento mucho que un hayas podido despedirte de él como es debido.

—Antes del coma entré en su cuarto varias veces y le cogí de la mano —le explicó aguantando la emoción—. No me reconoció en ningún momento, o eso creo, pero hablamos un par de minutos sobre su libro favorito. Apenas balbuceaba pero parecía feliz al escucharme.

Sergio se rompió en ese momento y Julen estuvo ahí para sostenerlo. Durante unos minutos aguantó su cuerpo abrazándolo con fuerza mientras Sergio descargaba las emociones que había estado conteniendo durante semanas. Después le besó y le limpió la cara de lágrimas. Sin preguntarle caminaron de nuevo hacia la salida, pidió un taxi y le llevó directo a su hotel.

Ya en la habitación levantó el teléfono para pedir que les subieran algo del servicio de habitaciones y mientras esperaban se deshicieron de la ropa y se metieron debajo de la ducha.

El servicio de habitaciones tuvo que esperar.

Las caricias de consuelo pronto se convirtieron en cenizas bajo el despertar de la pasión de ambos. Aún húmedos y sin ningún miramiento los dos cayeron sobre las sábanas de la cama enredándolas con sus movimientos cuando comenzó a hacerle el amor a Sergio. Apasionado, deshecho y vulnerable Sergio se entregó por completo cuando él se lo pidió y a cambio recibió todo el amor que él era capaz de ofrecer. Y era mucho.

Saciados de sexo y de comida, después de que recuperaran el servicio de habitaciones en la puerta, ambos permanecían tumbados en la cama, las sábanas enredadas en sus piernas, los restos de comida esparcidos sobre la

bandeja echa a un lado. Sergio disfrutaba de las atenciones de Julen con la cabeza apoyada en su abdomen, mientras enredaba los dedos en su cabello. Habían estado charlando sobre el libro de Julen y ahora mantenían un tranquilo silencio cada uno sumido en sus pensamientos.

—¿Qué tal con tu padre? —preguntó como por casualidad Sergio.

—Bien, normal —respondió encogiendo un hombro—. Salí a comer con él un día.

—¿Se lo vas a contar también a tus hermanos?

—Sí, pero más adelante —corroboró—. Quiero dejar pasar un poco de tiempo, y a no ser que a alguno de mis hermanos o a mi padre se le escape, de momento estoy bien así.

—Creo que se lo van a tomar bien.

—Sí. Pienso que sí —contárselo a su padre había tenido efecto sobre él. Ya no sentía miedo.

—¿Aún sigues enfadado conmigo? —tanteó mirándole desde su posición.

—¿Por?

—Por no haberte contado que tu padre ya lo sabía.

Sonriendo de medio lado le propinó un capirotazo en la frente que sonó bastante en medio del silencio.

—¡Au! —se quejó frotándose la zona dañada.

—Ya ni me acordaba de eso, tonto —se rio de él—. Sin embargo he estado pensando un tiempo sobre eso. En una ocasión me dijiste que suelo precipitarme al juzgar una situación y que luego no doy ocasión para aclararlo.

—No lo recuerdo, pero suena a algo que podría haber dicho —bromeó Sergio.

Julen le tiró del pelo.

—Puede que tuvieras razón, pero también es verdad que es casi imposible lidiar con tu hermetismo —se quejó—. Te lo guardas todo y en muy raras ocasiones compartes algo, muchas veces ni siquiera piensas que sea importante.

—Lo siento, no me doy cuenta de esas cosas. Estoy demasiado acostumbrado a hacerlo de otro modo.

Julen guardó silencio durante un momento, dándole vueltas a una conversación que tuvo meses atrás con su hermano Fermín en un restaurante.

—¿Es cierto que tú convenciste a mi padre para que me ofreciera un contrato por mi libro? —preguntó así, a bocajarro.

Sergio se sentó de repente mirándole con el ceño fruncido con aspecto de no saber muy bien qué contestar.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Hace meses mi hermano Fer me contó algo por encima —explicó—, pero yo no le creí nada. ¿La idea de la cláusula para que fueras mi editor y lo de mi puesto en contabilidad fue cosa tuya?

—Lo de convencer a tu padre para que te ofreciera un contrato y ser tu editor, sí —contestó escuetamente—. Lo de contabilidad fue tu padre.

—Explícamelo.

—Estoy enamorado de tu forma de escribir —dijo simplemente encogiéndose de hombros—. Leí lo que publicaste con *Aurora* y no puede evitarlo. Tu padre estaba siendo demasiado cabezota porque quería darte una especie de lección o algo así. Pero a mí me daba igual. Quería que fueras mío e hice todo lo posible para convencer a Sebastián.

—Tú me amas —murmuró Julen sonriendo.

—¿Aún lo dudas? —contestó Sergio sin negarlo y se inclinó hacia él para devorar su boca en beso delicioso que los hizo estremecer.



## *Chocolate para Julen.*

Levantando la vista del libro que estaba firmando Julen buscó entre el gentío a la única persona que le interesaba que estuviera allí. Sergio se encontraba parado en un rincón a parte conversando animadamente con su hermana Gloria. Frunció el ceño y posó para la foto con uno de sus lectores, que le pidió repetir la foto porque en la primera parecía enfadado.

Y no lo estaba. Solo era cansancio. Y ganas de estar con Sergio.

Por suerte solo quedaban unos minutos para que todo terminara.

Después de meses de trabajo su nuevo libro había salido a la luz con un éxito mayor de lo previsto. Todo el mundo estaba muy contento. Incluso él, a pesar de que debido a eso apenas pudo viajar a Pamplona para ver a Sergio. Había transcurrido algo menos de seis meses desde el fallecimiento de su padre, para sobrellevarlo Sergio se volcó por completo en su trabajo en la imprenta mano a mano con su hermana Berta, todo para conseguir dejar la empresa a punto cuanto antes y que su vuelta a la Editorial Arraiza fuera una realidad. Pero eso todavía no era posible.

Apartando los pensamientos negativos de su mente se centró en lo que estaba haciendo en ese momento, porque al fin y al cabo se debía a sus lectores.

Veinticinco minutos más tarde levantó la vista del último libro que estaba firmando al escuchar la voz de Sergio junto a él.

—¿Has terminado?

—Sí —respondió automáticamente mientras pensaba que debía de haber estado observándole para saber justo cuando tenía que acercarse.

—Pues vamos.

Sergio tendió su mano hacia él y sin pensarlo la tomó dejándose arrastrar donde sea que quisiera llevarle. Al atravesar la librería en la que se había celebrado el acto literario tuvieron que esquivar a varias personas que insistieron en hablar con él, incluidos alguno de sus hermanos, pero ambos fueron muy habilidosos y consiguieron salir a la calle sin demasiadas interrupciones.

—¿A dónde vamos?

—A tu hotel —Julen había reservado una habitación en el hotel que siempre utilizaba cuando estaba en Pamplona.

—¿Por qué no tu casa? —preguntó confundido, le encantaba pasar horas tumbado en la cama del estudio de Sergio.

—Porque ahora vivo en Madrid.

Parando en seco sus pasos Julen tiró de su brazo para hacer que le mirara.

—¿Ya has firmado el contrato?

—Sí —contestó sin poder aguantarse más la sonrisa—. Hace tres días.

—¿Y por qué no me has dicho nada aún?

—Estabas demasiado ocupado Julen —se excusó—. Además quería decírtelo en persona.

—Entonces ¿vas a volver a ser mi editor? —preguntó con algo de incertidumbre.

—Eso no está tan claro —contestó poniéndose de nuevo en marcha—. ¿Qué pasa si volvemos a trabajar juntos y nos ponemos a discutir de nuevo?

—Eso no va a pasar.

—¿Y si pasa?

—No va a pasar —insistió con cabezonería.

Sergio le miró de medio lado y alzó una ceja.

—¿Estás mal con Carmen? —preguntó sabiendo la respuesta.

—No. Pero quiero estar con el mejor.

Y así la cuestión se zanjó para los dos. Trabajarían de nuevo juntos.

Julen rodeó los hombros de Sergio con su brazo y lo atrajo hacia sí para robarle un beso, caliente y prolongado.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti —contestó Sergio.

El tiempo era muy agradable para esa época del año. El calor aún no

apretaba lo suficiente como para que fuera insoportable caminar por la calle, por lo que siguieron su camino andando hasta llegar al hotel.

Nada más entrar a su habitación se fijó en que encima de la mesa de trabajo había una pequeña caja de chocolates con una nota encima que llamó su atención. Sintió a Sergio detrás de él mientras cerraba la puerta y después seguía sus pasos hasta la mesa.

—¿Cómo lo has hecho? —preguntó sabiendo que los bombones eran cosa suya.

—Se lo pedí a los de recepción. Ya me conocen.

Julen cogió la nota sobre la cajita, apreciando el fino papel blanco estampado con un suave bajorrelieve que representaba algún tipo de flor desconocida para él. Abrió la nota y leyó.

«Muchas felicidades Julen. Te amo».

Una inmensa bola de felicidad e incredulidad explotó en su pecho sin previo aviso. Reconocía ese tipo de nota junto con su caja favorita de chocolates. Girándose hacia Sergio se le quedó mirando por varios segundos, como si fuera la primera vez que vía su rostro. Entonces una gran sonrisa se asomó a sus labios cuando Sergio le preguntó lo que pasaba.

—Eras tú, ¿no? —dijo en un susurro incrédulo—. La persona que me dejaba cajas de bombones con notas en mi taquilla cuando jugábamos rugby. Me las dejabas cuando ganábamos o había alguna clase de celebración. Pero también cuando perdíamos algún partido importante y todas las veces que perdí frente a ti por el puesto de capitán.

Sergio se acercó y apoyó la cadera junto a la mesa sin apartar la mirada de él.

—¿Por fin te das cuenta? —contestó inclinándose hacia él para darle un beso cálido y sensual, profundo con su lengua, travieso con sus dientes.

—Cuéntamelo —pidió cuando Sergio rompió le beso.

Sergio tiró de él acomodándole entre el hueco de sus piernas, sus manos rodeando sus caderas, sus pelvis frotándose una contra la otra. Como si necesitara el contacto. Él mismo lo necesitaba.

—La primera vez que te regalé bombones fue un día de San Valentín.

—Lo recuerdo —asintió acariciando con sus manos los hombros de Sergio.

—Evidentemente pensante que fue una chica y yo simplemente me conformé con verte contento.

—¿Por qué lo hiciste? ¡Nos llevábamos fatal!

—Porque eras el chico más guapo que había conocido en toda mi vida —dijo categórico, mientras agachaba la cabeza para hociquear la curva de su cuello—. Y porque jugabas al rugby mucho mejor que yo aunque no lo creyeras. Porque me encantaba verte cuando sonreías, y también hacerte rabiar para llamar tu atención y que discutieras conmigo.

Julen tiró del cabello de su nuca para apartarlo de su cuello y encontrar su mirada.

—¿Tanto tiempo hace que me quieres? —preguntó lleno de asombro y alegría.

—Julen, llevas mucho tiempo siendo mi luna y mis estrellas.

Atrayendo a Sergio hacia sí se acercó a sus labios lamiendo su boca y sin cerrar los ojos, como si no quisiera perderse ninguna de sus reacciones, comenzó a besarlo con hambre, introduciendo la lengua entre sus labios, mordisqueando la comisura con sus dientes, robándole el aliento con cada succión. Las manos de Sergio moldeaban sus nalgas, apretando sus caderas para que sus pollas se frotaran entre sí. Sus ojos se cerraron al sentir como una ola de placer surcaba su columna vertebral. Estaba en el cielo.

Apartándose unos centímetros apoyó su frente sobre la de Sergio intentando encontrar algo de oxígeno que respirar.

—¿Sabes? Recuerdo la ocasión en la que me arrebataste por primera vez el puesto de capitán del equipo —empezó a contar—. Estaba tan destrozado y humillado que quería dejarlo todo y huir.

—Siempre fuiste muy mal perdedor —bromeó, ganándose un pellizco doloroso en su muslo izquierdo— ¡Au!

—Pero cuando llegué a los vestuarios y abrí mi taquilla —continuó ignorando la interrupción de Sergio—, encontré una de las cajitas de bombones con una nota encima. Solamente decía «Ánimo», pero a mí me hizo el chico más feliz del mundo.

—Recuerdo ese día —dijo mirándole a los ojos—. No pensé que el entrenador me diera el brazalete a mí. Tú también lo merecías.

—¿Por eso me diste ánimos?

—No quería verte tan derrotado.

—¡Joder! ¡Fuiste demasiado tramposo! —gruñó tirándole del pelo de la nuca— ¡Durante ese tiempo conseguiste que te odiara y te quisiera al mismo tiempo!

Sergio se rio con ganas encogiéndose de hombros.

—No fue mi intención que me odiaras. Te tomabas las cosas demasiado a pecho.

—Es cierto, no me gusta perder.

—¿Y ahora?

—Ahora tampoco me gusta perder.

—¡No! —negó arreándole un azote en el culo—. Digo que si me amas o me odias.

—Creo que es obvio, pero si quieres te lo demuestro.

—Demuéstramelo —le desafió robándole un beso.

Julen sonrió acomodándose mejor entre los muslos de Sergio, frotando sus erecciones erguidas, provocando un estremecimiento de placer en el editor.

—Tú lo has pedido.

Empujándole por los hombros se apartó de él y prácticamente en el mismo movimiento se deshizo de la camiseta que llevaba.

—Desnúdate.

Sergio sonrió mordiéndose los labios y comenzó a desabrocharse los pantalones mientras se quitaba los zapatos ayudándose con los pies. En menos de un minuto ambos estaban desnudos uno frente al otro, devorándose con los ojos temblando por la anticipación.

Tomando un aliento profundo Julen se acercó a Sergio tomándose su tiempo, despacio, observando cada detalle de su cuerpo. Levantó la mano y

con inmenso amor acarició su mejilla rasposa, áspera por el vello crecido. Sergio acompañó su caricia frotándose contra su palma con los ojos entrecerrados como si sintiera un inmenso placer simplemente por su toque.

—Oye —susurró llamando su atención—, no recuerdo qué hiciste con tu casa, si la vendiste o tan solo la alquilaste —dijo quitándole importancia—, pero ¿qué te parece...? ¿qué...? ¿Quieres vivir conmigo?

La pregunta titubeante y atropellada resonó en sus oídos como decenas de campanas repiqueteando. Pero lo más probable era que se tratara de su corazón.

Al escucharle Sergio se le quedó mirando con los ojos completamente abiertos mientras un leve rubor se extendía sobre su rostro. Como si espabilara al sentir su mano acariciándole tiró de él más cerca, pegándole por completo a su cuerpo y respondió de la única forma posible para él:

—Sí.

Emocionado tembló entre los brazos de Sergio al acercarse para sellar sus labios con un beso.

—Te amo —susurró—, tanto...

Y Julen pasó el resto de la noche demostrándole a Sergio lo mucho que lo amaba.

## Sobre la autora

Siempre me ha gustado leer, los libros que más recuerdo de mi infancia y adolescencia son *El pirata Garrapata* y *Cruzada en jeans*. Más adelante mis gustos en lectura fueron más eclécticos, igual que con la música.

Solo pido que los libros que leo tengan final feliz (Lo siento. Sí, es algo infantil). Y no soporto que alguien me insista en que lea un libro, por muy bueno que sea normalmente no lo leo, hasta que no haya pasado un tiempo. Es una manía que tengo, y no lo puedo evitar :(

Como escritora empecé creando historias infantiles, nunca las he publicado, y seguí imaginando historias según iba creciendo (siempre eran románticas). Cuando me aficioné a los libros de temática homoerótica me encontré inventando situaciones donde los personajes eran dos chicos... ^\_^ y para mi sorpresa las historias fluían con más facilidad.

Me decidí a escribir y publicar mis libros en un blog para descarga libre y gracias a mis lectores y su apoyo he publicado dos novelas y tengo en proyectos otras cinco.

Me gusta escribir sobre el amor sin hacer diferencias en si la pareja protagonista son homosexuales o no. Prefiero las novelas contemporáneas o históricas a las fantásticas, aunque he disfrutado con libros de esta temática.

Soy profesora y como buena educadora creo que la clave está en la educación, no solo en conocimientos sino también en valores.

***Roni Green***

**Web:** <http://vgarvill.wix.com/ronigreenlibros>

**Facebook:** <http://www.facebook.com/roni.green.585>

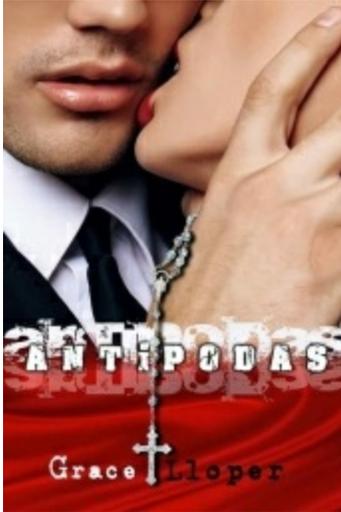
**Twitter:** @RoniEscritora

## Recomendaciones de la autora

Como gran lectora que soy a veces me gusta escuchar recomendaciones de amigos y compañeros aficionados a la lectura que han disfrutado en un momento u otro de un buen libro.

A continuación os dejo información y una muestra de tres trabajos de escritoras hispanohablantes que están entre mis favoritas. Echad un vistazo y no os las perdáis.

## Grace Lloper



En **exclusiva** primer capítulo de la esperada novela de Grace Lloper «**Antípodas**» Próximamente en todos los portales Amazon.

*Dichoso el que resiste la tentación porque, al salir aprobado, recibirá la corona de la vida que Dios ha prometido a quienes lo aman. |Santiago 1:12|*

A Mikayla Durant poco y nada le importaban esos pasajes bíblicos. Era una buena mujer sin duda alguna, pero a su manera... más espiritual que religiosa. Llegó a Bar Harbor huyendo de su pasado y se encontró con un presente que le gustaba. De a poco fue recibida en la pequeña comunidad como una más y fue ganándose el corazón de sus miembros.

Sobre todo, de uno en especial.

Bruce Hagerty era un pilar en la comunidad, dueño de una fábrica de plásticos que daba trabajo a la mitad de la población. Un honorable viudo con tres hijos a quien todos respetaban. Pero había más en él que solo un hombre con mucha visión, era un líder. Y paradójicamente, para él liderar significaba «servir». Servir de una forma muy especial.

La atracción entre ellos era evidente y palpable.

Pero... eran tan diferentes como el día y la noche. Dicen que los polos opuestos se atraen, la pregunta entonces es: ¿Podrán dos personas tan distintas tener un futuro en común?

Un pasaje de la Biblia dice: *¿Puede alguien caminar sobre las brasas sin quemarse los pies? |Proverbios 6:28|*

¿Están dispuestos a descubrirlo?

# PRIMERA PARTE

## **Mikayla**

## Bar Harbor

*Y él nos ha dado este mandamiento: el que ama a Dios, ame también a su hermano.*

*1 JUAN 4:21*

Bar Harbor es un paraíso en la tierra.

Y lo más importante de todo... está tan alejado de la civilización que es fácil perderse del mundo, aunque no es tan sencillo salir del escrutinio de esta pequeña sociedad de poco más de cinco mil habitantes.

En tres meses se cumplirá un año de mi traslado, buscando paz y tranquilidad... ¡pero no tanta!

Cuando llegué a principios del año no sabía qué hacer, alquilé un chalet obscenamente barato en la periferia de la ciudad, a casi dos kilómetros del microcentro y el primer mes me dediqué a hacerlo habitable —de ahí su bajo precio—, ahora es una coqueta vivienda de dos dormitorios que adoro, mi lugar preferido en el mundo.

Realizando esa tarea fui conociendo a los comerciantes de la zona, la herrería, la casa de pinturas, la ferretería, al carpintero y su impresionante taller lleno de maderas sin uso. «Puedes llevar lo que quieras de allí», me autorizó el señor Lochte señalando una enorme pila de restos de palets, alfajías y puntales en mal estado, «me harías un gran favor si te llevaras todo», y rio a carcajadas.

Al día siguiente alquilé el camioncito del herrero y su pila de madera desapareció bajo la mirada atónita del carpintero.

—¿Qué hará con toda esta basura, señora Durant? —preguntó el amable herrero cuando me ayudaba a descargar los palets a un costado de mi chalet.

—Todavía no estoy segura, señor Leyva —respondí acariciando mi mentón—, pero le aseguro que no será basura cuando termine con ellos.

Y empecé mi amorío con la madera.

Acondicioné la habitación sin uso como taller, compré algunas herramientas y allí me dediqué a unir las maderas entre sí, a pulirlas y

lustrarlas. Al cabo de otro mes tenía como un centenar de bastidores tipo lienzos de diferentes tamaños. Y no solo eso, le había pedido al carpintero que me confeccionara baúles en diferentes tamaños, cajitas, estantes, bancos para sentarse y cajones de frutas de tres tamaños. No tenía espacio en mi casa para todo eso, así que empecé a buscar un local en el microcentro del pueblo.

Me había hecho amiga de la dueña de la ferretería, y al enterarse de mi propósito me ofreció uno de los galpones que usaba como depósito y que estaba estratégicamente ubicado a solo media cuadra de la calle principal. Fui a mirarlo y quedé enamorada, porque incluso estaba dividido en dos, uno sería el local de exposición para venta –al frente– y el otro la sala de enseñanza en la parte trasera.

Sí, decidí enseñar pintura a los niños de la localidad. Algo así como un taller vocacional, además del arte normal en lienzo, óleo y acuarela, también en madera, aprovechando los palets gratis.

¡Por fin luego de tres años de haber concluido vía online la carrera de Artes en la universidad llevaría a cabo mi sueño de pintar y enseñar! Y además vender...

Me tomó otro mes conseguir los permisos de habilitación necesarios y mientras tanto me dediqué a pintar. No solo hice una docena de cuadros en palets, sino también pinté las tapas de los baúles, las cajitas, estantes, bancos y cajones... todo pasó por mis manos, y en vez de ser simples muebles de madera, se convirtieron en obras de arte de todo tipo, incluso en *decoupage* utilizando servilletas de papel decoradas.

Esperaba que cuando la ciudad empezara a conocer mi local, los residentes me hicieran pedidos de lo que quisieran, estaba deseosa de ver mis creaciones en las casas de los habitantes de Bar Harbor, ¿y por qué no? De todo Maine también, o de cualquier parte de los Estados Unidos, ya que la pequeña isla era visitada constantemente por turistas nacionales y extranjeros, sobre todo en verano.

No era que tuviéramos un gran verano, al menos no como yo lo recuerdo en Arizona, donde viví toda mi vida. La temperatura promedio en el mes de julio en Maine es de 21 grados. Y lo peor de todo era... ¡que yo odiaba el frío!

Y esa fue una de las principales razones de haberme mudado en la costa opuesta y tan al norte, quise romper con mi pasado, ¿y quién que me conociera

en mi antigua vida pensaría que vine a parar a un lugar donde hacía frío la mayor parte del año y la nieve te llegaba al cuello en invierno?

Mi entrada a la exposición local fue lenta y tímida.

No quería llamar la atención hacia mi persona, así que —a los cinco meses de mudarme a Bar Harbor— abrí mi galería y escuela de arte, en silencio, sin muchas pretensiones, pero con la alegría de ver cumplido mi sueño.

Gracias a la ayuda de Simone —la dueña de la ferretería— tuve cuatro alumnos inmediatamente, dos de ellas eran sus hijas, de nueve y doce años. Y las otras dos niñas sus compañeras de colegio. Al mes debí ampliar los días de clases e incluso hacer dos turnos a la tarde porque ya tenía cerca de dos docenas de alumnos y no quería sobrepasar los seis por clase para poder darles toda mi atención. Dos meses después las madres decidieron que debía crear un turno para ellas, así que cinco mujeres venían dos veces a la semana —a la mañana— a pintar a mi taller, aunque lo que más hacíamos era divertirnos.

Y así fui involucrándome de a poco en la vida de esa pequeña comunidad.

—Mikayla, debes ver esto —me llamó una de mis alumnas una mañana —, creo que la banana no me quedó muy real...

Dos de las otras no pudieron con su curiosidad y asomaron sus cabezas para mirar.

—Esa no es naturaleza muerta, Edith... está muy viva —dijo Simone riendo a carcajadas.

—¡Oh, por Dios! Hasta me dan ganas de lamer tu tablero —gritó la otra sumándose a las risas.

Abracé a mi alumna-amiga y reí con las demás, que se arremolinaron alrededor a observar su gran obra de arte, que simulaba un gran falo en vez de una fruta.

Y empezaron las bromas, culpándole al marido de la pobre mujer por la supuesta poca atención que le daba para que anduviera viendo penes en cualquier lado. Está de más decir que cuando cinco mujeres se juntan —y más si son amigas— son de temer. Ellas me habían incluido en su círculo y yo les estaba infinitamente agradecida, me sentía una más, a pesar de ser nueva.

—Shhhh, silencio... —les señalé hacia la entrada riendo— Muriel puede

escucharlas, pobre niña.

Yo le había dado trabajo a la hija de Edith, una preciosa jovencita de veinticuatro años con síndrome de Down que me ayudaba atendiendo el local cuando yo estaba dando clases, era una ternura, un ángel llamado Muriel; la adoraba y ella a mí.

—Mmmm, ¿y tú, mi querida Mika? —preguntó Simone palmeándome la espalda— ¿Cómo andamos de bananas por tu casa?

—A menos que te refieras al frutero de mi cocina, otro tipo de banana no entra allí hace meses —acepté encogiéndome de hombros. Sería una tontería hacerme la interesante, porque todas sabían que desde que había llegado solo me dediqué a organizar mi negocio y no conocía a otros hombres que no fueran sus esposos, o el herrero, el carpintero y el carnicero.

—¿No lo extrañas? —indagó Theresa, la más osada de todas que, aunque estaba divorciada, iba muchos fines de semana a tierra firme a encontrarse con “alguien” que no conocíamos, pero sabíamos de su existencia.

—Qué se yo... extraño la idea de un hombre a mi lado, pero no lo extraño a “él” —aseguré negando con la cabeza—, sería una tontería extrañar algo que me hizo daño, ¿no creen? —todas se miraron y asintieron con la cabeza.

—¿Qu-qué fue lo que te hizo? —balbuceó Edith, la más curiosa de todas. Vi que Phoebe le dio una patada en la espinilla, disimuladamente.

—Eso no importa, ya pasó —me encogí de hombros—. Yo creo que hasta aquí he llegado con el sexo opuesto, no quiero más complicaciones en mi vida.

—¿Estás loca? —preguntó Courtney como si hubiera dicho alguna grosería— Pero... ¿cuántos años tienes, niña? ¿Treinta? ¿Treinta y tres?

Simone fue la única que no me miró con una gran incógnita en los ojos, porque ella ya sabía mi edad...

—Ojalá, tengo cuarenta y dos años... dos hijos adultos y un exmarido que prefiero olvidar —me encogí de hombros.

—¡Por Dios! Eres una niña... —aseguró Theresa— yo con cuarenta y nueve años, tres hijos y a punto del climaterio todavía me doy mis buenos ataques los fines de semana... ¿qué te pasa? ¿Acaso te volviste loca?

—No, no, nooo... —dijo Phoebe interviniendo— no vamos a permitir que sigas escondida detrás de tus pinturas y tu madera —miró a todas las

mujeres allí presentes—. Chicas, tenemos un nuevo objetivo para el año que viene —y sonrió pícara.

«Estoy de acuerdo», «Yo también», «Totalmente a favor», «¡No se diga una palabra más!», aceptaron todas juntas.

—¿Y cuál es ese objetivo? —pregunté sin entender.

—Tú, cariño —dijo Simone guiñándome un ojo.

—No es necesario que compres la carnicería entera, cielo —aseguró Theresa poniendo su mano en mis hombros—, pero puedes probar los diferentes chorizos.

Todas estallamos en carcajadas.

—¡There, no seas así! —inquirió Edith— A mí me gustaría que encontrara el amor.

—No seas mojigata, Edith —se sumó Phoebe—. Una buena follada le vendría muy bien a su espíritu.

—Claro, no tiene por qué ser permanente —aseguró Courtney—, aunque sí se dan ambas cosas... mejor.

—Están locas, chicas —dije sin poder parar de reír—. Paso de sus planes. Les avisaré cuando vuelva al ruedo, por ahora... estoy feliz así, sola haciendo lo que quiero, cuando quiero y como quiero. No me compliquen la existencia.

Y las hice volver a sus tareas, recordándoles que se acercaba el día de Acción de Gracias y sus cuadros debían estar terminados para regalárselos a sus esposos... o a quienes ellas quisieran.

Y esa noche, en mi solitaria cama me puse a pensar en el hipotético objetivo que se fijaron mis amigas: conseguirme pareja. No quería a alguien permanente en mi vida, no en ese momento en el que cualquiera sería solo una transición.

Pero... me gustaba el sexo, y a pesar de mi realidad no tenía una pizca de mojigata, así que no veía nada de malo en conseguir un discreto plomero que trabajara en las cañerías oxidadas de mi cuerpo.

*¿Por qué no?*

La verdad era que extrañaba el contacto piel con piel, pero no quería una relación permanente, aunque tampoco me gustaba el sexo porque sí. Tenía que haber una cierta conexión para que me animara.

La cosa se complicaba con tantas exigencias.

Y me quedé dormida con una sonrisa y negando con la cabeza.

## Salpicando pintura

*Ante ti, Señor, están todos mis deseos; no te son un secreto mis anhelos.*

*SALMOS 38:9*

Escuché las campanillas de la puerta sonar.

Pero no me moví, estaba Muriel para atender a quien sea que hubiera entrado. Yo estaba pintando un tríptico a pedido —nada más y nada menos que— para la esposa del gobernador de Maine, que estuvo el fin de semana anterior y le encantaron los cuadros que tenía expuestos, pero deseaba uno especial con el árbol de la vida abarcando tres bastidores.

Estaba tan concentrada, que en un primer momento no escuché cuando Muriel me llamó, creo que recién a la tercera le pregunté, sin girarme a mirarla:

—¿Qué pasa, cariño?

—El señor Hagerty desea hablar contigo —anunció.

—¿Y quién es el señor Hagerty? —pregunté dándole un último retoque a una de las ramas del árbol.

—Bruce Hagerty, para servirla, señora Durant —dijo una voz profunda detrás de mí. Me asusté, porque no esperaba que un desconocido entrara hasta allí y empujé sin querer el vaso de diluyente, que cayó sobre mi paleta de colores.

—¡Ohhh, mi-eeeer-da! —blasfemé sin querer.

Y traté de levantar el vaso para que dejara de derramarse, con tan poca suerte que el trapo que llevaba en mi brazo a la altura de mi muñeca se enredó con los pinceles y todo se desparramó por el piso manchándolo.

Me agaché con el fin de levantar todo el desastre, cuando vi unos perfectos zapatos de cuero de hombre frente a mi cara, levanté la vista lentamente y observé el impecable corte de un pantalón marrón y unas hermosas manos que se tendían hacia mí para ayudarme a que me pusiera de pie.

—Señora Durant, déjeme ayudarla por favor —solicitó el hombre

aparentemente avergonzado.

Se arrodilló. Lo miré por fin.

Él estaba en cuclillas, yo estaba en cuclillas... nuestros ojos estaban a la misma altura, nuestras rodillas se tocaban, nuestras manos estaban en contacto. Entonces... ¿por qué mierda sentía que su toque vagaba desde las puntas de los dedos de mis manos hasta los pies? Pasando por cada terminal nerviosa de mi cuerpo.

*Habla, di algo, idiota...* dije algo, no sé qué ¿una disculpa? *Deja de balbucear.*

Bajé la vista, cerré mis ojos y traté de centrarme. *Eres una mujer adulta, no una chiquilla con las hormonas revolucionadas.* Respiré hondo y levanté algunos pinceles, para disimular mi turbación.

Me levanté, él hizo lo mismo.

—Por favor no toque nada, no quiero que se ensucie —dije mirando su costoso traje—. Limpiaré luego, no hay mancha en el piso que un diluyente no pueda sacar. Y disculpe la palabrota... estaba muy concentrada, no suelo...

—No se preocupe —me interrumpió sonriendo divertido—, ¿está bien?

—Estoy bien —me limpié las manos con una toalla vieja y le sonreí—. ¿En qué puedo ayudarlo, señor... eh...?

—Hagerty, Bruce Hagerty —repitió.

—Señor Hagerty... dígame.

—Mi hija quiere estudiar con usted —se miró los dedos manchados de pintura—, al parecer sus compañeras lo hacen.

Lo tomé de las manos. *¡Oh, no! De nuevo la corriente. ¿Estará electrificado?* Y empecé a limpiársela con la toalla mojándola con el diluyente.

—Tengo dos turnos a la tarde... ¿sabe usted quiénes son sus compañeras para poder incluirla en el mismo grupo? —me lo dijo, una de ellas era la hija menor de Simone— Perfecto, porque en ese turno me sobra un lugar. Las clases son los martes y jueves a las cuatro de la tarde, ¿está bien? —el asintió sin decir nada, se lo veía turbado— No necesita traer nada, el precio —se lo especifiqué— incluye todos los materiales. Lo único que debería comprarle es un delantal para no manchar su ropa, o un mono de trabajo, se consiguen en la ferretería aquí a la vuelta.

Le solté las manos ya limpias, él sonrió y asintió.

—Gracias. Le haré un cheque —anunció.

—Estará más cómodo en el mostrador de atención al cliente —le indiqué la salida.

De paso, al seguirlo, me miré en el espejo a un costado. ¡Oh, Santo cielo! Parecía una pordiosera, con el mono de trabajo grande y sin forma manchado de pintura, el cabello recogido de cualquier manera con un pinche, los pelos parados, y para rematar... ¡llevaba las gafas puestas!

Me las saqué rápidamente, así como el pinche. Peiné mi cabello largo color caoba oscuro con mis dedos, aunque dudaba lograr mejorar algo. Además... *¿qué quería conseguir? ¡Seguro era un hombre casado!* Miré al instante su mano izquierda que sostenía la chequera y sí... allí estaba su anillo.

Suspiré y negué con la cabeza.

Tanta conversación con las chicas sobre conseguirme un folla-amigo hizo que mis hormonas se revolucionaran. Solo eso.

Sonreí y lo miré a los ojos.

Él me devolvió la mirada y me dio el cheque.

Eran los ojos más hermosos que había visto en mi vida. Y no por su profundo color azul cielo, sino por la paz y la seguridad que transmitían. No sabía bien si solo eran sus ojos o su actitud en general. Tenía unos modales impecables y caballerosos, si no estuviéramos en el siglo veintiuno pensaría que estaba ante un caballero de la regencia.

*¡Y yo había blasfemado frente a él! Mala actitud...*

Le entregué el recibo.

—Rachel vendrá directo del colegio con sus amigas, pero yo la recogeré a la salida a menos que la llame a avisar lo contrario —tomó una tarjeta del mostrador—. Un placer conocerla, señora Durant.

—El placer ha sido mío, señor Hagerty.

Recién cuando salió de la tienda me di cuenta que tuve la oportunidad de preguntarle: ¿la señora Hagerty no la buscará?

Pero estaba tan embobada, que entendía mi torpeza.

¡Qué espécimen de hombre! Por lo menos mi *Joe* rosa de silicona tendría otro nombre hasta que se me pasara la fiebre. *Bruce*, sería *Bruce Hagerty*

ahora.

La señora Hagerty no tenía por qué saberlo.

Sonreí pícara.

## **Próximamente en todos los portales Amazon**

RRSS y Links:

FB: <https://www.facebook.com/gracelloperescritora>

Página: <https://www.facebook.com/LosLibrosDeGraceLloper/>

Amazon España:

<https://www.amazon.es/Grace-Lloper/e/B005REI10K/>

Amazon EEUU:

<https://www.amazon.es/Grace-Lloper/e/B005REI10K/>

## Jull Dawson



### *Macchiato*

Max Campbell, es una abogada brillante con un futuro aún mejor, la oportunidad de trabajar en “Infraestructure, Financial, Energy & Tecnology Group”, IFET, es lo mejor que podría pasarle, aunque eso signifique sacrificar su propia comodidad. Un pasado colmado de incertidumbres y nostalgias se verá sacudido por la persona menos esperada y solo será cuestión de tiempo el que sus antiguos secretos sean develados.

Ethan Parker es gerente de proyectos en el área de tecnologías de la información y la comunicación en IFET, un empresario implacable, con una ética profesional y personal inmaculada. Su vida perfectamente estructurada transcurre entre un trabajo que le apasiona, el amor incondicional de su familia y sus amigos.

Como si el destino o el azar les jugara una mala pasada, Max y Ethan se conocen de la manera más inesperada, modificando sus vidas.

Max deberá luchar con su pasado y aprender que no todos los hombres son iguales, que a veces la única manera de vivir de verdad es saltando al vacío y arriesgándolo todo.

Ethan será el custodio del gran secreto de Max, aunque ella no lo sepa, generando un mar de condiciones que lo vuelven loco, para bien y para mal.

¿Qué sucederá cuando vuelvan a verse en un ámbito diferente y cuando la lucha de poder los confronte en vez de unirlos?

Macchiato es una historia de reencuentros, donde el amor, la pasión y los secretos van de la mano.

Blog: <https://julldawson.blogspot.com.es/>

Links Amazon:

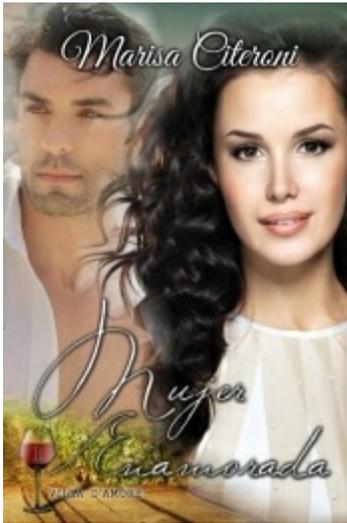
España: <https://www.amazon.es/Jul-Dawson/e/B00T6X6GS2/>

EEUU: <https://www.amazon.com/Jul-Dawson/e/B00T6X6GS2/>

Intagram y Twitter: @JulDawson

FB: <https://www.facebook.com/JulDawsonEscritora>

## Marisa Citeroni



### ***Mujer Enamorada***

Tres mujeres contra el mundo. Tres historias en una, tres amigas inseparables y su búsqueda del amor en un mundo regido por la avaricia, el dinero, los celos, encuentros y desencuentros.

Tiffany pensó que con la llegada de su hermanita por fin tendría una familia completa. Rebecca nunca imaginó las consecuencias que le traerían a su vida las vacaciones más románticas que jamás soñó tener. Y para Rachel el amor solo es una simple y bella palabra que utilizada en una oración servía para sus exitosas novelas.

Al igual que ellas te cuestionarás... ¿te has enamorado alguna vez? ¿Confías en lo que te dicen o prefieres ver para creer? ¿Crees que en el amor el destino es quién escoge a las personas al azar, o cada una de ellas toma al dichoso destino en sus manos?

<http://www.marisaciteroni.com/>

Twitter: @MarisaCiteroni

Instagram: @MarisaCiteroniauthor

Perfil: [www.facebook.com/marisaciteroniautor](http://www.facebook.com/marisaciteroniautor)

Página: <https://www.facebook.com/MarisaCiteroniescritora/>

Link de venta: [www.amazon.com/author/marisa-citeroni](http://www.amazon.com/author/marisa-citeroni)